

# CUANDO TÚ Y YO ROMPIMOS



· SHIRIN KLAUS ·

# Índice

Portada

Reprodúceme

El casado

El musculitos

El que no ha superado a su ex

El políglota

El sin nombre

El yogurín

El virgen

El yogurín (parte II)

El romántico

El pijo

El puto amo

Yo

El ingenioso/rudo/tímido/adorable

Tú

El friki informático

Biografía

Crédito

## Gracias por adquirir este eBook

---

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

### PlanetadeLibros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Reprodúceme

—Ya he vuelto —anunció Carlos al entrar en la *suite*. Cerró la puerta tras él y avanzó hacia la zona del salón—. Ha estado genial, ¡he pescado un atún! ¡Menuda pieza! Me han echado una foto y me la van a mandar al móvil. Vas a alucinar cuando la veas.

Al llegar al salón, lo encontró vacío y frunció el ceño.

—¿Marisol?

No hubo respuesta, pero aun así siguió hablando mientras caminaba hacia la habitación.

—¿Sigues en la cama? Pensé que ya estarías mejor.

En el dormitorio, no obstante, tampoco había ni rastro de ella. La cama estaba tan bien hecha que quedaba claro que la habían hecho las limpiadoras a primera hora de la mañana. Pero eso no era posible, ¿no? Había colgado el cartel de «no molestar» porque Marisol ese día se encontraba mal y se había quedado en la cama en lugar de ir a la excursión con él.

Una bombillita del color de la traición se encendió en su cabeza.

—Ya verás, ya... yo me tragué ese espectáculo de baile tradicional —murmuró mientras se dirigía hacia la ducha.

No cabía duda: lo de sentirse mal tan sólo había sido una excusa para no ir de pesca con él. Podía entender que no le entusiasmase mucho la idea de pasarse seis horas en un barco, pero sabía que era importante para él, porque desde pequeño su padre le había inculcado el amor por aquel deporte. ¡Además, era una actividad muy extendida entre los turistas! ¡Él no era el único raro! Le habría encantado que compartieran aquello... «¡Y va la tía y se hace la enferma esta mañana para escaquearse!» ¡Qué cabrita! Ya se la devolvería, ya...

Al terminar de ducharse, se secó y se puso cómodo.

—¿Marisol? —llamó al salir del baño, pero siguió sin recibir respuesta.

¿Dónde estaría? Buscó su móvil por la habitación para ver si le había enviado algún mensaje, pero no lo encontró. Qué extraño, juraría que lo había dejado cargando en la mesita, pero allí no estaba.

Tragó saliva al pensar que quizá Marisol lo había estado usando. ¿Y si hallaba aquellos mensajes de la noche anterior? No le había dado tiempo a borrarlos... No, Marisol no iba a encontrar nada porque su móvil estaba protegido con contraseña precisamente para eso.

Tenía que estar por ahí, en algún lugar de la *suite*. ¿Tal vez en el salón?

Iba a salir del dormitorio cuando algo en el escritorio llamó su atención. Allí estaba su portátil, que sí seguía donde él lo había dejado esa mañana, pero sobre éste había una nota manuscrita y un *pendrive*.

Retrocedió y cogió la nota, donde podía leerse «Reprodúceme». Supuso que era la letra de Marisol, aunque, como no llevaba firma, no estaba seguro. Con las nuevas tecnologías, nunca había visto su letra. Bueno, no era del todo verdad; tenía que reconocer que Marisol todavía usaba notas escritas a mano para pósits, agendas y listas de la compra, pero, como no iban dirigidas a él, nunca se había parado a mirarlas con detenimiento y, menos todavía, a estudiar su letra.

Pero tenía que ser su letra, ¿de quién, si no? Dudaba de que algún trabajador del hotel hubiera entrado en la habitación para dejarle un *pendrive* y una nota que decía «Reprodúceme». Salvo que hubiese algún acosador rondando por los pasillos del establecimiento, aquello era idea de Marisol.

Encendió su ordenador y, mientras éste arrancaba, fue hasta el salón y lo registró para ver si daba con el móvil, pero nada. De hecho, estaba todo ordenadísimo e impoluto, casi como si la *suite* estuviera por estrenar.

Regresó al dormitorio y se sentó delante del portátil con la esperanza de que aquella dichosa memoria USB le diera alguna pista sobre dónde estaba Marisol. Tras meter la contraseña, insertó el pincho y se le abrió una carpeta en el ordenador. Contenía un único archivo, un ejecutable. Lo clicó, la pantalla se puso en negro un segundo y después reapareció el escritorio y se abrió un reproductor de vídeo que ocupó toda la superficie.

—Hola, Carlos.

Era ella, hablándole desde la pantalla del portátil. No reconoció el fondo, pero debía de haberlo grabado antes del viaje, pues no estaba tan morena como tras aquellos días de descanso en la playa.

—Si estás viendo esto es porque estoy muerta.

¿¡¡¡Cómo!!!? ¿¡¡¡Qué!!!? ¿¡¡¡Cuándo!!!?

—Que no, hombre, que es broma. Sigo vivita y coleando.

Soltó todo el aire que había retenido en los pulmones sin darse cuenta y le lanzó una

mirada furibunda a la Marisol de la pantalla. Ojalá las miradas mataran a las versiones cibernéticas de las novias.

—Lo siento si te he asustado, era para suavizar un poco el ambiente, porque lo que voy a contarte ahora es un poco... en fin... complicado.

Marisol bajó la vista y miró algo que quedaba fuera del encuadre. Carlos se fijó entonces en que estaba sentada en una silla de oficina, ¿estaba mirando algo que tenía sobre la mesa? Tal vez un guion, unos apuntes o... Era una cajita de terciopelo y la reconoció en cuanto Marisol la levantó. No necesitaba que la girase para saber que dentro había un anillo de pedida, pero aun así los fotogramas mostraron cómo su novia le daba la vuelta a la caja y le mostraba el contenido.

—He encontrado esto. ¡Madre mía, qué pedrusco! —Se rio, nerviosa—. Así que vas a pedirme que me case contigo... ¡guau! No sé qué decir. Bueno, sí lo sé, pero tendrás que esperar para saberlo.

Volvió a girar la caja y se quedó mirando el anillo durante varios segundos de silencio. Entonces la dejó sobre la mesa y, según pudo intuir por los movimientos de sus hombros, la hizo a un lado.

—Antes de... antes de dar este paso, tenemos que hablar. No te va a gustar, pero no hay más remedio.

Carlos se devanó los sesos pensando en qué podría contarle. ¿Qué sería tan gordo como para decir la temida frase de «tenemos que hablar»? Quizá sí que había conseguido saltarse la seguridad de su móvil y sabía lo de Ana, o tal vez lo había oído hablar con su socio Luis aquella vez en la que... Un torrente de posibilidades cruzó por su mente en tan sólo unos segundos, pero, cuando finalmente Marisol habló, lo hizo sobre un tema totalmente diferente a los que barajaba.

—Bueno, he dicho hablar, pero lo cierto es que lo que quiero hacer es confesarme y he pensado que ésta es la mejor forma. Llámame cobarde, pero... es que no puedo hacerlo a la cara.

Carlos frunció el ceño, intrigado. ¿Aquello no iba sobre él, sino sobre ella? Entonces podía respirar tranquilo, porque, mientras no fueran sus trapos sucios los que fueran a airearse, él seguía controlando la situación.

—No he sido del todo sincera contigo. ¿Recuerdas cuando tú y yo rompimos, cuando pasamos todo un verano separados? Pues no te he dicho la verdad sobre lo que hice.

¿Cómo?, ¿iba a hablarle sobre lo que hizo los meses que estuvieron separados? Qué más daba, era historia.

—Tú me has contado todo lo que hiciste, que estuviste con... ésa.

«Ésa» debía de ser Ana, pues era la única de la que Marisol tenía conocimiento (al

menos que él supiera), aunque la verdad era que aquel verano había estado con dos: Ana y una mujer que se le había puesto en bandeja durante su viaje a Londres.

—Yo te expliqué que no había estado con nadie, pero no es cierto. Y necesito contártelo porque ahora, sabiendo que vamos a casarnos, me siento tan culpable... Prometimos ser sinceros cuando nos dimos una segunda oportunidad y yo no lo fui. Y ahora me da miedo guardarme este secreto, que nos casemos y que después salga todo a la luz y no puedas aguantarlo...

¿Qué se suponía que había hecho? Si se había acostado con un tío, era sexo y punto, ¿qué más daba? Podía perdonárselo; a fin de cuentas, no le había sido infiel porque no estaban juntos en aquel momento. Por sus palabras, no obstante, Marisol parecía creer que había hecho algo terrible, como si hubiera matado a alguien.

Marisol tomó aire en la pantalla y después dijo:

—No sé si habrás intentado darle al «Pause» para detener el vídeo, pero, si no lo has hecho, te informo de que no puedes hacerlo. Tu ordenador estará bloqueado hasta que se termine de reproducir esta grabación. Lo siento, cariño, pero de verdad que necesito que veas esto hasta el final. No podré darte el «sí, quiero» con la conciencia tranquila hasta que lo veas, hasta que lo sepas todo. Si después de esto deseas que rompamos, lo entenderé, pero mejor ahora que dentro de unos años.

Carlos probó a pausar la reproducción, pero, tal como Marisol había afirmado, el ordenador no reaccionaba y el vídeo seguía reproduciéndose. Ni tan siquiera podía minimizar la pantalla. Pero ¿qué narices...?

—Cuando rompiste conmigo, me cabré mucho contigo, y más cuando supe que lo hacías porque tenías a otra. Pensé en un millón de cosas que podía hacer para que me lo pagaras, pero no me atreví a nada. Fue entonces cuando me enteré de que no sólo tenías ya a otra, sino que, además, la habías estado teniendo desde hacía meses. ¡Meses! Me enfadé como nunca en mi vida y quise devolvértela. Quería recuperar todos esos meses perdidos en los que yo sólo estaba contigo mientras tú te tirabas a otra.

»Usé tu tarjeta de crédito para reservar un viaje a Ibiza. Según había oído, era el lugar perfecto para perder la cabeza y ¡madre mía si lo es! Nada más registrarme en el hotel, la recepcionista me informó de un servicio exclusivo que ofrecía el establecimiento: una aplicación para ligar. Como Tinder, Meeting y otras aplicaciones parecidas, sólo que con los clientes del hotel. Como vio que me hospedaba sola, supuso que era la clienta perfecta. Bastaba con meter una foto, intereses, gustos y cosas así, y podías ver a otros huéspedes que también estaban solteros y buscaban... ¿una relación? Eso suena demasiado serio. Lo cierto es que lo que buscábamos todos los que nos inscribíamos era sexo. Básicamente. Con unas copas antes, un baile en la *pool party* para amenizar la tarde... pero, al acabar la cita, lo importante era follar.

»Fui una promiscua, Carlos. Perdí totalmente la cabeza. Y necesito que me perdones,

aunque, para eso, antes tengo que contarte mis pecados.



## El casado

Mi primer contacto con la aplicación no fue especialmente bueno.

No la instalé nada más descubrir que existía, no te vayas a pensar. Lo hice mi primera tarde en el hotel, cuando bajé a la piscina y me senté en una tumbona a tomar cócteles. Recuerdo que iba muy sexy, con un triquini blanco monísimo, pero me senté allí y, tras un rato y un par de copas, me di cuenta de que no sabía muy bien cómo ligar ni cómo conocer gente. Todos hablaban en grupos o por parejas y yo no tenía ni idea de cómo integrarme (era la primera vez que viajaba sola), así que, después de haberme dado un baño, haber leído una revista y haberme tomado tres cócteles sin haber conseguido conversar con nadie ni que nadie se me acercara por voluntad propia, recordé la aplicación y pensé que sería una buena solución para romper el hielo y conocer a alguien.

Cogí de mi bolso la tarjeta con el código QR, que me permitió descargarme la aplicación en apenas un segundo, y me registré. Como imagen, puse una foto que tú me habías echado, ¿me perdonas? Es que era en la que mejor salía. Contesté a todas las preguntas que la app me hizo y... *voilà!* En tan sólo unos minutos ya tenía mi perfil creado y, ¡alucina!, ¡tenía a mi alrededor a más de veinte hombres solteros interesados en ligar! ¡¡Sólo en la piscina!! ¿Te lo puedes creer? Vale que la piscina era grande y a esas horas estaba llenísima, pero... ¡veinte tipos que podían estar potencialmente interesados en conocerme en un radio de cincuenta metros! ¿Cómo te quedas? Yo flipé, porque, en esa piscina donde sentía que estaba sola, había todo un criadero de futuros ligues.

Además de la alerta de hombres solteros a tu alrededor que, al parecer, servía para poder ir y presentarte directamente a los que más te interesaran, la aplicación tenía otra funcionalidad, y era ver los perfiles de todos los usuarios que en ese momento estaban alojados en el hotel. Había una sección destacada, la de «Últimas horas», en la que los solteros que estaban a punto de terminar sus vacaciones y, por ende, dejar de estar disponibles, salían destacados como si fueran ofertas *last minute*. Entré primero en esa opción, simplemente porque era la que salía antes, aunque tras unos días entendí los beneficios de los chicos de «última hora», y es que, si algo sale mal con un hombre que está a punto de irse, no corres el riesgo de volver a encontrártelo durante el resto de tus

vacaciones. También es un filón para gente más tradicional que decide echar una cana al aire y prefiere no tener un recordatorio de lo que ha hecho durante el resto de su estancia.

Curioseé en los perfiles de los hombres que aparecían. Sinceramente, tras ver unos pocos, comencé a sospechar que el filtrado por gustos no funcionaba demasiado bien: ¿por qué me sugerían a mí un tío al que le encantaban los gatos si yo había puesto que los odiaba, y que, de hecho, era alérgica? También era cierto que la aplicación no era para encontrar marido. Aquel tipo estaba de vacaciones en un complejo hotelero donde no se aceptaban mascotas. ¿Qué más me daba, entonces, si le gustaban o no los gatos? No iba a presentarme a sus cinco mininos (¡Sí! No es una forma de hablar, ¡tenía cinco ejemplares! Debía de ser la versión femenina de la loca de los gatos).

Le di un corazón (la versión de «Me gusta» en la aplicación) porque el tío estaba bueno. A los siguientes les di corazones sólo por la foto, sin leer siquiera su perfil, no porque me encantasen, sino porque estaban bien. De los que sí me paraba a leer el perfil era de aquellos que me ponían, de esos que decía «hostias, lo quiero para mí». Uno de ellos afirmaba ser vicepresidente de una empresa y escalador. Bonita combinación, y más en los días que corren, donde para llegar a ser alguien hay que ser un trepa(dor). Otro decía que montaba a caballo. También soy alérgica a los equinos, pero apliqué la misma regla que con los gatos, pues obviamente tampoco iban a dejar que los caballos entrasen en el hotel, así que... ¡corazón al canto!

Mi móvil emitió entonces el sonido de un beso, dejándome un momento perpleja, hasta que me di cuenta de que en la esquina superior derecha había aparecido un corazón donde antes no había nada. Pulsé y me salió un aviso, «¡Le gustas!». Sentí que se me aceleraba el pulso al ver la foto de un hombre con el pelo gris y bastante guapete que me sacaba, seguro, más de diez años. La aplicación me ofrecía la posibilidad de darle a mi vez un corazón o ver su perfil. ¿Sería eso lo que veían los hombres a los que yo les estaba dando el visto bueno desde mi móvil?

Pese a que de aspecto me gustaba, decidí meterme a curiosear su perfil antes de devolverle el corazón. Fernando, cuarenta y seis años (¡uy, me había quedado corta con eso de los diez años!), empresario, le gustaban las... las puestas de sol y pasear agarrado de la mano por la playa. Pero ¿qué coño...? Menos mal que no le había mandado aún una respuesta positiva. ¿A quién se le ocurría poner algo así en sus gustos? Cotilleé un poco más, porque quería ver qué había puesto en la sección de preferencias. Y resultó que no había indicado nada, sólo que buscaba mujeres. Eso tenía sentido, pues, si un hombre se presentaba con un «hola, me gustan las puestas de sol y caminar por la playa cogido de la mano», probablemente más de uno pondría en duda su orientación sexual.

Retrocedí en la aplicación y su foto volvió a ocupar toda la pantalla. Estaba bien físicamente, pero iba a pasar de él. Su perfil me inquietaba.

Todavía estaba mirando su rostro, dudando porque era el primero que me había

mandado un corazón y todavía no tenía más propuestas, cuando alguien se sentó en la tumbona contigua a la vez que decía:

—Te veo indecisa.

Sintiendo que me habían pillado con las manos en la masa, oculté la pantalla rápidamente, pero no fue hasta que miré la cara de mi interlocutor que la mandíbula se me descolgó debido a la sorpresa. Era Fernando Amo los Atardeceres. Se echó a reír al ver mi expresión, lo que consiguió que recordara que tenía que cerrar la boca.

—Ho... hola —saludé.

—Hola, Marisol.

Me resultó extraño que supiera mi nombre, pero el móvil en su mano me recordó que si me había mandado un corazón era porque había visto mi perfil y sabía de mí bastantes cosas, además de mi nombre. Dios, ¿qué había puesto en el perfil? Me entró la necesidad de revisarlo para ver qué podían ver los demás de mí.

—Hola. Fernando, ¿verdad?

—Ajá. Ya he visto que has recibido mi saludo —dijo, haciendo un gesto hacia el móvil que me hizo saber que él llamaba *saludo* a los corazones—. No sé muy bien cómo funciona esto, porque es la primera vez que uso la aplicación, pero te he visto aquí, a pocos metros de mí, y me ha salido el aviso de que estabas disponible y me he dicho «probemos suerte».

—Me alegro de que hayas probado suerte. —Le sonreí. Lo cierto era que tenía un tono de voz bastante masculino que me hacía olvidar que había puesto en su perfil que le gustaban las puestas de sol—. Yo también acabo de instalarme la aplicación y estaba probándola. Estaba mirando cómo devolvete el corazón.

—¿Me dejas ver?

Encendí la pantalla del móvil, donde apareció su foto y, abajo, tres opciones: una cruz que significaba descartar, un icono que permitía ver el perfil y un corazón que devolvía el «saludo». Fernando le dio al corazón y, al instante, en su móvil sonó una campanita.

—Ya me ha llegado, ¿ves? Es muy sencillo.

—Sí, para tontos. —Me reí—. ¿Y a ti no te suenan las notificaciones como besos?

—Se puede cambiar en «Preferencias».

—Oh, genial; lo probaré.

Nos quedamos callados durante varios segundos y, ante la incomodidad que sentía por el silencio, busqué a toda velocidad algo que decir.

—He leído en tu perfil que eres empresario, ¿en qué sector?

—Tengo un almacén de fruta en Murcia. Lo creó mi padre, y mi hermano y yo lo dirigimos ahora.

—¿En serio? Qué casualidad, yo soy secretaria de un bróker de futuros.

—Ah, qué bien.

—¿Sabes lo que es un bróker de futuros?

—La verdad es que no, pero suena interesante.

Tuve que contener la risa por lo interesado que intentaba mostrarse. No me molesté en explicarle que te dedicas a comprar cosechas antes de que éstas se planten, especulando sobre el precio que tendrán en un futuro, pues en aquel momento mi móvil sonó con un beso.

Después me di cuenta de que resulté maleducada, pero en ese instante no pude contenerme y encendí la pantalla del móvil para ver quién me había mandado un corazón. ¡Guau! Era un hombre joven, de mi edad probablemente, y muy atractivo. Me dieron ganas de devolverle el corazón sin mirar su perfil, pero entonces Fernando habló.

—Veo que estás muy solicitada y no me extraña. Eres guapísima.

—Vaya, gracias —contesté sonriendo y obligándome a apartar la mirada del teléfono, que era lo que, sin duda, él buscaba.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—Lo cierto es que ya llevo tres.

—Pues no se te nota, seguro que tienes aguante para una más.

Las fiestas de la universidad se habían ocupado de que tolerara bastante bien el alcohol. Después de haber sobrevivido a los chupitos y al garrafón, podía aguantar casi cualquier cosa, así que asentí con la cabeza y Fernando preguntó:

—¿Qué te pido?

Cuando me dejó sola un momento para ir al bar que había junto a la piscina, recuperé mi móvil y volví a mirar la foto del nuevo chico. Se llamaba Rodrigo. Revisé rápidamente su perfil, a punto de quedarme bizca porque con un ojo me aseguraba de que Fernando no volvía y con el otro leía lo que me aparecía en la pantalla. El chico prometía: veintinueve años, aficionado a los idiomas (¡hablaba un montón!), amante de los perros y las motos. Vi que Fernando volvía con dos copas en la mano, así que retrocedí en la aplicación, contesté al corazón y dejé el teléfono a un lado a tiempo de recibir a mi acompañante con una agradecida sonrisa.

Pese a que su perfil me había dado repelús, Fernando resultó ser un hombre con el que resultaba interesante hablar y que me hizo reír en varias ocasiones. Se notaba que estaba esforzándose, así que, tras media hora de charla, le propuse:

—¿Quieres que vayamos a pasear por la playa?

—¡Me encantaría! ¿A ti también te gusta pasear por la arena?

—Me encanta.

Cuando te dicen «imagina un paseo por la playa» casi seguro que en la cabeza de todo el mundo aparece una paradisíaca playa desierta con dos personas caminando de la mano. Bien, pues prueba a pasear por una playa de Ibiza en pleno verano. Precisamente desierta no va a estar. Creo que apenas si llegamos a andar doscientos metros antes de darnos por vencidos. Con ese corto trayecto nos bastó para tener que esquivar un balón hinchable, la caca que un niño pequeño acababa de hacer en plena orilla mientras hacía un castillo y una raqueta de playa que escapó a toda velocidad de la mano de su dueño y casi convierte a Fernando en bicéfalo. Y ya el detonante fue cuando pisé un rastrillo de arena y me hice polvo el pie derecho. Malditos niños aspirantes a asesinos.

Para dejar que mi pie se recuperase, nos paramos en un chiringuito próximo donde, cómo no, seguimos bebiendo. Mi límite de alcohol es alto, ya lo he dicho, pero he de reconocer que aquel primer día de vacaciones me pasé: en el hotel, porque todas las bebidas eran gratis, y en aquel local playero, porque Fernando invitaba. ¡Y qué forma de invitar! Siempre estaba atento a que no me faltara qué beber. Estaba claro que porque quería llevarme a la cama, y lo cierto era que no me importaba. Era guapete, con ese encanto de hombre mayor, y bastante buena compañía. Acabar en la cama con él me tentaba. Decían que el sexo es como el buen vino, que mejora con la edad, y Fernando era el vino más viejo que yo había tenido oportunidad de catar.

Entonces, puedes imaginarte cómo acabó la tarde.

O tal vez no.

Regresamos al hotel y nos dirigimos a su habitación. Supongo que él iba demasiado ebrio o estaba demasiado excitado como para recordar que ése no era el mejor lugar para montárselo con una casi desconocida. Nada más cerrar la puerta, me agarró por la cabeza y me besó.

Fue un beso memorable, pero no para bien. Besaba mal tirando a fatal y casi rozando lo catastrófico. ¡Qué decepción! Sentía su lengua como una blanda babosa invadiéndome la boca, así que me aparté y, algo desestabilizada por el efecto del alcohol, retrocedí. Me miró desconcertado, temiéndose que estuviera echándome atrás, pero negué con la cabeza.

—¿No quieres?

Al darme cuenta de que sacudir la cabeza era un gesto bastante ambiguo, decidí disipar todas sus dudas bajándome las tiras del triquini, desnudando primero mi pecho y después bajándome el bañador por las piernas.

—Pero no me beses.

—¿No te gustan los besos?

Pese a ir borracha, todavía era lo suficientemente educada como para no soltarle un «sí me gustan, pero tú besas como el culo», así que me limité a encogerme de hombros.

—¿Reservas tu boca para alguien, preciosa? —No tuve necesidad de contestarle, pues añadió—: ¡Qué buena estás, madre mía!

Se acercó de nuevo a mí y sus manos fueron a mis pechos como si fueran imanes. Les siguió la boca y, gracias a Dios, en aquella zona su lengua no parecía una babosa. Me excitó un montón cómo me lamió los pezones.

Me echó sobre la cama y se deshizo de la camiseta que llevaba. Después se quitó el bañador.

—Tienes condones, ¿verdad?

Desentrenada como estaba en esos temas del sexo ocasional, no caí en que necesitaríamos protección hasta que lo vi con la chorra fuera.

—Un cargamento, preciosa.

Se tumbó sobre mí y, respetando mi petición de no besarme, paseó su boca por mi cuello, mis pechos, mi barriga y mis muslos. ¡Bendita lengua! Para besar no valía, pero para excitar... Para cuando me penetró, después de ponerse un condón que sacó de una cartera a reventar de preservativos (¡joder con el tío, que de verdad tenía un cargamento!), estaba tan húmeda que entró sin dificultad. Gemí, gimió. Me cogió las piernas por las rodillas y me las puso en un ángulo que hizo que sus empujones me volvieran loca. Creo que sabes cuál es, Carlos, nos ha dado muchas alegrías el gesto tan tonto de levantar la rodilla que aprendí con Fernando... Bueno, el caso es que en ésas estábamos, desnudos, en plena faena, él jadeando y yo gritando del gustito que me daba la postura, cuando... ¡clash!, se oye un cristal rompiéndose, Fernando se desploma encima de mí y siento un líquido helado que me moja la cara.

—Hijo de la gran putaaaaaa.

Cegada por lo que resultó ser champán y aplastada por el peso inerte de Fernando, me costó distinguir a la mujer que acababa de pegarle un botellazo en la cabeza al hombre que estaba a punto de hacerme llegar al orgasmo. Creo que me eché a llorar pensando que la siguiente víctima de aquella lunática era yo, pero no estoy del todo segura. Sí recuerdo que la desconocida me quitó a Fernando de encima y después, estando yo todavía abierta de piernas sobre la cama, me amenazó con la botella rota.

—Como vuelvas a mirar a mi marido, te mato, maldita zorra. ¿Has entendido? —Al no obtener respuesta por mi parte, gritó—: ¡¡¡¿Has entendido?!!!

—Sí, sí-sí —tartamudeé.

—Y ahora largo, antes de que cambie de opinión.

Sabiendo que si cambiaba de opinión podía acabar con el filo de la botella atravesado en la yugular, me arrastré a toda prisa por encima de la cama. Ni siquiera me importó caerme del colchón al llegar al borde. Fui a coger mi triquini, pero la mujer lo pisó y la muy cabrona me pilló un dedo a posta.

—Ni hablar —dijo cuando, acojonada perdida, miré hacia arriba desde mi posición arrodillada—, te vas desnuda. ¿No te importa enseñarle tus tetas a mi marido? Pues tampoco te importará exhibirlas delante de todo el hotel.

Tenía cara de loca, en serio, y, sin duda, que siguiera sosteniendo la botella en la mano no me ayudaba a tomarme las cosas con calma, así que me alejé de ella a toda velocidad. Me daba igual salir en pelotas al pasillo, me preocupaba bastante más mi vida. Si ya se había cargado a su marido, yo podía ser la siguiente sin problemas. No obstante, antes de llegar a la puerta oí un quejido y, pese a mi miedo, me detuve y me giré. Contuve el aliento al ver que Fernando se movía. ¡Estaba vivo!

—Maldita puta —murmuró él, enderezándose en la cama con una mano sobre la herida abierta que tenía en la cabeza.

—Doy por supuesto que eso va dirigido a la puta que te has alquilado —respondió la mujer con una postura altanera. Me recordó a una madre que espera a su hijo con el zapato en la mano dispuesta a darle una lección, sólo que en aquel caso no había zapato, sino una botella rota.

—¡Me has partido una botella en la cabeza! —protestó Fernando.

—Y da gracias de que no haya aprovechado que estabas desnudo y en la postura perfecta para meter el cuello de la botella por tu culo, maldito cabrón. Ya te advertí la última vez que, como volviera a pillarte con otra, cogía un cuchillo y te la cortaba.

Pude ver cómo Fernando tragaba saliva. Su nuez subió y bajó pesadamente, porque su mujer puede que no tuviera un cuchillo a mano, pero la botella que esgrimía prometía ser igual de efectiva.

—Venga, cariño, no seas así.

—¡Que no sea así! —se escandalizó ella—. ¡Te acabo de encontrar follándote a otra! ¡¡Otra vez!!

—Pero no es nadie, sólo una chica tonta que me encontré en el bar.

No fui capaz de sentirme ofendida.

—Ya te he dicho muchas veces que mi amor por ti va mucho más allá del sexo o el físico. Tú y yo tenemos una unión a otro nivel. Ellas no son nada para mí, tú lo eres todo.

Me marché de allí tras esa frase. Por un lado, creía que ya había visto suficiente y, por otro, tras la gilipollez que Fernando acababa de soltar, temía que su mujer se pusiera en modo *Kill Bill* y saliéramos de allí los dos a pedacitos.

No me atreví a intentar coger de nuevo mi bañador, ni a acercarme al aseo a coger una toalla. Lo más acuciante en aquel momento era salir de allí, pero lo cierto es que en cuanto salí al pasillo, tomé consciencia de lo desnudísima que iba. Supongo que el aire fresco del pasillo en mis partes tuvo algo que ver. Me cubrí con un brazo los pechos y con la otra mano mi monte de Venus. Pensé a toda velocidad qué hacer y eché a andar por el pasillo con la espalda y, más importante, el culo pegados a la pared. Intentaba calcular cómo llegar a mi habitación desde allí y, cuanto más pensaba, más me desanimaba, pues aquel hotel era enorme y para llegar a mi dormitorio no sólo tendría que coger varios ascensores, sino que tendría que pasar por el *hall*. Imposible.

Me detuve al oír unas voces y me escondí como pude junto a la puerta más próxima. Cerré los ojos e intenté pensar con rapidez en cuáles eran mis posibilidades. Escaseaban, la verdad, así que al final me giré y toqué con los nudillos en la puerta que tenía detrás de mí. Tras unos segundos de espera sin resultado, probé suerte en la de al lado y nada. Sin perder la esperanza en mi plan, me eché el pelo sobre el pecho para poder usar una segunda mano para taparme el culo, y crucé de puntillas el pasillo para tocar en las habitaciones de enfrente. Recuerdo a la perfección el hecho de ir de puntillas, como si así mis pisadas fueran a ser más ligeras y, por lo tanto, nadie fuera a oírme.

Empecé a impacientarme cuando a la cuarta puerta nadie me había abierto todavía. Pero ¿dónde estaba la gente?

Avancé por el pasillo y toqué en el siguiente grupo de puertas. Iba por la segunda de aquel grupo cuando oí que una se abría. Me giré, buscando dónde estaba mi salvación, y vi que un hombre abría la tercera puerta a la que había tocado.

—¿Hola? —preguntó, desconcertado. Me pareció que dudaba porque no me conocía y no porque yo fuera desnuda. Supongo que aún no le había dado tiempo a procesarlo.

—Hola, necesito tu ayuda.

Corrí de puntillas hasta él mientras su mirada me recorría de arriba abajo.

—Vas...

—Desnuda, sí. Una larga historia. Necesito que me dejes algo de ropa, por favor.

Él tardó un poco en contestar, mirándome pasmado, aunque en su beneficio diré que no me miraba las tetas, sólo a la cara.

—¡Por favor! —insistí.

—Sí, sí, disculpa. Voy a por una camiseta.

Entró en su habitación y yo lo seguí, cerrando la puerta detrás de mí.

—Espero que no te importe, pero prefiero no esperar en el pasillo.

—No, no, claro. Pasa. —Miró hacia atrás para verme arrinconada en una esquina,



junto a la puerta. No añadió nada más y se dirigió al armario. Rebuscó durante varios segundos, cogió algo y después pareció cambiar de opinión y cogió otra cosa—. Creo que, mejor que una camiseta, te dejo un vestido.

—¿Un vestido?

—Sí, de mi mujer.

Se me revolviéron las tripas al oír aquello.

—¿Estás casado?

—Sí.

Miré a todos lados, asustada.

—¿No estará por aquí o a punto de volver, verdad? Otra guerra conyugal no, por favor.

—No, tranquila, no creo que pase por aquí. Toma, pónitelo.

Cogí el vestido que me tendía y me lo puse. Sentí la tela extraña al usarlo sin ropa interior, pero fue todo un alivio taparme.

—Muchas gracias, de verdad, me has salvado de una buena.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado?

—No quieres saberlo. De hecho, lo mejor será que me vaya ya. Pasaré por el servicio de lavandería el vestido y haré que te lo manden, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Gracias por todo.

Salí de allí a toda velocidad y recorrí el largo trayecto hasta mi habitación corriendo. Al llegar, no obstante, caí en la cuenta de que la llave de la puerta se había quedado en la habitación de Fernando, junto con mi móvil y mi documentación. ¿Y cómo salía yo de aquélla? Diría que pasé media hora delante de mi puerta, dándole vueltas a qué hacer, y al final no me quedó otra que ir hasta recepción, sintiéndome incómoda al notar mis partes bajas excesivamente... ventiladas.

—Hola —saludé al recepcionista—. Verá, me he dejado una cosa en la habitación de unos amigos. ¿Podría llamarlos y pedirles que me las traigan a recepción?

—Claro, señora, sólo tiene que decirme el número de habitación.

Por suerte, me acordaba. El hombre llamó por teléfono y durante unos segundos se mantuvo en silencio. Después comenzó a hablar, pidiendo exactamente lo que yo quería. No oí la respuesta, pero, fuera cual fuese, hizo que el empleado me mirara.

—Sí, de acuerdo, se lo digo. Gracias.

—¿Qué ha dicho? —interrogué con ansiedad en cuanto colgó.

—Pues... —carraspeó, incómodo—, su amiga me ha dicho que acaba de tirar sus cosas por la ventana; que si las quiere, las busque.

Asentí y le di las gracias. Si él parecía avergonzado, yo estaba que me moría del bochorno. Sin embargo, apenas si me había alejado unos pasos del mostrador cuando volví a acercarme.

—Sólo una cosa más. Por un casual no sabrá más o menos a dónde da la ventana de esa habitación, ¿verdad?

—Busque al lado de la piscina, detrás del bar.

—Muchísimas gracias.

Me llevó media hora porque había anochecido y la iluminación en aquella zona era una auténtica mierda, pero lo encontré todo. Mi móvil, pese a la caída, estaba intacto (¡gracias a Dios!); lo que sí que estaba irrecuperable era el triquini. No sé si al final la loca apuñaló a su marido o no (el hotel no salió en todos los telediarios españoles por asesinato, así que supongo que no), pero mi bañador sí que saludó a la botella de champán.

Decidí no volver a usar aquella demoniaca aplicación nunca más.

## El musculitos

Como sospecharás, no me mantuve firme en aquella decisión mucho tiempo. El susto me duró dos días e incluso llegué a desinstalar la aplicación, en mi opinión algo más que comprensible teniendo en cuenta que casi veo cómo una mujer mata a su marido. Así que, durante dos días, me limité a tomar el sol, beber cócteles, bañarme en la piscina y apuntarme a una clase de salsa que se impartía cada tarde a las ocho en uno de los salones del hotel. Bueno, a eso y a zampar. Creo que engordé un par de kilos durante toda mi estancia, pues en el bufé libre había de todo y mi ánimo no hacía que me decantase precisamente por las cosas más sanas.

El caso, como te iba diciendo, es que me mantuve alejada de los ligues, de los hombres y de la gente en general durante dos días. Era curioso, porque estaba rodeada de personas, pero me sentía bastante sola, pues mi trato con ellas se reducía a pedirles cosas a los camareros y a charlar un poco con mi compañera en clase de salsa, que resultó ser una mujer porque escaseaban los hombres sueltos. Por cierto, por si te lo preguntas, yo hacía de hombre en la pareja.

A los dos días, no obstante, algo cambió. Algo enorme, moreno, con camisetas tan ajustadas que parecían a punto de estallar, venas marcadas en los brazos (sabes que me encantan que se marquen las venas, sobre todo en las manos) y un tatuaje tribal en el brazo derecho. Se llamaba David y me sorprendió un día en el bar de la piscina mientras pedía la tercera cerveza (sí, sé lo que estás pensando, que esto parece el diario de una borracha en la playa, y he de admitir que sería un título bastante ajustado a lo que fueron mis vacaciones). Se colocó a mi lado en la barra y soltó:

—¿Sol?

Como una estúpida, mire hacia atrás para ver el cielo.

—Sí, hace sol.

Se rio y dijo:

—No, no, me refería a si eres Sol.

—Marisol —corregí.

—¿No te gusta que te llamen Sol?

—No suelen hacerlo. —Sin embargo, para aquel entonces ya había podido hacerle un examen rápido y, como aprobaba con nota, añadí coqueta—: Pero tú puedes llamarme como quieras.

—Sol me gusta. Brillante, radiante, el centro de todo.

Sonreí halagada tanto por lo que decía como por la forma en que tenía de decirlo. ¡Oh! Y, muy especialmente, por cómo me miraba.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Por la aplicación para conocer gente del hotel. Te mandé un corazón, pero no me has contestado.

Hizo un puchero, como si mi falta de respuesta lo entristeciera, aunque probablemente lo que hacía era herirle en su orgullo.

—Lo cierto es que la desinstalé. ¿No se borró mi cuenta?

—Pues diría que no. A ver, quizá la quitaste después de que yo la viera.

Encendió su móvil y entró en la aplicación. Pude ver que tenía varias notificaciones, pero las ignoró y buscó mi perfil. Efectivamente, ahí seguía yo, *online* para que cualquier persona del hotel supiera que estaba soltera y buscando amigos.

—¿Ya no estás interesada en conocer gente, por eso te la has desinstalado? —planteó David.

—No, me la desinstalé por una mala experiencia.

—No me digas, te han emparejado con alguna mujer.

—No. ¿Por qué?, ¿a ti te han emparejado con un hombre?

—Sí; ahora me río, pero en su momento no me hizo ni puta gracia. Te pongo en situación: conozco a una chica por la aplicación, charlo con ella por el chat, llegamos a un acuerdo de que lo que ambos buscamos es sexo y que mejor nos dejamos de preliminares, así que directamente voy a su habitación. Me espera a oscuras.

—Oh, Dios mío. —Me tapé la boca horrorizada, pero sin poder evitar reírme, en gran medida por la forma en que él lo contaba—. ¿Y hasta dónde llegasteis?

—No muy lejos, menos mal. Cuando me eché encima de él, pensé «¿qué es esto tan duro?». Llegué a palparle el paquete, te lo juro, porque mi cerebro era incapaz de procesar la verdad. Y entonces él habló y su voz, afeminada, lo traicionó sólo en una palabra. Hice el salto del tigre, pero a la inversa. O mejor, salté como un gato. ¿Has visto saltar a un gato con las cuatro patas a la vez, con el lomo erizado y tal? Pues así me alejé yo.

—Pero ¿qué esperaba él?

—Pues que tuviéramos tema.

—¡Pero si te había engañado diciéndote que era una mujer!

—Según él, me había preguntado, en la conversación, si me iba ese rollo y yo le había dicho que sí. No me preguntes qué fue lo que me preguntó, porque ni idea. Habló en código, como cuando te preguntan si «entiendes» para saber si eres homosexual. Pues igual. Y yo ni enterarme. ¡Qué trauma! No pude contarlo hasta varios meses después.

—¿Ah, no ha sido este año? Pensaba que había sido en este hotel, con la aplicación.

—Y lo fue, pero el año pasado. Me gusta mucho este sitio y repito todos los años.

—Qué bien.

—Entonces, ¿qué fue lo que te pasó a ti? Cuéntamelo, seguro que no es peor que lo que acabo de contarte yo.

—Pues... no sé yo, la verdad. —Sopesé si contárselo o no, pero me animó la posibilidad de poder contarlo como una anécdota graciosa, como él había hecho con su historia—. No sé si es peor, porque tú no llegaste a hacer nada, pero yo sí. La mujer nos pilló en plena faena.

—¿La mujer de la limpieza?

—¡Su mujer!

—No me jodas.

—Sí, sí jodo. Qué horror. Y encima, cuando nos pilló, le rompió una botella en la cabeza y el tío cayó inconsciente sobre mí.

—Pero ¿está vivo?

—Cuando yo salí de la habitación, sí. Y que yo sepa por aquí no ha pasado la policía, así que...

—¿No has vuelto a verlo?

Negué con la cabeza.

—Qué mal rollo, no me extraña que te quitaras la aplicación.

—Y es que, además, llevo ya dos días dándole vueltas, pero te prometo que no llevaba anillo, ni marca de haber llevado uno.

—Hay quien lo lleva colgado al cuello o quien directamente no lo lleva, depende de su trabajo, sus gustos...

—Tú no estarás casado, ¿verdad?

—No, ni hablar.

—¿Ni hablar? ¿Qué eres, alérgico al compromiso?

—No tanto como eso, pero no pienso casarme, al menos no en breve.

—Hay que disfrutar de la vida, ¿no?

—Ajá. Y hablando de eso... —Encendió de nuevo la pantalla de su móvil y abrió mi perfil—. Veamos qué tenemos aquí.

Me sentí supercortada mientras leía mi perfil allí mismo, a menos de un paso de distancia, pero aguanté estoicamente.

—Humm —fue su valoración final.

—¿Qué?

—¿No te gusta el deporte?

—Claro que sí.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué deporte haces?

—Voy al gimnasio.

—Yo también voy al *gym*.

¡Hombre! Estaba clarísimo que iba al gimnasio. Uno no tenía esos brazos sólo por comer sano. Y por eso precisamente había dado esa respuesta, para intentar tener algo en común, aunque cierto, cierto... no era. Bueno, un poco verdad sí era. Me apuntaba al gimnasio en septiembre e iba durante una semana; después desaparecía hasta que en Año Nuevo mantenerme en forma aparecía en mi lista de propósitos. Lamentablemente, mi reaparición duraba poco o era inestable, hasta que sentía que la operación bikini se me echaba encima y... ¿Qué te voy a contar a ti, Carlos? Si me regalaste un abono de un año al gimnasio y estuviste meses refunfuñando porque sólo iba de vez en cuando.

Pero aquello no iba a confesárselo a David, claro, así que opté por desviar un poco la atención y, acercándome a él, le toqué el brazo, que estaba duro como una piedra.

—Se te nota —dije, insinuante—. ¿Tienes algún plan que requiera saber de mi condición física o por qué curioseas mi perfil para saber si hago deporte?

—La verdad es que sí. Justo te he visto cuando iba a la playa con mis amigos a jugar un partido de vóley playa. ¿Te apuntas?

El vóley no me gusta especialmente. Recuerdo haber jugado en el instituto y, sobre todo, tengo grabado a fuego cómo un compañero me lanzaba pelotazos imparables que estuvieron a punto de romperme la nariz en más de una ocasión. Pero acepté la proposición de David. ¿Quién no?

Antes de llegar a la playa, nos encontramos con su grupo de amigos, casi todos igual de musculosos que él. Formaban un grupo animado que atraía gran número de miradas. Me sentí halagada porque David se hubiera tomado el tiempo de pararse en el bar para invitarme, aunque no tardé en ser consciente de la presión que implicaba querer interesarle a alguien como él.

En la playa, junto a la red que dividía los campos de juego, nos esperaba un nutrido grupo de chicas. En un principio pensé que jugaríamos chicos contra chicas y me preocupé, sabiendo lo fuerte que podían llegar a lanzar los hombres, pero me tranquilicé en cuanto David le preguntó a una de ellas si podía incluirme en su equipo para la partida femenina. Mi sosiego duró poco, justo lo que tardó la rubia con la que había hablado en intentar hacerme una nariz nueva con la pelota. Era, a ojos vista, la más guapa del grupo y, al poco de estar allí, también resultó evidente que le gustaba David y que no le hacía ni pizca de gracia que me hubiera invitado. En serio, si alguien hubiera grabado los partidos que jugamos, podría denunciarla por intento de asesinato. Golpeaba la pelota con toda la fuerza de su brazo y, curiosamente, siempre apuntaba a la cara. Me dejó en evidencia los primeros tiros, pues me daba miedo interponer mis manos en la trayectoria de los torpedos que me lanzaba, pero al final me atreví. Mis muñecas crujieron y me dolieron los pulgares. Quise llorar, pero devolví la pelota al campo contrario y, en cuanto conseguí hacerlo una vez, las siguientes fueron más fáciles. Supongo que porque el golpe me dejó insensible la zona, aunque sin duda iba a pasarlo mal los días siguientes.

Mereció la pena, pues mi equipo ganó y David lo celebró cogiéndome en volandas y dándome vueltas en el aire. ¡Chúpate esa, rubia de mierda! Sentí que le había ganado la partida, pero ¡qué equivocada estaba! Aunque no te lo voy a contar todavía porque sería adelantar acontecimientos.

Después de nosotras jugaron ellos, así que tuve que esperar un buen rato sentada en la arena. No pienses que me aburrí, pues pasar el rato viendo a un grupo de hombres de buen ver haciendo uso de todos y cada uno de sus músculos y revolcándose ocasionalmente en la arena es un espectáculo al que podría acostumbrarme. Además, también pude hablar un poco con alguna de las chicas. La rubia, que resultó que se llamaba Ana, no se acercó, pero la sorprendí lanzándome miradas ocasionales.

Tras el partido, el grupo se metió en tropel al agua y yo los seguí. Ana se murió de envidia al ver cómo David y yo nos hacíamos aguadillas y él me agarraba de la cintura para hundirme bajo el agua. Después fue a mí a la que le aguijoneó la envidia, cuando ella se le colgó en la espalda y él se lo tomó como un divertido juego.

No estaba segura de si entre ellos dos había algo o simplemente era que ella estaba interesada, pero, poco después, cuando me disponía a salir del agua, Ana me adelantó y murmuró:

—Cuidado con David.

—¿Por lo que él pueda hacerme o por lo que puedas hacerme tú?

Se giró y me dedicó una sonrisa sesgada que me hizo dudar. ¿En serio quería pelearme con aquella mujer por un hombre al que acababa de conocer? David se encargó de responder a aquella pregunta: llegó desde detrás, me pasó el brazo por los hombros y me pegó a su costado.

—Te quedas a la fiesta, ¿verdad?

Si él me quería allí, allí me quedaría. No pensaba enfrentarme a nadie por su interés y por ahora todo parecía indicar que no tendría que hacerlo, pues él era el que me buscaba.

Me desmoralicé un poco durante la fiesta, ya que comencé a captar a qué juego jugaba David: tontear con todas. Sin embargo, volvió a darme el subidón cuando, tras casi una hora de estar allí, escuchando música, bebiendo y comiendo marranerías que seguro irían directamente a atascarme las venas, me besó. Fue un besito en el hombro, como al descuido, pero entonces nuestras miradas se encontraron y me incliné hacia él buscando su boca.

Acabamos montándonoslo en el sitio más asqueroso en el que lo he hecho nunca: los baños del chiringuito del hotel. Atrancamos la puerta con lo que pudimos y me devoró la boca mientras retrocedíamos. Al llegar junto a los lavabos, me alzó y me sentó sobre la encimera del lavamanos, metiéndose entre mis piernas. ¡Qué fuerza tenía el tío! Me sentía pequeña a su lado, ya que me movía como si no pesase nada. Me bajó los tirantes del vestido y, hábilmente, se deshizo del sujetador de mi bikini, dejándome desnuda de cintura para arriba. Vernos allí, en un lugar público, yo medio desnuda, él todavía vestido y lamiéndome los pezones, me puso un montón y busqué su erección para acariciarla.

—Tienes las tetas saladas. —Se rio.

Lo atraje para morderle el cuello y, efectivamente, su piel también tenía un regusto salado por el agua del mar.

Le bajé la bragueta e intenté meter la mano dentro, pero él se me adelantó y, soltándose el pantalón, se lo bajó, liberando su erección, que en aquella postura quedó apuntando directamente a mi entrada. Sentí una oleada de calor en mi vagina y, mientras él se ponía el condón, me acaricié sobre la braga del bikini.

Al ver que él ya había terminado de protegerse, me bajé de la encimera para poder quitarme las bragas, pero no me dio tiempo. David me dio la vuelta hasta que quedamos mirándonos en el espejo y entonces, agarrándome por la nuca, me obligó a inclinarme y, apartándome un poco el bikini, se hundió dentro de mí. Lo hizo con dificultad porque yo aún no estaba dilatada, pero la lubricación del preservativo ayudó a que mis prietas carnes se abrieran a su paso. Aun así, no pude evitar gritar. Le gustó oírme, pues repitió la estocada, pero en aquella ocasión me mordí el labio y acallé el grito de placer y dolor que me provocaba sentir la penetración.



—Grita —exigió a la vez que volvía a hundirse muy dentro de mí.

Cada vez que empujaba en mi interior, mi cara quedaba a escasos centímetros del espejo y mi respiración entrecortada lo llenaba de vaho, haciendo que por un momento dejara de verlo.

—¡Grita, joder! Quiero oírte.

Salió de mí y me dio una cachetada en el culo que me hizo protestar. ¡Joder, aquello dolía! Todavía no había dado tiempo a que desapareciera el escozor cuando volvió a penetrarme.

—Grita —exigió, y lo repitió con cada envite—. Grita. Grita.

Dejé de contenerme y empecé a gritar cada vez que lo notaba llegar hasta el fondo. Emocionado, él aceleró el ritmo y tuve que agarrarme a los grifos para mantenerme en mi sitio. Estaba frenético y creía que estaba a punto de correrse. Cerré los ojos y nos visualicé a los dos como si fuera otra persona, como si acabara de entrar en el baño y me encontrara con aquel espectáculo. Sus gemidos estimulaban mucho mi imaginación y acabé corriéndome varios segundos antes que él.

¡Madre del amor hermoso! Pero qué puta pasada. Al llegar a mi habitación me ducharía para desinfectarme, pues mis pechos desnudos habían acabado restregándose por la encimera, pero había merecido la pena. ¡Menudo orgasmo!

No obstante, no todo va a ser bueno. David tenía una peculiaridad nada erótica, y no me refiero a que le gustara oír gritar a sus parejas. Eso tenía su punto. Su problema era que, después del orgasmo, lo sacuden unos espasmos extraños. Es normal que tras llegar al clímax te entre la flojera, por todo el esfuerzo que has hecho y por la relajación que alcanzas, pero lo de David era otra cosa. Mientras me recolocaba el vestido, vi a través del espejo que se le contraían los pectorales como hacían los culturistas para exhibirse. Una teta para arriba, ahora la otra. Una, otra, una, otra. ¡Parecía un baile sincronizado!

Me dio la risa tonta.

—¿Qué están, bailando la danza de la victoria?

Él me miró a través del reflejo, molesto.

—Es algo que... hacen. No puedo evitarlo.

—Está bien. —Estaba claro que no le hacía ni pizca de gracia, así que intenté contener la risa, pero sin mucho éxito—. Es... curioso.

—Ya —respondió, dándome la espalda.

—No, en serio, es... gracioso. —Se me escapó una carcajada.

No me contestó y salió del baño tras desatracar la puerta. Una mujer que había estado fuera esperando entró poco después, mirando con precaución a su alrededor. Disimulé mi

vergüenza mirándome al espejo y arreglándome el pelo, y al poco salí corriendo de allí.

Mi risa por su baile tetil debió de molestar a David, pues apenas si cruzamos palabra en lo que quedó de noche, que no fue mucho, pues al darme cuenta de que pasaba de mí y que yo sólo podía limitarme a ver cómo charlaba con otra gente, especialmente chicas (sí, incluida Ana), decidí despedirme del grupo y marcharme a mi habitación.

No estaba segura de poder dormirme después de todas las emociones que había vivido, pero lo cierto fue que me quedé como un tronco en seguida, quizá porque el relax que se apodera de mi cuerpo tras el sexo aún me duraba.

Te preguntarás si volví a saber de David o no, y lo cierto es que sí. Al día siguiente, tras dormir su enfado, se despertó de nuevo amigable y, cuando coincidió conmigo durante el desayuno, me invitó a una clase de *kitesurfing* que tenía esa tarde. Dije que sí, entusiasmada, aunque después resultó que a lo que me invitaba era a ver cómo él practicaba *kitesurfing*, no a practicarlo yo. Aunque tampoco fue tan malo, pues su grupo me llevó de gratis a una playa en otra zona de la isla y los amigos que se quedaron en la orilla me invitaron a unas cervezas. Además, como «compensación», al volver al hotel nos liamos en mi habitación. Y fue sinceramente alucinante.

No voy a entrar en detalles, porque no creo que sean útiles. Sé que nunca te ha importado hablar de mis exparejas y que hemos hablado de posturas y cosas que hemos hecho con otras personas para intentar aprender de ellas, pero es que de David no creo que puedas aprender nada. No porque no haya nada que aprender, ya te he dicho que estuvo muuy bien, pero es que tendrías que tener el doble o el triple de músculo del que tienes actualmente para poder hacer todas las posturas que hicimos, así que no merece la pena. Sólo te diré... ¿recuerdas esa postura que vimos en aquella página web, esa en la que el hombre estaba de pie, cogía a la chica en peso patas arriba y se hacían sexo oral? Pues no, resulta que no era imposible y yo ya la tengo tachada de mi lista de pendientes.

Pero lo bueno dura poco y aquella fue la última vez que lo hice con David.

Si te cuento que Ana, la rubia del partido, me interceptó aquella noche mientras yo buscaba a David y me dijo que dejara de parecer una desesperada buscándolo porque para él no significaba una mierda, quizá pienses que fue por eso. Si añado que me contó que el día anterior David no sólo se había acostado conmigo, sino también con ella, y que ese mismo día, hacía tan sólo unas horas, también se lo habían montado, tal vez te ratifiques en tu teoría. Y si ya remato la historia diciéndote que, aun con todo lo que me contó Ana, yo seguí buscando a David y me lo encontré en la piscina, detrás de una torre de hamacas, con el culo al aire y haciéndolo a lo misionero con una tercera chica a la que no llegué a reconocer (vamos, que ni le vi el rostro), ya dirás, ¡asunto cerrado!

Pero lo cierto es que no repetí con David porque aquel día se acabaron sus vacaciones y desapareció. Si no, probablemente habría repetido. Me sentía celosa, sí, pero aquel musculitos no era el amor de mi vida, sólo quería montármelo con él, y si había que

compartirlo, pues yo, como una niña buena, compartía.

## El que no ha superado a su ex

Después de la desaparición de David y de su grupo de amigos, me sentí un poco perdida y sin saber qué hacer. Durante dos días había tenido la oportunidad de ser sociable, pero ahora volvía a no tener a nadie con quien hablar. Y eso, en un hotel de más de doscientas habitaciones. Sabía que era culpa mía y que podría cambiarlo con sólo esforzarme un poco, pero en ocasiones soy gandula para relacionarme, así que me limité a seguir poniéndome morena, beber más de la cuenta, comer todavía más de lo debido y mover un poco el esqueleto por las noches en la clase de baile.

Me encontraba tumbada en una hamaca en la zona solárium que rodeaba la piscina, con un copazo enorme de piña colada en una mano (¡hasta llevaba sombrillita!) y el móvil en la otra, cuando decidí darme de nuevo de alta en la aplicación del hotel para conocer gente. Si mi perfil seguía apareciéndole a David, mi cuenta debía de seguir existiendo por mucho que yo hubiera borrado la aplicación, así que probé a instalar de nuevo la app y, *voilà!*, sólo tuve que meter unos pocos datos recordatorios para que me cargara mi perfil y, ¡sorpresa!, tenía un montón de corazones. Al parecer, mi cuenta virtual había estado de lo más concurrida. Revisé las notificaciones: varios de los chicos a los que yo les había mandado un corazón me lo habían devuelto y otros, por iniciativa propia, me habían contactado. Uno de ellos era David y, aunque pude ver su foto en pequeño, cuando fui a meterme en su perfil, me salió un aviso de que el cliente ya no se hospedaba en el hotel. El mensaje incluía el dibujo de un perrito lloroso. ¡Qué lastimilla daba!

En eso seguía, revisando mi horda de interesados (bueno, horda, horda, no era, pero sí que había más corazones de los que nunca habría esperado cuando me instalé aquella aplicación; no por falta de autoestima, no te vayas a creer, pero es que un hotel es un microuniverso con un número limitado de candidatos) y sintiéndome frustrada porque los mejores candidatos ya no se hospedaban en el hotel (¡joder, aquella sensación de que los hombres podían desaparecer tan rápido como lo hacían las mejores botas en las rebajas empezaba a provocarme ansiedad!), cuando, por el rabillo del ojo, vi que alguien se sentaba en la hamaca que tenía al lado. Eché un vistazo por pura inercia y ya volvía a tener los ojos fijos en la pantalla del móvil cuando mi cerebro procesó lo que había visto. Volví

a mirar. Efectivamente, quien se acababa de sentar a mi lado era el hombre que me había salvado de pasearme desnuda por el hotel.

Lo observé durante un momento, sin saber si animarme o no a decirle algo. Sin embargo, no tuve que decidirme, pues él notó que lo estaba mirando y se giró hacia mí, por lo que me vi obligada a decir:

—Ey.

—¡Hola! —Se sorprendió de verdad al reconocermme, por lo que su elección de asiento debía de ser casual.

—¿Qué, a tomar un poco el sol? —pregunté, aunque después tuve ganas de echarme a reír por mi propia pregunta, pues no sólo se había sentado bajo una sombrilla, sino que además llevaba camiseta y se le notaba que se había puesto protector solar.

—Sí, hora de que me dé un poco el aire. Y la piscina me ha parecido un buen sitio para ponerme a leer —dijo, enseñándome la tableta que tenía en la mano y en la que pude ver la portada de una revista sobre tecnología.

—¿Eso es una indirecta para que te deje tranquilo?

—No, no, sólo... —No continuó, adorablemente cohibido.

—No te preocupes, te dejo tranquilo. Sólo una pregunta, ¿te llegó el vestido de tu esposa? Pedí en lavandería que lo devolvieran a tu habitación.

—Sí, llegó perfecto. No tendrías que haberte molestado.

—Claro, seguro que a tu mujer le encantaría ponerse un vestido que otra mujer desnuda ha usado.

Él no respondió; en su lugar, fijó la vista en la tableta, por lo que di por sentado que ahí terminaba nuestra conversación y me centré de nuevo en mi móvil. Al cabo de un buen rato, planteó:

—¿Estás usando la aplicación del hotel para conocer gente?

Giré el móvil para ocultar la pantalla, molesta porque había estado cotilleando lo que hacía.

—Sí, ¿por qué?, ¿tú también la usas?

Me puse alerta. ¡Por Dios! ¿Otro casado que la usaba? Al final iba a resultar que la mitad de los tíos que se habían interesado por mí no iban a estar realmente disponibles. Lo cierto es que eso explicaría el alto número de solicitudes, pues no sólo los solteros las mandaban. Me estremecí.

—No. Bueno, sí y no. La tengo instalada, pero no la uso.

—Ya.

Se me habían quitado las pocas ganas que tenía de hablar con él. Sin embargo, debió de notar algo en mi voz, ya que explicó:

—La diseñé yo.

—¿La aplicación?

—Claro.

—¿En serio?

—Sí, soy programador informático.

—Qué interesante.

—Sí, bueno, no es que sea un trabajo emocionante, pero...

Por cómo reaccionó, sospeché que pensaba que estaba siendo condescendiente, así que dije:

—No, en serio, me parece superinteresante. Me gusta ponerle cara a quien creó algo que he estado usando.

—¿Y funciona?

—Sí, no da fallos.

—La verdad es que no me refería a si funciona bien. Sé que no tiene fallos o ya me habrían llegado las quejas. Me refiero a... ¿en serio sirve para conocer gente?

—Bueno...

—¿No?

—Sí, sí te permite conocer gente. Pero, claro, como está enfocado a solteros, prácticamente se usa como una aplicación para encontrar sexo rápido y gratis.

Se atragantó sin necesidad de estar bebiendo nada, lo cual me hizo bastante gracia.

—Bueno —dijo al fin—, si todas las partes están contentas con eso...

Nos quedamos callados durante un buen rato después de eso, hasta que yo pregunté, sólo por seguir charlando:

—¿Y tu mujer?

—¿Qué?

—Tu mujer, que dónde está. —Puso una cara tan rara que tuve que aclarar—: El otro día me dijiste que estabas casado. Me dejaste el vestido de tu mujer.

—Ah, sí, eso. Pues... por ahí.

¿Cómo que «ah, sí, eso»? Miré sus manos. Ni rastro de anillo ni de marca de haber llevado uno. Algo me olía raro; aquel tío no era trigo limpio. Sentí la necesidad de

desenmascararlo, de sacarle lo que ocultaba, quizá porque después de mi experiencia con Fernando había empezado una cruzada contra los hombres casados poco honestos.

—¿En una excursión o algo así? —sugerí.

—Sí.

—¿Y adónde ha ido?

—Pues... por ahí.

—Un sitio muy interesante.

Sonrió de forma forzada y volvió a mirar su tableta. Con el dedo, pasó varias páginas de forma rápida, casi compulsiva. Lo estaba poniendo nervioso, así que pinché un poco más.

—¿Y llevas mucho tiempo casado?

—No.

—¿Y no llevas alianza?

—No —contestó a la vez que cerraba las manos en un puño, como intentando ocultarme los dedos.

—¿Por qué?

—Soy moderno.

—¿Moderno? ¿Así os llamáis ahora?

—Así nos llamamos ahora, ¿quiénes?

—Los cornudos.

Aquello lo alteró de verdad. Empezó a temblar mientras me miraba con los ojos muy abiertos. Hizo amago de ponerse de pie y salir corriendo, pero después se lo pensó mejor y volvió a sentarse. Cambió de opinión y se dispuso a levantarse de nuevo, pero volvió a dejarse caer y me miró.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cuánta gente más lo sabe?

Sonreí triunfal por haber descubierto a otro capullo.

—¿Cómo lo sé? Se ve a la legua. Lo sabe todo el hotel.

Apretaba con tanta fuerza la tableta que los nudillos se le estaban poniendo blancos. El rostro también había perdido todo color.

Me pareció una reacción un tanto exagerada. Lo más normal habría sido que simplemente se hubiera puesto en pie y se hubiese largado. O, si era un chulo, que se hubiera reído de mí y de todas las mujeres a las que había engañado.

—Debería haberme ido, no sé qué hago aquí—murmuró, mirando con agobio a su alrededor—. Debería haberme marchado en cuanto me enteré.

Asentí con la cabeza como una autómatas, aunque lo cierto era que su respuesta me había dejado desconcertada. Al ver que empezaba a hiperventilar, me pudo la curiosidad e interrogué:

—Enterarte, ¿de qué?

—¡De lo de mi mujer!

—¿Qué es lo de tu mujer?

—¡Lo sabes perfectamente!

Su expresión desencajada me hizo confesar:

—Pues la verdad es que no.

—¡Has dicho que lo sabías! Que lo sabe todo el hotel.

—Que finges no estar casado para ligar.

—¡Pero si me has llamado cor... —se le atragantaron las palabras y bajó la voz—  
cornudo!

—Porque le pones los cuernos a tu mujer.

—Que yo le... ¡por Dios! —Si antes su rostro había estado blanco, ahora estaba rojo como un tomate maduro. Se le hinchó una vena en la frente—. ¡Cornudo significa que ella me los pone a mí!

La afirmación quedó suspendida en el aire entre nosotros. Ambos sabíamos que no había dado la definición de cornudo, sino que había confesado que su mujer le había sido infiel. ¡Toma ya!

—Lo... lo si-siento —tartamudeé al fin.

Pareció desinflarse ante mis ojos y acabó hundido en su hamaca. No sabía qué decir o hacer, pero algo sí tenía claro: que no podía seguir a lo mío, como si nada hubiera pasado. Acabé por preguntar.

—¿Estás bien?

—De maravilla.

—¿Quieres hablar sobre ello?

—No.

—De acuerdo.

Aparté la mirada de él y miré a mi alrededor, intentando distraerme, pero no podía dejar de pensar en lo poco que me había contado. ¡Menuda forma de meter la pata!



Su voz llegó tan baja que tuve que girarme hacia él para terminar de entenderlo.

—Me ha engañado con otra mujer.

—¡Joder! —Me arrepentí al momento de soltarlo e intenté apañarlo—: Bueno, míralo por el lado positivo: si te ha dejado por otra mujer, no es algo que tú hayas hecho, simplemente ha decidido aceptar que le gusta otra cosa.

—¿De verdad crees eso?

—Claro. Hay mucha gente que sale del armario después de haberse casado en un matrimonio heterosexual, y no es porque sus parejas hayan hecho algo mal, sino porque han estado ocultando su verdadero yo durante mucho tiempo.

Se quedó callado y yo también. No sabía qué más podía añadir ni cómo podía reconfortarlo además de con lo que ya le había dicho. Entonces, él dijo:

—Nos... nos casamos hace cinco días.

Giré la cabeza tan rápido hacia él que el cuello me dio un tirón. Fui incapaz de pronunciar palabra, aunque en mi mente un «pero quééééé fuerteeeeeee» sonaba como una sirena.

Mi silencio lo animó a continuar.

—Éste era... —le costaba hablar, y no me extrañó— nuestro viaje de novios.

Como seguí callada, me miró de refilón para asegurarse de que lo estaba escuchando, y entonces prosiguió.

—Se apuntó a clase de salsa en cuanto llegamos al hotel y... dice que se enamoró de la monitora nada más verla. Y al parecer es correspondido.

Contó aquello con la cabeza gacha, frotándose el puente de la nariz. Me alegré de que no me mirara, pues sus últimas revelaciones habían hecho que me quedara con la boca abierta. ¡Se había enrollado con la monitora de salsa! ¿Con la mía? Probablemente, pues dudaba de que hubiera más de una monitora para esa disciplina de baile en el mismo hotel. ¿Y decía que su mujer se había enamorado de ella? Cerré la boca de golpe y aparté la mirada de él cuando caí en la cuenta de algo: no sólo había dicho que le gustase la monitora de baile, sino que había dicho que iba a sus clases... y yo bailaba con la única otra mujer sola que había en la clase. El resto de gente iba en parejas.

Miré a mi acompañante, todavía alucinando con aquella situación. Intenté recordar cómo era mi compañera de baile, pero, como solía ocurrirme, no fui capaz de ver sus rasgos con nitidez. Sabía que era morena y con el pelo rizado, pero no me acordaba de su cara. Esa tarde iba a salsa sí o sí sólo para verla.

—Debería haberme marchado en cuanto me lo contó.

Pese a que había hablado más para sí que para mí, le pregunté, muerta de curiosidad:

—¿Y por qué te quedaste?

—Pues... por si cambiaba de opinión, supongo. No podía creérmelo cuando me lo dijo. ¡Nos acabábamos de casar por la Iglesia y apenas si llevábamos veinticuatro horas de luna de miel! Y después, cuando me convenció de que no iba a cambiar de parecer, no me fui porque estar aquí es más sencillo que volverme a mitad de la luna de miel y explicarle a todo el mundo por qué vuelvo sin mi esposa.

—En algún momento tendrás que hacerlo.

—Ya —contestó, apesadumbrado, y después, con tono furioso, añadió—: Bueno, también me quedo porque no me da la gana de dejarle la *suite* nupcial para que la disfrute con su amante.

—No puedes cabrearte con ella.

—¿¡Cómo que no!?

—No se ha hecho lesbiana para molestarte ni para fastidiarte la vida.

—¡Pero que no se hubiera casado conmigo, joder!

En eso tenía toda la razón del mundo y, además, no sabía qué hacía yo defendiendo a una mujer infiel a la que prácticamente no conocía, así que asentí.

—Es verdad. Tienes todos los motivos del mundo para estar muy enfadado con ella.

Contra todo pronóstico, mi afirmación hizo que se desinflara como un globo y parte de su rabia se disipó.

—Tendría que haberlo visto venir.

No repliqué. Lo cierto era que no sabía muy bien cómo una persona puede llegar a ocultar su verdadera orientación sexual a todo el mundo, incluido a su novio/marido. Aquellas cosas debían de notarse, ¿no? O quizá no, pues es difícil ver aquello que no te esperas. No obstante, lo que dijo a continuación me hizo dudar de que lo que tendría que haberse visto venir fuese que a su esposa le gustaran otras mujeres.

—Nos casamos para intentar superar un bache en nuestra relación. —Me miró y no sé qué vio en mi cara, pero explicó—: Como cuando una pareja tiene un bebé para intentar darle fuerza a una relación que hace aguas, sólo que, en lugar de un bebé, nosotros decidimos unirnos en matrimonio. Y menos mal, porque imagínate que decide salir del armario embarazada. Así, al menos, sólo me ha destrozado a mí.

—Seguro que no te ha destrozado. Ha sido un golpe duro, sin duda, pero no te ha destrozado. Tú eres fuerte.

¿Qué narices hacía yo diciendo eso?, ¡si no lo conocía de nada! Ni siquiera sabía su nombre. Sin embargo, no pareció molestarle que me tomara aquellas confianzas.

—¡Sí que me ha destrozado la vida! Madre mía, voy a ser la comidilla de todo mi

pueblo durante años.

—Tampoco será para tanto.

—¿Que no? ¡Más todavía! ¿He dicho años? No creo que esto se olvide nunca.

—Pues que les den, ¿qué más dará lo que piensen?

—Sí, qué más dará, pero yo me sé la historia del vecino que se fue de viaje de novios y volvió divorciado después de diez años de noviazgo, e igual que yo me la sé, todo el mundo va a saber que a mí me ha pasado lo mismo, pero con el aliciente de que mi mujer ha resultado ser lesbiana. ¡Aquí hay carnaza para los lobos durante años!

Una vez más, no respondí. Quería decirle que no debía preocuparle lo que dijeran de él en su pueblo, pero lo cierto era que a mí me importaría. Me imaginaba en su situación y me echaba a temblar. Tenía razón al decir que aquello no sería un chismorreó pasajero, aquello se recordaría por los siglos de los siglos.

Nos quedamos callados, cada uno sumido en sus pensamientos, y al cabo de un buen rato, cuando ya di por sentado que no íbamos a retomar el tema, dije:

—Por cierto, me llamo Marisol.

—Yo, Rubén.

Nos dimos la mano, como si acabáramos de conocernos, como si yo no supiera toda su historia.

—Te invito a comer, ¿qué te parece? —le propuse—. ¿Tienes hambre?

—Lo llevo todo incluido.

—Qué forma de hacerme el feo. Además, te he invitado a comer conmigo, no he dicho que fuese a pagar la comida.

Aquello consiguió hacerle esbozar una leve sonrisa que ni por asomo llegó a sus ojos.

—Entonces, ¿qué?, ¿te apuntas o no?

—Claro.

Sé lo que estás pensando, puedo leerte la mente desde aquí, aunque esto sea un vídeo y lo estés viendo días después de que yo lo haya grabado. Estás pensando que ese día acabé comiendo algo que no era comida, vamos, que me acosté con Rubén. Pues no, no lo hice. Fuimos a almorzar y después fuimos a la playa para seguir hablando, pero, cuando llegó mi hora de clase de salsa, salí flechada hacia el salón donde se daban las clases. Me moría de curiosidad por volver a ver a la que ahora sabía que era la esposa de Rubén. Una recién casada que había encontrado el amor verdadero (o eso decía) en otra mujer. No pude evitar mirarla fijamente durante buena parte de la sesión, recordando todo lo que Rubén me había contado de ella, pero por suerte ella no se dio cuenta, pues se dedicaba a mirar embelesada a la monitora.

Entonces, te preguntarás, si no acabé haciendo nada con Rubén, ¿por qué lo he incluido en esta lista? Pues porque se pasó la comida hablándome de su ex. A veces con rabia, otras sin percatarse siquiera de que había colado en la conversación un «pues Sofía...». Y te preguntarás que a ti qué más te da si hablamos de su ex o no, y lo cierto es que te importa mucho, ya que aproveché que él me amargaba con su vida sentimental para amargarlo yo con la mía. Te destripé allí delante de él, durante horas. ¿Recuerdas haber tenido alguna jaqueca muy fuerte aquel verano? Pues seguro que coincidió con aquel día, pues debiste de pasarte toda la tarde con pitidos en los oídos. Le conté cómo, después de meses de relación, habías decidido que debíamos darnos un tiempo; le expliqué que «un tiempo» para ti significaba que ya te estabas enrollando con otra; le confesé que no sabía si al regresar de mis vacaciones conservaría mi puesto de trabajo, pues tras nuestra pelea en la oficina me habías echado con un «cógete ya las vacaciones, anda» y yo no sabía si harías que las vacaciones fueran indefinidas; por venganza, por darle mi puesto a la tía a la que te estabas tirando... había tantas posibilidades.

Así que sí, Rubén era uno de esos tíos patéticos que no ha superado a su ex, pero es que yo era igual de patética.

## El políglota

¿No sabes a qué tipo de hombre me refiero con «el políglota»? Yo tampoco lo conocía hasta que me topé con uno de ellos. De hecho, el apelativo es de cosecha propia, por lo que no te molestes en buscarlo en Internet, pues no creo que te salga nada. Tú sigue escuchando y descubrirás por qué los políglotas necesitaban una categoría urgente.

Mi políglota en cuestión se llamaba Rodrigo y no era demasiado mi tipo, pues tenía un cuerpo bastante escuchimizado el pobre, pero el caso es que, tras volver a instalarme la aplicación en el móvil, descubrí que me había escrito varios mensajes. ¡Yo ni siquiera sabía que se podía chatear con los candidatos! Sus mensajes intentaban un acercamiento amistoso, contándome que había visto en mi perfil que había vivido en Roma y que él dominaba el italiano. Intercambiamos varios mensajes hablando sobre Italia y me propuso vernos esa noche en la zona *chill out* del hotel. ¿Una invitación para estar cómodamente tumbada, escuchando música y bebiendo? Dije que sí, aunque, como ya he comentado, su foto no prometía mucho.

Por suerte, Rodrigo mejoraba en persona. No es que fuera un bombonazo, pero al menos no parecía tan flaco como en la foto y, además, el tío tenía una labia alucinante. No dejaba de hablar y lo cierto es que me reí un montón con él. Me contó que no sólo hablaba italiano, sino varias lenguas más: francés, griego, ruso, cubano, sueco, inglés... Un políglota en toda regla, ¿o es que te imaginabas que lo de políglota era porque tenía muchas lenguas? ¡Malpensado!

Ojalá yo también hubiera sido más malpensada. También me habría bastado con tener menos alcohol en sangre y haber tenido la mente más despejada, pues, con darme cuenta de que el cubano no era un idioma, habría sido suficiente.

Pero no, yo estaba feliz, riéndome, sintiéndome halagada por el interés que aquel hombre tan interesante y cosmopolita sentía por mí, cuando la cosa comenzó a ponerse rara. Rodrigo, que hacía ya rato que había hecho desaparecer la distancia entre nosotros y se sentaba muy pegado a mí, acercó su cara a mi oreja y me mordió el lóbulo, juguetón. Yo me reí. Él me lamió la oreja y yo sufrí un placentero estremecimiento.

Y entonces va y me dice:

—Me muero por hacerte un italiano.

Me reí como una tonta con los ojos cerrados, como si hubiera dicho algo muy gracioso.

—¿O te gusta más un ruso? —me susurró.

¿Estaba diciendo que hiciéramos un trío?

Abrí los ojos y me aparté un poco, lo suficiente como para que él me mirara a los ojos, cuando, con lascivia, me preguntó:

—¿Y un griego, estarías dispuesta?

Sacudí la cabeza.

—¿Un griego no? Bueno, no pasa nada. Me conformaré con un francés —dijo, echándome hacia atrás un largo mechón de pelo.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sabes, un francés.

Debió de verme cara de lerda, porque se llevó la mano a la boca, unió el índice y el pulgar, e hizo el gesto de una mamada.

—Para ti también habrá, claro. —Sonrió.

Pero yo estaba pensando en otra cosa.

—¿Y qué narices es un griego?

—Sexo anal.

Lo dijo con tanta seguridad que me dejó pasmada. Me aparté un poco de él para poder mirarlo mejor e hice memoria sobre todos los idiomas que supuestamente hablaba.

—¿E inglés?

—*Bondage*.

—¿En serio?

—Ajá.

—¿Y qué otros idiomas me habías dicho que dominabas?

—Sueco —me dijo, moviendo las cejas arriba y abajo, como si aquella idea le gustase.

—¿Y eso qué es?

—Masturbación mutua.

—¿Todo esto es verdad o te lo has inventado tú?

—¿El qué es verdad?

—Lo de los nombres.

—Claro que es verdad. El hacer un francés o una cubana están más extendidos, pero los otros términos también tienen un significado concreto.

—¿Y el italiano? —interrogué, sin estar segura de si quería saber qué se suponía que significaba el idioma por el que habíamos empezado a hablar.

—Sexo axilar.

—¿Cómo dices? —Creí haber oído mal.

—Ya sabes, como una cubana, pero en la axila.

Me estremecí al recordar que me había susurrado en la oreja, mientras me la lamía, que se moría por hacerme un italiano. Dejé la copa en la mesa más próxima y me levanté a toda prisa.

—¿Adónde vas? —preguntó él, confundido por mi reacción.

Pensaba alejarme de él sin decirle nada, pero cambié de opinión y me giré, altanera.

—La próxima vez que quieras meterle la chorra a una tía en el sobaco, no intentes convencerla diciéndole que te gusta Italia.

Pensé que con la música no iba a oírme mucha gente, pero debí de hablar más alto de la cuenta, pues a nuestro alrededor las conversaciones murieron. No me importó, la verdad: aquel tío necesitaba llevar pegado en la frente un cartel luminoso que pusiera «precaución, loco suelto».

## El sin nombre

Al día siguiente, me desperté en una cama que no era la mía. De hecho, la decoración me hizo sospechar que ni siquiera me encontraba en mi hotel. Parpadeé, intentando hacer memoria, pero la jaqueca bloqueaba mi mente y no conseguía concentrarme lo suficiente como para que mis recuerdos se aclarasen y se pusiesen en orden cronológico.

Lo que sí que tenía claro, porque notaba su presencia a mi lado, era que no estaba sola en la cama.

Intenté recordar durante unos segundos más... y nada. Sólo me acordaba del políglota, pero a ése lo había dejado en el bar cuando descubrí de qué iba su juego.

Suspiré bajito. Si no conseguía recordar, no me quedaba otra que darme una bofetada contra la realidad, así que me obligué a girarme en la cama para ver a quién tenía a mi lado. Sabía que estaba acompañada desde poco después de despertarme, pero el miedo me había impedido darme la vuelta. ¿Quién habría a mi lado? Habría preferido tener aunque fuese un vago y ebrio recuerdo de mi acompañante para tener a qué agarrarme... pero no, me tocaba llevarme una sorpresa.

Hay que ver, con lo poco que me gusta a mí la tómbola y me tocaba jugar de buena mañana.

Terminé de girarme con todo el sigilo que pude y lo que vi fue... absolutamente nada. Fuera quien fuese mi acompañante, estaba escondido debajo de la sábana. ¿Quién demonios duerme con la cabeza tapada? Es agobiante y asfixiante.

Extendí la mano para retirar la sábana. Al ver mis dedos temblar visiblemente, me lo pensé dos veces. ¿Y si me largaba y ya está? No hacía falta que viera con quién me había acostado, ya lo recordaría cuando se me pasase la resaca y estuviera tranquila. Además, en un noventa por ciento de los casos, el recuerdo suele ser mejor que la realidad. Si aquel tipo resultaba ser un adefesio, no sería la primera vez que yo recordaba haberme ido a la cama con un tío más o menos decente y había acabado despertándome con Frankenstein.

Retiré la mano. Sí, mejor me iba. Ya recordaría después con quién había estado.





Cuando de pronto volvió a la carga con una nueva versión, ésta a lo «pr-pr-pr-prup», me dio igual ir todavía en sujetador y, con toda mi ropa echa un ovillo entre mis brazos, salí corriendo de allí.

## El yogurín

Esa misma mañana, volví a encontrarme con Rubén en la piscina y, en ese caso, nuestro encuentro fue a posta, pues me encontró sentada en mi tumbona de siempre y me saludó antes de sentarse a mi lado. Como vio que estaba con el móvil, me preguntó:

—¿Qué, con la aplicación?

—Pues sí, pero no sé si seguir usándola o no.

—¿Por qué?, ¿no te mandan invitaciones?

—¡Claro que sí! —me ofendí—. Y, siendo su creador, deberías llamar a las invitaciones por su nombre. A ver si me vas a estar mintiendo y lo de la aplicación sólo es una forma de impresionarme.

—No he mentado. ¿Cómo se supone que se llaman las invitaciones? ¿Toques? ¿Mandar saludos?

—Mandar corazones.

—Mandar corazones, ¡qué cursi!

—¿Y para qué le pones un corazón? Si es una invitación, haberle puesto un sobre o algo así.

—Fácil: me dijeron «haz una aplicación para tontos». Así que tenía que ser todo muy visual, no iba a poner «me gusta» con letra, ni «invitar a tomar una copa», que es muy largo. Por lo tanto, puse un corazón, porque creo que hasta el más negado se daría por aludido y entendería lo que significa, aunque, según lo que me dijiste, tendría que haber puesto un icono obscuro y ya está, ¿no?

Se lo veía de mejor humor que el día anterior, así que me animé a contestar lo primero que se me pasó por la cabeza y que, en mi opinión, iba en línea con el tono que él estaba usando.

—Sí, entonces mandarías «polvazos». No, espera, «kamasutrazos»... o, ¡mejor!,

«¡pollazos!».

¡Ups! Creo que me pasé un poco. Su cara fue un poema, aunque después vi que se reía.

—Bueno —dijo a la vez que se acomodaba en la tumbona, girándose parcialmente hacia mí—. ¿Y le has encontrado algún defecto ya a la aplicación?

—¿Algún defecto? Un montón, y todos ellos con nombre propio.

—¿Con nombre propio? ¿Te refieres a los hombres con los que te has citado?

—¿A qué, si no?

—Podrías ser informática y saber exactamente cuáles son los *bugs*.

Negué con la cabeza.

—Espero que no me hayas llamado nada feo con eso de los *bujs*.

—No. —Se rio—. Son fallos.

—Ah, bueno. Pues a tu aplicación le falta un detector de mentiras y un psiquiatra incorporado que mire a ver si los usuarios están cuerdos o no.

—¿Por qué?, ¿qué te ha pasado?

—Nada importante, si no te importa que un tío te meta el pene en el sobaco.

—¿Có... cómo has dicho?

—Lo que has oído. Ayer tu aplicación me emparejó con un tío que decía hablar muchos idiomas y que resultó que quería hacerme un italiano y un millón de guarradas más a las que llamaba con gentilicios.

Tras reírse, dijo:

—Bueno, eso se podría solucionar con un test de preferencias sexuales.

—Sí, ya me imagino las preguntas: «¿dónde te gusta meterla?».

—Hombre, supongo que los del hotel me pedirían que fuera más sutil.

—De todas formas, creo que no funcionaría, porque ahora mismo ya das la opción de elegir si eres homosexual o no y hay gente que miente hasta en eso.

—¿Y por qué harían algo así?

—Pues por probar. Si cuela, cuela.

—Si cuela, ¿qué?

No pude evitarlo, me miró de forma tan inocente que fui incapaz de contener un:

—Pues el pene por un agujero que...

Sufrió un escalofrío.

—Me refería a qué se supone que va a pasar si estás intentando ligar con personas que, de inicio, ya no se sienten atraídas por ti.

—Ya te lo he dicho: prueban y, si cuela, cuela.

—No te voy a volver a preguntar qué cuela. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Me reí.

—Puede haber gente abierta a todo. Gente bisexual, por ejemplo. Esa opción no está en la aplicación, así que un gay que ve que hay poca gente para elegir entre la clientela homosexual, pues se anima a probar con todos los hombres a ver si alguno resulta que quiere experimentar.

Rubén se quedó un largo rato callado. No supe qué pensaba hasta que comentó:

—Eso no es ser bisexual. Un bisexual querría poder ver tanto a hombres como a mujeres. Además, el caso que tú me has planteado no es factible salvo que sea un fallo de la aplicación, pues los hombres no deberían poder verse entre sí salvo que ambos sean homosexuales.

Hice memoria, intentando recordar al completo la historia de David. Entrecerré los ojos mientras pensaba.

—Creo... creo que al que le pasó eso me contó que él creía que estaba quedando con una chica, así que no hay fallo. El otro debió de hacerse un perfil falso.

Pareció quedarse más tranquilo y entonces empezamos a hablar del concierto que se iba a celebrar en las instalaciones esa misma noche. Uno de los DJ más famosos del mundo iba a pinchar en la fiesta nocturna junto a la piscina, así que el hotel bullía en actividad. Me había pasado por la piscina en cuestión hacía un rato y era un hervidero de gente; la piscina en la que estábamos nosotros, aunque más tranquila, también tenía más movimiento que de costumbre. Sin duda, el hotel debía de estar completo ese día. Yo estaba emocionada ante la idea de poder ver una sesión en directo de aquel hombre que sonaba en todas las radios de España, pero Rubén me dijo que no pensaba ir al concierto.

—¿Por qué no? Si es gratis.

—Mejor me lo pones, va a estar a reventar.

—Exacto.

—Yo no lo digo como algo bueno. No me gustan las multitudes.

—No me digas que eres el prototipo de informático friki que se pasa todo el día delante de un ordenador y cuyo único contacto con el mundo exterior es a través de Internet.

—Bueno... me paso todo el día delante de una pantalla. —Aceptó, levantando la

tableta que llevaba en la mano (apagada, por el momento)—. Pero ya puedes ver que estoy hablando contigo, por lo que no tengo problemas para relacionarme con la gente.

—Pues vente al concierto. Será divertido.

—¿Estás proponiendo que vayamos juntos?

Me encogí de hombros y él pareció valorarlo durante unos segundos. Iba a decir que sí, lo sabía. Se lo veía mucho más animado que el día anterior y sospechaba que su cambio de humor y su simpatía significaban que estaba intentando ligar conmigo.

Sin embargo, contestó:

—Lo siento, pero no. De verdad que odio las multitudes y esta noche esto va a estar que no se va a poder ni respirar. Pero, oye, podemos vernos mañana aquí de nuevo.

—Mañana a esta hora estaré durmiendo la mona —contesté, molesta por su rechazo.

—Bueno, podemos vernos luego. Eres mi única amiga aquí, no me irás a dar ahora de lado, ¿verdad?

—Ya veremos.

Me fastidiaba que me hubiera rechazado, aunque no tenía mucho sentido que me sintiera así, porque a mí él no me atraía especialmente.

Rubén tampoco dijo nada, sino que encendió su tableta y se puso a trabajar con ella. Aquello me irritó todavía más.

—¿No te gusta su música?

—¿La del disyóquey de esta noche? Sí, claro que me gusta. Pero, para verlo así de pequeñito desde la distancia —acompañó la frase de un gesto de sus dedos en el que daba a entender que el tipo sería un liliputiense—, prefiero verlo en mi tableta. Además, me he pasado antes a ver el escenario y, con el equipo de sonido que le han puesto, oiré el concierto perfectamente desde mi habitación.

—Mira que eres raro, no querer verlo en persona.

Me acordé mucho de él esa noche cuando resultó que la expresión «no cabe un alfiler» se quedaba corta para explicar lo que pasaba en la zona de la piscina. ¿Aquella gente no sabía lo que era aforo limitado o qué?

Habían cubierto la piscina con algo tan sólido que se podía caminar por encima sin problemas, por lo que la zona de baile se había ampliado considerablemente. Bueno, yo la llamé «zona de baile» en mi cabeza, pero nadie bailaba. Era imposible. La gente estaba hombro con hombro, barriga con espalda, hacinada y sin poder casi moverse. Con un poco de suerte, podían levantar los brazos para moverlos al son de algunas canciones. ¡Ah, no, espera! Que ahora tampoco se llevaba mover los brazos al son de la música. Lo que hacía todo el mundo era levantar los brazos para grabar con sus móviles el espectáculo. La

muchedumbre, vista desde lo alto, parecía un pequeño mar de estrellas, con las pantallas de sus teléfonos encendidos. Lo cual, para más inri, empeoraba la visión de los que estábamos detrás. Si el DJ ya era liliputiense, no ayudaba en nada que los de delante no se aplicaran el cuento de «carne de burro no transparenta».

Probablemente, tú que eres tan práctico, estés pensando «deberías haber ido antes para coger sitio, no te quejes». Y tienes razón, fue lo primero que pensé al ver tan atestada la piscina, que debería haber gastado menos tiempo arreglándome. Total, iba a acabar sudando como una cerda entre tanta gente y dudaba seriamente de que mi maquillaje aguantara. Y el vestido tan mono que había elegido para la ocasión no iba a poder lucirlo entre tanta gente apiñada. ¡Maldita hora y media que había pasado acicalándome! Aunque, tras meditarlo un rato, me dije que era el destino, que estaba siendo bueno conmigo: si hubiera llegado antes, en ese momento estaría en medio de aquella multitud de cuerpos, sin poder casi respirar.

Decidí quedarme por allí un rato, escuchando la música y disfrutando de los breves atisbos que captaba del disyóquey entre brazo y brazo. Sin embargo, tras un par de canciones empezaron a dolerme los pies (sí, me había puesto unas sandalias con tacones, que, además de no ser especialmente cómodas, no me protegían de los pisotones; si es que no soy una chica acostumbrada a ir a conciertos y se me nota a la legua...) y me entró sed, así que decidí ir al bar a tomar algo. El local junto a aquella piscina estaba descartado por la cantidad de gente, pero es que resultó que el resto de bares del hotel estaban también a reventar. ¡Menuda cruz de noche! Lo único bueno era que, como Rubén había previsto (anda que no me acordé de él esa noche...), el concierto podía oírse desde cualquier rincón del establecimiento. Los huéspedes menos fiesteros lo llevaban claro esa noche para dormir, aunque... ¿quién viaja a Ibiza en verano sin ir buscando una buena fiesta? Además de Rubén, claro.

Estaba ya bastante cabreada después de probar en el tercer bar del hotel cuando, al dar una esquina, ¡zas!, me choqué con alguien y noté un líquido helado cayéndome por el pecho. ¡Joder, qué frío! Y si en los pechos había sido malo, cuando alcanzó la barriga fue aún peor. Un cubito se me quedó en el canalillo, ¡ay, por Dios!

—Ahhhhh.

—Lo siento, señora.

—¿Señora?

Me sacudí el cubito y miré al hereje. Delante de mí había cuatro adolescentes, pero reconocí sin problemas al causante del estropicio porque tenía cara de susto. Los otros se estaban descojonando de lo lindo a su lado.

—¿Os parece gracioso? —les ladré.

Uno de ellos me apuntó con un dedo y, al seguir su huesudo gesto con la mirada, me di

cuenta de que, a causa del frío, se me había empitonado tanto un pezón que me atravesaba hasta el sujetador. ¡Un sujetador con relleno! En lugar de taparme, alcé la cabeza y les dije:

—¿Tan críos sois que ni siquiera habéis visto un pezón, gilipollas? Pues tendré que avisar para que os echen, porque este evento es sólo para mayores de edad.

Se les cortó la risa en seco. Merecido lo tenían, imbéciles.

—Lo siento de verdad, señora —dijo el que me había tirado la bebida encima. Todavía llevaba en la mano su vaso, ¡y qué vasazo! Era de litro, seguro.

—Otra vez con lo de señora, pero... ¿qué edad crees que tengo?

—No... no sé...

—¿Te parezco tan vieja?

—No, no.

—¡Está bien buena! —oí que le decía otro a un amigo.

—¡Pues no me llames señora! Y tú, cierra esa boca que tienes, que te oigo perfectamente.

Se pusieron firmes ante mi cara de ogro y a mí me gustó poder controlarlos con una sola frase, se les notaba que eran tan sólo unos críos.

—¿Y ahora qué hago yo? —interrogué, mirando mi vestido.

—¿Quitártelo aquí mismo? —volvió a susurrarle uno a su amigo, tan alto que no tuve problemas en oírlo.

—Como vuelvas a decir otra gilipollez, te tragas mi tacón, niño, que sigo oyéndote perfectamente.

—¿Por qué no te pones esto? —interrogó el causante del desastre, quitándose la chaqueta que llevaba y ofreciéndomela. Me pregunté por qué llevaría chaqueta con el calor que hacía; igual su mami le había obligado a llevársela por si refrescaba.

—Déjalo, iré a mi habitación a cambiarme.

—¿Te alojas aquí? —planteó uno de ellos, que hasta entonces había estado guardando silencio.

Abrió mucho los ojos, como si fuera algo extraordinario que me hospedase en aquel hotel. Luego comprendí que su expresión se debía a que estaba maquinando un plan a toda velocidad.

—Sí, me alojo aquí —contesté de mal humor—. Ale, que paséis buena noche.

Me alejé de ellos sin decir nada más, pero no había llegado al ascensor de la recepción



cuando oí:

—Oye, disculpa. Disculpa... ¡Señora!

Ya iba a girarme con el segundo «disculpa», pues había creído reconocer la voz, pero el «señora» hizo que me volviera con más brío. Era el gracioso.

—¿¡Qué!?

—Vaya mala folla.

Volví a girarme hacia el ascensor, pero él me rodeó y se puso delante de mí.

—Oye, mira, queremos hacerte una ofrenda de paz.

Lo miré con la intención de que mis ojos lanzaran cuchilladas.

—No, en serio, escucha; te va a interesar.

—Lo dudo, pero, a ver, sorpréndeme.

—Es el cumpleaños de mi amigo, el que te ha tirado el cubata por encima, y se siente fatal por lo que ha pasado, así que quiere invitarte a conocer a Markus.

—Markus —repetí, escéptica.

—El DJ que toca aquí esta noche.

—Sé quién es Markus, gracias, lo que no sé es quién sois vosotros para conocerlo.

—Todavía no lo conocemos, pero lo haremos en breve. Como te he dicho, es el cumpleaños de mi colega y nuestro regalo para él han sido unos pases Meet & Greet con Markus. Un amigo que también estaba invitado no ha podido venir, así que, para compensarte por el... —señaló mi vestido—... accidente, a mi amigo se le ha ocurrido que puedes ocupar su puesto.

No contesté de inmediato. De hecho, debí de estar callada medio minuto o así, mirándolo fijamente, porque el chico me planteó:

—¿Me has oído?

—¿Esto es una broma?

—No, claro que no.

—Como me la estés jugando...

—¿Harás que me trague tu tacón? Ya. Va muy en serio, ¿quieres que te enseñe los pases?

Asentí con la cabeza.

Volvimos con el grupo, que nos esperaba unos metros más allá, y al llegar el chico dijo:

—Quiere ver las entradas.

El que me había tirado la bebida por encima se sacó del bolsillo unos papeles doblados y me los enseñó. Los miré fijamente durante unos segundos, ¡madre del amor hermoso! Eran de verdad. Unos pases Meet & Greet en color dorado. Tragué saliva. ¡Quería ir! Oh, si quería ir. Era mi posibilidad de conocer a Markus. Miré a los chicos, siendo plenamente consciente de mi comportamiento con ellos hasta entonces. No sabía por qué me invitaban después de haber sido una bruja, pero tampoco iba a preguntarles. Lo único que iba a hacer era... ser la persona más amigable, simpática y maravillosa del mundo. Me estaba comportando como una interesada, lo sé, pero ¡joder, que el premio era conocer al mejor DJ del momento!

—¡Es una pasada! —dije, emocionada—. ¿De verdad puedo ir?

—¡No! Era una broma, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

El cumpleaños le pegó un codazo a su amigo en las costillas.

—Claro que puedes venir. Me llamo Javi. Y estos son Borja, Carmelo y Pablo.

Los saludé a todos como si acabáramos de encontrarnos.

—Es un placer, yo soy Marisol.

—¿Por qué no vas a cambiarte? Aún tenemos tiempo hasta el Meet & Greet. Podemos vernos luego.

Ni de coña iba a perderlos de vista.

—No, no hace falta. Si aún está en pie la oferta de tu chaqueta...

—Ve a cambiarte, no vamos a desaparecer —intervino Javi, adivinando mis pensamientos.

—Si te quedas más tranquila, Javi puede ir contigo a tu habitación —propuso Carmelo.

—No.

—No.

Lo dijimos a la vez Javi y yo.

—No hace falta —maticé ante las miradas que me lanzaron.

—No puedes ir así a conocer a Markus —apostilló Borja, que era el que me había seguido, el gracioso—. No ya por ti, sino por nosotros. No queremos ir contigo si vas así. Ve y cámbiate.

—Y Javi te acompaña —remató Carmelo, pegándole un empujón a su amigo para que se adelantara.

—De acuerdo —claudiqué.

Lo cierto era que a mí tampoco me hacía gracia conocer a un famoso con aquellas pintas, y si el chico se «ofrecía» a acompañarme...

—Así que es tu cumpleaños —comenté mientras subíamos por el ascensor.

—Ajá.

—¿Cuántos cumpleaños?

—Dieciocho.

—¡Qué bien, ya puedes ir a la cárcel!

—Y conducir, y beber...

—Para lo de beber te ha faltado tiempo, ¿eh? —Me reí, señalando mi vestido.

—Bueno, no es que no hubiera empezado ya antes. —Se rio él también.

Por primera vez en todo el trayecto en ascensor, nuestros ojos se encontraron en el reflejo del espejo. Se le notaba nervioso y me dedicó una brevísima sonrisa antes de apartar la mirada de nuevo.

—Qué pasada el regalo de tus amigos, ¿no?

—Sí, bueno, ha sido un poco autorregalo, pues se morían por venir, pero sí, es la hostia.

—¿Vivís en Ibiza?

—Sí.

Pensé que me preguntaría de dónde era yo, pero no lo hizo. A su favor diré que justo en aquel momento se abrieron las puertas del ascensor, por lo que ambos nos distrajimos momentáneamente de la conversación.

—Ven, es por aquí. La 630.

—Vaya —dijo al entrar—, ¿es una *suite*? Qué pasada.

—No, una habitación Premium. Las *suites* son todavía más guauuuu. Mucho más grandes, con jacuzzi y tal —expliqué mientras miraba en mi armario a ver qué podía ponerme.

Tan sólo unas horas antes me había pasado un buen rato delante de aquel armario, eligiendo el modelito ideal. Ahora me tocaba volver a elegir atuendo y esta vez no tenía mucho tiempo. Por suerte, me decidí pronto: puesto que iba a ir acompañada de cuatro chicos recién entrados en la mayoría de edad, me decanté por unos *shorts* vaqueros y una camiseta escotada de aspecto bastante juvenil.

—Voy al baño a cambiarme. ¿Quieres...? —Me callé al decidirlo yo misma: me

acerqué al minibar, saqué una cerveza y se la tendí—. Toma, por la copa que mi vestido se ha bebido.

Me sonrió tímidamente y cogió la botella. Me di una ducha rápida para quitarme el olor a cubata del cuerpo y me puse la ropa en un pispás. Me atusé el pelo, me retoqué el maquillaje y, en lo que fue sin duda un tiempo récord, salí de nuevo.

—Pero ¿quéééé?

El chico me esperaba en calzoncillos, tumbado encima de la cama. Al oír mi grito, pegó un salto monumental y empezó a vestirse a toda velocidad.

—Pero ¿qué narices haces desnudo?

—No, no... —Se desequilibró mientras se ponía el pantalón y estuvo a punto de caerse—, no estoy desnudo.

—¡Casi! ¿Por qué?

—Yo... pensé... mis amigos...

—¿Qué?

—Me dijeron que si te acompañaba...

—¿Encima de vieja, pensáis que soy una puta?

—No, no, no. —Ya se estaba poniendo la camiseta y seguía rojo como un tomate maduro. Parecía que la cabeza fuera a empezar a echarle humo de un momento a otro—. Sólo se les ocurrió que... ¡mierda!, es que esto no se me da bien, pensaron que sería la oportunidad perfecta para que yo...

—¿Para qué?

—¡Para que perdiera la virginidad! —explotó, aunque lo hizo de forma verbal y su cabeza, por suerte, siguió de una pieza—. ¿Contenta? Soy virgen. Esto se me da fatal y ellos pensaron que quizá serías fácil porque te estábamos invitando al Meet & Greet y... Lo siento, ¿vale? Me voy y ya está.

## El virgen

Una noticia así merece un cambio de categoría, ¿no te parece?

Tras confesarme aquello, se dirigió hacia la puerta para salir huyendo, pero yo me interpuse en su camino. Me miró sin atreverse a preguntar nada y yo extendí la mano, señalando los pies de la cama.

—Te has puesto las zapatillas sin calcetines.

Retrocedió, se sentó a los pies del colchón y, en silencio absoluto, se puso los calcetines. Volvió a levantarse y, cabizbajo y sin intención de decir ni mu, fue hacia la puerta. Yo, que no me había movido de donde estaba, seguía cortándole el paso.

—Ya te he dicho que lo siento —murmuró.

—Se nota que esto no se te da bien —le dije, con los brazos cruzados sobre el pecho —. Lo único que has hecho bien ha sido esperarme sin calcetines.

Levantó la cabeza para mirarme, sin saber muy bien a qué me refería.

—No es que esperarme en calzoncillos sobre la cama haya sido una buena idea, teniendo en cuenta que yo no te he dado ningún indicio de...

—Me has invitado a una cerveza. Y a tu habitación.

—¡Tú te has ofrecido a acompañarme! Y, ¡oh, Dios mío!, te he invitado a una cerveza. Qué claras he dejado mis intenciones siendo amable, ¿eh?

Él no respondió. Volvía a mirar el suelo, así que continué.

—No me ha gustado que me esperaras desnudo en la cama, pero, dentro de este sinsentido, que me esperaras sin calcetines ha sido ya un punto a tu favor. Ya le llevas ganado un buen trecho a gran número de hombres que no se dan cuenta de que los calcetines son la kriptonita del deseo.

—Tengo que irme —susurró, pues probablemente creía que me estaba riendo de él.

—Ni de coña. De aquí nos vamos a ir juntos, porque sigo invitada al Meet & Greet,

pero antes quiero que me escuches. Supongo que ser virgen a los dieciocho, siendo un hombre y en la época en la que vivimos, te hace sentir marginado, raro, pero, si tu forma de ligar es ésta —señalé a mi alrededor—, vas mal, muy mal. Aunque tranquilo, tampoco es tan difícil, es sólo ir paso por paso; por ejemplo, para besar a una chica, primero tienes que hablar con ella. La conversación que hemos mantenido en el ascensor, donde te lo he tenido que sacar todo con sacacorchos, no vale. Una charla larga, donde puedas acercarte. Si, por ejemplo, te deja echarle un mechón de pelo hacia atrás, o te deja rozarle una mano, vas por muy buen camino. Después de la charla y del acercamiento, llega el segundo paso importante: el beso. Salvo que haya señales evidentes de que esté deseando un morreo, lo mejor será que empieces poco a poco. Un piquito; sin lengua, que te veo. Si no sale corriendo o, mejor, te responde, entonces ya puedes volverte más arriesgado. Y después, viene el coger un poco más de confianza, que veas que está interesada en seguir más allá. Tienes que ver las señales, un beso no tiene por qué significar que quiera que te desnudes y te metas en su cama. Aunque... ¿has dicho antes que creías que yo te he mandado señales? Porque a lo mejor hay que empezar por lo básico e informarte de qué es una señal y qué no.

—Hombre, me has invitado a tu habitación.

—¿Han sido tus amigos los que te han obligado a venir! Y yo no quería perderos de vista por lo del Meet & Greet. ¡Eso es todo! —Me di cuenta de que había alzado el tono, así que volví a respirar hondo para tranquilizarme y añadí—: ¿Y se supone que te he mandado alguna otra señal?

—Has sido amable conmigo de camino aquí. Me has dado una cerveza.

—¿Tan mal se te dan las mujeres como para que ser amable contigo ya signifique que me estoy insinuando?

—Te has metido en el baño...

—¿A cambiarme! ¿Qué te pensabas, que iba a salir en ropa interior o qué?

—Pues... —dijo rascándose la nuca.

Inhalé profundamente, consciente de que parecía bipolar, intentando parecer amable para no perder lo pases y a la vez gritándole cada vez que toda aquella situación me sobrepasaba.

—Vale, a ver. Muy importante hasta que cojas más confianza: si dudas de si algo es una señal o no, mejor que no te lances y esperes a otra señal más clara.

—Deberíamos irnos.

—¿Me has escuchado?

—Sí. Pero deberíamos irnos, el Meet & Greet...

—Aún queda un poco. Tus amigos al menos han tenido la decencia de intentar liarnos

con una buena media hora de margen, aunque, sabiendo lo que sé ahora, igual ha sido casualidad, porque, si por ellos fuera, hubiéramos echado un conejito. —Como le vi en la cara de que no me entendía, expliqué—: Un polvo de diez segundos. ¿Nunca has visto cómo lo hacen los conejos?

Se encogió de hombros. Seguía sin atreverse a mirarme a la cara y aquello me animó a preguntar.

—¿Tus amigos te dan mucho la lata con el tema de que seas virgen?

Volvió a encogerse de hombros.

—Mira, te voy a hacer un regalo de cumpleaños. No malinterpretes lo que voy a hacer, ¿de acuerdo? No quiero nada contigo.

No me miraba, así que no se esperó lo que hice a continuación: le cogí la cara, le planté un beso cargado de carmín, restregué mis labios contra los suyos y me aparté. Me miró, completamente flipado, mientras yo le limpiaba la boca, dejando a posta algunos restos.

—Te doy permiso para que les digas que nos hemos enrollado. Pero sé sutil. Así a lo mejor te dejan tranquilo un tiempo.

Me miró con cara de pasmado durante tanto rato que no pude evitar reírme. Miré mi móvil para cerciorarme de la hora.

—Vale, yo creo que ya es buena hora para que volvamos con tus amigos.

Cuando nos reunimos con los otros, casi se ponen a saltar como monos de la emoción al ver que su amigo tenía restos de carmín en la boca. Eran tan jóvenes que hasta me parecían adorables, porque mira que alegrarse tanto por creer que un colega había pillado cacho... No tenía ni idea de que los hombres fuesen tan solidarios.

Nos dirigimos hacia el acceso del *backstage*, alejado de la marabunta de gente que atestaba la zona del concierto, aunque había algún que otro fan a la caza de la oportunidad perfecta para encontrarse con su ídolo. El de seguridad que nos paró en la puerta era monstruoso y nos miró con cara de malas pulgas, aunque, cuando mis nuevos amigos le enseñaron los pases, llamó a alguien por un walkie-talkie y en menos de un minuto apareció un tipo que pasó por un código de barras los tiques y nos dejó entrar, guiándonos hasta una pequeña sala donde ya había otras ocho personas esperando. Se palpaba la emoción.

Mientras aguardábamos, los chicos no dejaban de hablar, por lo que pude conocerlos un poco y, pese a cómo había sido nuestro encuentro y a la jugarreta que habían intentado después, me cayeron bastante bien y me reí con las tonterías que no dejaban de soltar por esas bocazas que tenían.

Cuando finalmente nos hicieron pasar, he de reconocer que me temblaban las rodillas.

¡Qué emoción! Iba a conocer a Markus en persona, nos echaríamos una foto, charlaría con él, me firmaría un autógrafo... Nunca había conocido a un famoso y siempre había pensado que, cuando me tropezase con alguno, no me comportaría como una fan loca, pero llegado el momento de la verdad estaba nerviosísima. Por suerte, no chillé como una histérica ni me tiré encima del DJ cuando lo tuve delante. Sólo me acerqué hasta él temblando como un flan.

Me he metido en Internet a ver qué se hace en otros Meet & Greet y he leído que algunos cantantes convierten esos encuentros en algo inolvidable para sus seguidores, donde charlan con ellos y todo.

Pues el mío no fue así para nada. Fue más bien una firma privada seguida de una sesión de fotos, pero rapidito, ¿eh?, nada de entretenerse con el «artista». Y sí, he entrecomillado lo de artista porque desde entonces Markus me parece un maldito mono descerebrado. Te adelanto que salimos del *backstage* a tortas, pero espera que te cuento las cosas por orden.

Llegó el momento de firmar e, atacada como estaba, no caí en que no tenía ningún disco suyo para que me lo dedicara. Me di cuenta cuando sólo quedaba una persona delante de mí, pero no le di importancia. «Que me firme una hoja o una foto, que seguro que tiene», pensé. Pues bien, cuando llegué frente a él, se me quedó mirando con el rotulador en la mano, esperando.

—No... no llevo su disco —confesé en inglés, nerviosísima—. Quizá podría... podría...

—*Of course, babe.*

Y va, se levanta... ¡y me firma una teta!

Me pilló tan de sorpresa que mi cuerpo no reaccionó. Me quedé allí, como una estatua, viendo cómo me echaba un rayajo en el escote. Y después va el tío y, ni corto ni perezoso, me da un beso justo encima de su autógrafo. Ahí sí que pude reaccionar y me eché hacia atrás. Me choqué contra Javi, que estaba igual de flipado que yo, aunque él tuvo el atino de tirar de mí para alejarme de Markus, que me guiñó un ojo conforme me alejaba. Pero ¿qué coño hacía aquel tío?

—Creo que éste me supera, ¿no? —me murmuró Javi, riéndose con incredulidad. No lo culpé por estar mirándome fijamente el pecho.

No atiné a contestarle, todavía alucinando por lo que había pasado. Me miré el pecho y me toqué con un dedo la marca. Un presentimiento me provocó un escalofrío y froté un poco. ¡Hijo de la gran puta! Me había firmado el pecho ¡¡con un rotulador permanente!!

Mis nuevos amigos me miraban alternativamente a mí y a mi escote, sin saber muy bien qué decir. Cuando terminó la firma, uno de ellos susurró:



—Bueno, has sido la única a la que le ha hecho eso, a lo mejor es que le has gustado.

—Pues qué bien —solté, de mal humor.

Una parte de mí quería irse de allí, pero otra me decía que me quedara. Intenté tranquilizarme, a fin de cuentas no había sido tan malo, ¿no? No me había gustado nada el gesto de que me firmara en la pechuga sin pedirme permiso, pero eran cosas de famosos. Seguro que ya había firmado más de una teta, y muchas de ellas sin ropa ninguna. Inhalé profundamente e intenté subirme un poco el escote para tapar su nombre, pero no había manera.

«Venga, sólo un rato más y estarás en tu habitación —me animé—. Esto mañana te parecerá una anécdota divertida.» Aunque, como no se borrara el autógrafo, iba a cagarme en todo, porque con un biquini no había forma de esconderlo y tendría que pasearme por la piscina y la playa como si fuera una res marcada.

Esperamos para la sesión fotográfica y, aunque quizá fastidié la foto del cumpleaños y sus amigos, posé con su grupo porque no quería estar a solas con Markus. Sin embargo, después de quedarnos un poco ciegos por los flashes, va el DJ y dice que quiere echarse una foto solo conmigo.

—*You and me alone, babe, of course.*

—No es necesario.

—*Yes, yes.*

Por no parecer maleducada, no insistí en que no quería una foto con él. Volví a su lado y posé todo lo sonriente que pude para la foto, pero su brazo estrechando mi cintura me ponía muy nerviosa. Y no era para menos, pues, en cuanto nos avisaron de que las fotos ya estaban tomadas y yo me dispuse a marcharme, él me agarró de la mano y me giró. «¿No te despides de mí? —me preguntó en inglés—. Con dos besos, como hacéis en España.» De nuevo, cedí por no ser maleducada y le ofrecí mi mejilla, pero entonces, cuando giré la cara para darle el segundo beso, va y me besa en la boca.

Desde el instante en que lo había visto sentado a la mesa, había sospechado que estaba un poco borracho, drogado o algo, pero es que en ese instante su pestilente aliento alcoholizado me inundaba la nariz. ¡Repugnante! Lo empujé para apartarlo de mí, pero me agarró más fuerte por la cintura y por la cabeza. Seguí intentando soltarme y, como no lo conseguí, ni lo pensé: le solté un rodillazo en la entrepierna.

—*Bitch!*

—Putá será tu madre, gilipollas. Menudo famoso de mierda, que te crees con derecho a todo. ¡Qué asco!

Me pasé el dorso de la mano por la boca, intentando borrar los restos de su beso, aunque aquel sabor no se me iba a ir hasta que me lavara con colutorio. O lejíá.

Mi gesto pareció cabrearlo, pues se lanzó a por mí. No llegué a saber qué intenciones tenía, rodeados como estábamos de personas, pero no llegó a tocarme porque Javi se interpuso entre nosotros con un rechazazo que tiró a Markus al suelo. ¡Sí, le pegó un puñetazo en la cara al disyóquey más famoso del momento!

Como comprenderás, las cosas se pusieron muy feas a partir de ese momento y al final tuvimos que salir corriendo de allí entre los gritos de la gente que trabajaba para el músico, por no llamarlo de otra forma menos bonita. Yo hice todo el trayecto hasta el exterior cogida de la mano de Javier, que tiraba de mí. Seguimos corriendo tras salir al aire libre y dejar atrás al segurata de la puerta.

—¿Estás bien? —me preguntó el chico cuando finalmente nos detuvimos, girándose hacia mí para asegurarse de que seguía de una pieza.

—Sí, sí.

—¡Tío, ha sido alucinante!

Sus amigos se le echaron encima, impresionados y todavía con la adrenalina corriendo libremente por sus venas. De la emoción, casi lo tiran al suelo.

—¡Menudo puñetazo!

—Y tú —me dijo uno de ellos a mí—, ¡vaya rodillazo! Me dolió sólo de verlo.

—Sí, brutal. —Otro se acercó y me dio una palmadita en el hombro.

—Creo que necesito un trago —murmuré, aunque me oyeron todos.

—Sí, vayamos a tomarnos unas cervezas.

Acabamos en el bar, ellos tomando cervezas y yo, un tequila. Me miraron alucinados mientras completaba el ritual: lamí la sal que había puesto entre mis dedos pulgar e índice, vacié el tequila en mi garganta y chupé el limón que tenía en la otra mano.

—Supongo que no es el primero que te tomas —me dijo Javi.

—No, sólo el primero de esta noche.

Le hice un gesto al camarero para que me pusiera otro y, con el segundo trago asentado en mi estómago, fui sintiéndome mejor o, al menos, más relajada, lo cual, para lo que acababa de pasar, ya era bastante. En silencio, escuché hablar a mis nuevos amigos durante un rato y después decidí que era hora de que me marchara. Me pidieron que me quedara un poco más, pero no me dejé convencer y poco después estaba en mi habitación a solas.

Me miré en el espejo. Ahí seguía el dichoso autógrafo. Me quité la camiseta y, sólo con el sujetador, cogí una toalla, la humedecí y comencé a frotarme. Nada, no había forma de que se fuera ni aun con jabón. Decidí probar con una toallita desmaquilladora y, para mi alivio, pareció surtir más efecto, aunque no conseguía que se borrara del todo. Estaba

dejándome la piel roja de tanto frotarme cuando oí que llamaban a mi puerta.

Me puse el albornoz para cubrirme y me dirigí a la entrada. Por suerte, había mirilla y pude ver que se trataba de Javi antes de abrirle.

—¿Sí?

—Acaba de llamarnos alguien en nombre de Markus.

—¿En serio?

—Sí, al móvil de Carmelo, que fue el que reservó las entradas. Se han disculpado por el comportamiento de Markus y nos han ofrecido entradas para una disco famosa aquí en la isla.

—Qué bien —dije, apoyándome con cansancio en el marco de la puerta—. Espero que disfrutéis del soborno.

—¿Te... te parece bien?

Me encogí de hombros y él añadió:

—Si quieres denunciarlo, hacerlo público o algo, les decimos que se metan las entradas por el culo y ya está.

—Qué fino que eres. Pero no, coged las entradas, no voy a decir nada.

—Quizá deberías.

—¿Tú crees?

Se tomó unos segundos para contestar y, cuando lo hizo, me miró a los ojos.

—Veo tu cara ahora mismo, lo cansada que parece. Estás triste. Y es todo por su culpa. No debería haber hecho lo que ha hecho, no tenía derecho a fastidiarte así la noche. Y a saber con cuánta gente más lo hará.

—Sí, chicas que no tienen a un príncipe guerrero dispuesto a darle un puñetazo a su ídolo. —Le sonreí.

—O que no tengan el valor de soltarle un rodillazo como el que tú le arreaste —replicó.

Nos quedamos callados un largo rato hasta que pregunté:

—¿Tus amigos han grabado algo de lo que ha pasado?

—No, pero creo que sí que han echado alguna foto interesante.

—Pues mira, esto es lo que vamos a hacer: coged las entradas, disfrutad de esa disco y después me mandas las fotos. Ya pensaré qué hacer con ellas.

—Eso está hecho.

Me sonrió de forma adorable y algo se me removió en el pecho. Después de lo que había pasado, me sentía sola y vulnerable. Javi, pese a su juventud, me hacía sentir segura. Recordé el alivio que experimenté cuando él me cogió entre sus brazos después de golpear a Markus.

Sin pensar en lo que hacía, extendí una mano y le rocé los dedos. Él bajó la cabeza y miró la caricia sin decir nada. Retiré la mano y entonces volvió a mirarme. Vi cómo su nuez subía y bajaba al tragar saliva con dificultad y, durante unos segundos, no hizo nada, sólo me observó. Entonces, con mano trémula, extendió el brazo y me metió un mechón detrás de la oreja. No pude evitar sonreír al recordar lo que le había dicho un rato antes en aquella misma habitación.

Sin pensar, sólo dejándome llevar por lo que mi cuerpo deseaba en aquel momento, me incliné hacia él y le di un pico en los labios. Al separarnos, se me quedó mirando durante unos segundos larguísimos hasta que logró tartamudear.

—An-antes... antes tam-también me has besado y me has di-dicho que no significaba na-nada. Este beso... ¿este beso significa algo?

—Lo que tú quieras que signifique.

Raudo como una bala, se inclinó hacia mí y me devolvió el beso. Fue igual de breve que el mío, pero después me dedicó una adorable e inocente sonrisa que iba acompañada de una mirada que traslucía el deseo que sentía. Estiré la mano, lo cogí por el cuello de la camiseta y tiré de él hacia el interior de la habitación.

Lo sé, lo sé, lo sé. Sé lo que estás pensando. ¡Me acosté con un crío! Pero te recuerdo que era mayor de edad y, además, Carlos, no puedes juzgarme: la chica con la que me engañabas tenía diecinueve años, sólo uno más que Javi. No, definitivamente, no eres quién para mirarme mal ni echarme la bronca.

Además, hay algo muy bonito en ser la primera vez de alguien, y más cuando ese alguien te mira con absoluta adoración. Te sientes divina, estupenda, llena de sabiduría y experiencia, porque no son tus manos las que tiemblan, porque eres tú la que da consejos, la que dice qué debe hacerse y cómo. Hay algo de gran potencia erótica en eso.

Pero claro, hacerlo con una persona virgen también tiene sus inconvenientes. Conseguí eludir los problemas de su inexperiencia siendo yo la dominante, cabalgándolo sobre la cama mientras él me miraba alucinado... pero, evidentemente, hay algo que no se puede evitar, y es que la primera vez dura poco. Poquísimos.

Cuando lo oí soltar un quejido y, al mirarlo, lo vi con los ojos cerrados y cara de estar en el séptimo cielo, me enfadé y todo. ¡Yo aún estaba muy lejos del orgasmo!

Pero entonces ocurrió un milagro...

## El yogurín (parte II)

¡La juventud... ah, qué maravilla! Apenas si se había repuesto de su primer orgasmo cuando le sobrevino otra erección. Cosa de las hormonas, o quizá sea la prueba de esa frase que dice «como no sabía que era imposible, lo hizo».

El caso es que acababa de correrse y volvía a estar duro, ¡y encima en esa segunda ocasión duró un montón! Lo hicimos en la postura de la vaquera, del misionero, del perrito. Nada extravagante ni novedoso (para mí, para él claro que sí), pero lo hacía con una entrega, con unas ganas, con una energía...

Al final me corrí y, como regalo extra para Javi, lo hice entre gritos para que se quedara bien contento por haberme satisfecho. No te vayas a creer que fingí, el orgasmo fue real, pero sí que le eché un poco de teatro para alimentar su hombría.

Ahora que lo pienso, espero no haber puesto el listón demasiado alto y que ahora Javi vaya por ahí frustrado por no conseguir que su pareja o ligues sean tan efusivas como lo fui yo.

Después de hacerlo, nos quedamos tumbados en la cama durante unos largos minutos en completo silencio. No fue un momento incómodo; de hecho, yo estaba callada porque me había quedado muy relajada y cuando Javi habló me di cuenta de que tenía un pie puesto en el reino de Morfeo.

—¿Nos acompañarás a la discoteca?

—¿Ahora? No, quiero dormir.

—No, ahora no —sonrió, acariciándome un hombro—, en unos días, cuando nos den las entradas.

—Ah, a esa disco. Pensaba que querías irte ahora de fiesta. Pero no, creo que no. Será mejor que vayas con tus amigos, incluido el que no ha podido venir esta noche.

—Me gustaría que vinieras.

—No sé si seguiré en la isla para entonces —mentí.

—¿Cuándo te vas?

—Pronto.

—¿Cuándo?

Me senté en la cama, pues no me gustaba por dónde iba aquella conversación. Lo miré a los ojos para decirle:

—Lo cierto, Javi, es que creo que lo mejor será que no volvamos a vernos.

—¿Por qué?

—Porque esto ha sido cosa de una noche y ya está.

—Pero...

—¿No era esto precisamente lo que buscabas hace unas horas?

—Sí, pero... me gustas, Marisol.

Lo miré con ternura.

—No es verdad.

—Claro que sí, lo digo muy en serio.

—Son tus hormonas las que hablan. Acabamos de hacer el amor, es normal. Pero tú lo que necesitas es buscarte a alguien de tu edad con quien seguir practicando.

—Podría seguir practicando contigo. Hasta que te vayas —especificó.

—No, Javi. Toma esto como un regalo de cumpleaños y ya está.

—Como si me hubieran regalado una puta, ¿no?

Sabía que lo había dicho porque estaba dolido, pero no pude evitar que sus palabras también me hirieran a mí. Me puse en pie.

—Fuera.

—Lo siento, lo siento. No quería decir que tú... pero es que no lo entiendo. ¿Por qué no podemos volver a vernos?

Suspiré. ¿Quién me iba a decir a mí que aquel chico no iba a querer sólo una aventura de una noche? Entonces lo comprendí: estaba confundido y dolido y probablemente estaba malinterpretando mi frialdad.

Me acerqué a él y, acariciándole el mentón, le susurré:

—Has estado muy bien, no te tomes el hecho de que no quiera repetir como algo personal, ¿de acuerdo? Simplemente... simplemente no repito con una misma persona, ¿entiendes?

—Alguien te ha hecho daño —murmuró, mirándome con tristeza.

—Sí, y tú no quieres que se te pegue nada de eso. Así que ahora sal ahí fuera, reúnete con tus amigos y vete a disfrutar de tu juventud con chicas de tu edad. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza, visiblemente apenado. Por suerte, no tuve que insistirle más para que saliera de la cama, se vistiera y se marchara tras darle un dulce beso en los labios.

Lo malo de un yogurín virgen: que no sabe todavía cómo funciona el juego y a veces hay que explicarle las reglas para dentro y fuera de la cama.

Lo bueno: que con su derroche de energía y entusiasmo, te deja lista para dormir. Yo caí rendida tan sólo un minuto después de que saliera de la habitación.

## El romántico

Al día siguiente me desperté con besos o, más bien, con sonidos de besos. Tardé un buen rato en procesar lo que estaba escuchando y al final caí en la cuenta de que era el tono de las notificaciones de la aplicación para conocer gente, así que me di media vuelta en la cama y seguí durmiendo. O lo intenté, pues la aplicación no dejó de sonar y al final tuve que levantarme y buscar el móvil para silenciarlo: tenía claro que ningún hombre me interesaba a esas horas de la mañana.

No obstante, no llegué a silenciarlo, ya que resultó que el pesado que estaba al otro lado mandándome mensajes sin parar no era otro que Rubén. Los leí todos rápidamente, pues eran palabras sueltas.

«Hola.»

«¿Estás?»

«Marisol.»

«Marisoooool.»

Me metí de nuevo en la cama y, desde la comodidad del colchón, le escribí:

Marisol: ¿Estás borracho o qué?

Rubén: ¡Hola! Borracho, ¿por qué?

Marisol: ¿Por qué me hablas por esta aplicación del demonio?

Rubén: Oye, ¡que la aplicación es mía!

Marisol: Insisto, ¿por qué me hablas?

Rubén: A ver si no puedo hacerlo...

Marisol: No a las ocho de la mañana.

Rubén: Pero es que salimos en media hora.

Marisol: Salimos, ¿adónde?

Rubén: De excursión.

Marisol: Yo no tengo ninguna excursión programada.



Rubén: Ahora sí.

Marisol: ¡Déjame dormir, que ayer me acosté tarde!

Rubén: Yo tampoco he podido dormir, mi habitación temblaba como si estuviera al lado de las vías del tren.

Marisol: Pues mejor me lo pones. ¡Durmamos!

Rubén: No, nos vamos de excursión.

Marisol: ¿Por qué yo?

Rubén: Porque eres mi única amiga en la isla. Y fíjate que he dicho en la isla, no en el hotel, ¿eh? Estoy muy soloooo.

Marisol: «¿Y dónde se supone que vamos?»

En aquel momento llamaron a mi puerta. Miré el móvil a la espera de que Rubén siguiera escribiendo (¿aquella aplicación avisaba de si el otro estaba escribiendo, en línea o algo? Sospechaba que no), pero, como tras unos segundos no recibí respuesta por el móvil, me levanté de la cama segura de a quién me encontraría al otro lado de la puerta.

—¿Cómo has sabido cuál es mi habi...?

Me quedé callada de golpe al ver delante de mí a un trabajador del hotel con un carrito de comida con varios platos tapados.

—Ehh... hola.

—Buenos días —respondió muy formal, aunque después no pudo evitar esbozar una sonrisa y lanzar una miradita hacia la derecha, así que me asomé y...

—¡Sabía que eras tú!

—Claro, qué otro hombre te traería el desayuno a la habitación. Venga, adentro, desayunemos, que tenemos la agenda muy apretada.

Entraron sin mi invitación y el camarero dispuso todos los platos encima del escritorio. Después, nos deseó buen provecho y nos dejó solos.

—¿Qué es todo esto?

—Nuestro desayuno, necesitamos coger fuerzas. Vamos, siéntate.

—Pero vamos a ver, ¿es que no ves cómo está todo? Tienes mis bragas ahí a tus pies y aun así estás tan pancho.

—Uy, es verdad. —Se inclinó y, para mi vergüenza, cogió las bragas de encaje que había llevado la noche anterior—. Qué bonitas.

Se las arrebaté de un zarpazo.

—Eres el tío más raro con el que me he encontrado nunca.

—¿Porque te he dicho que tienes unas bragas bonitas? Creo que hay toda una comunidad de hombres fascinados por la ropa interior femenina. Y te digo más: fascinados

por la ropa interior femenina usada.

Al ver que lo miraba fijamente, todavía desde la distancia, suspiró y dijo:

—Mi... Sofía y yo coincidimos anoche. Más bien, ella me estaba buscando. Habíamos programado varias excursiones y actividades para nuestro viaje y hoy teníamos una excursión para todo el día. Me preguntó si yo iba a usarla, porque, si no, lo haría ella. Le dije que sí, que iba a ir a esa excursión, y no pienso ir solo, así que...

—Así que me sacas de la cama bien temprano y sin previo aviso para que te acompañe.

—No es tan temprano —protestó, y después, como si ya diera por sentado que iba a ir con él tras aquella simple explicación, se puso a comer, metiéndose medio cruasán en la boca.

Y lo cierto es que tenía razón, iba a ir. Un poco por lástima y un poco porque... ¡iba de gratis! Además, no tenía nada mejor que hacer ese día salvo tostarme al sol y, quizá, conocer a otro hombre que podría salirme rana. Sí, definitivamente, después del caos de la noche anterior, prefería pasar un día tranquilo junto a Rubén.

Aunque lo de tranquilo era un decir, pues tras aceptar ir, tuve que vestirme a toda prisa, desayunar a lo tragaldabas y salir corriendo para poder coger el bus que nos acercó al puerto donde cogimos un ferri a Formentera. En el barco, descubrí que me mareaba y las deliciosas tostadas que me había tomado cayeron por la borda.

—¿Nunca habías montado en barco? —me interrogó Rubén mientras me abanicaba con un panfleto publicitario.

Negué con la cabeza, seguro que con la tez verde.

—Voy a preguntar si alguien tiene algo para el mareo. ¿Puedes quedarte sola un momento?

—No creo que vaya a huir a ningún sitio, estamos rodeados de agua.

—¡No me digas que no sabes nadar!

—¡Claro que sé nadar! Pero vamos, lo que me faltaba: tirarme ahora al agua, aquí en mar abierto.

—Hombre, dicen que si te metes al agua se corta el mareo... pero tú no lo pruebes, ¿eh? Vuelvo ya mismo.

Pero tardó muchísimo en volver. Yo ya imaginaba que se había olvidado de mí y estaba tomándose algo en la cafetería, o quizá ligando con alguien que le hiciera olvidar su fallido matrimonio, cuando apareció en mi campo de visión.

—Aquí estás.

Era una forma de hablar, pero recuerdo haber pensado «¿es que he rodado sin darme

cuenta y me he cambiado de sitio?».

—No he encontrado a nadie que tenga Biodramina o algo por el estilo, lo siento.

—No pasa nada, después de la última arcada creo que ya no me queda nada dentro. Sólo espero que la sensación de angustia pase pronto.

Pero no se me pasó en todo el viaje y después me sentí bastante indispuesta durante un buen rato. Por suerte, para cuando llegamos a la primera actividad que Rubén tenía programada, ya volvía a ser persona y la emoción de poder practicar esnórquel me quitó de golpe el malestar. Sin embargo, mi entusiasmo se esfumó cuando vi que, para llevarnos al lugar donde haríamos la inmersión, usaban una lancha. Miré a Rubén, blanca como el papel sólo de imaginarme el mareo, y él se apresuró a preguntarle a uno de los monitores si había alguna farmacia próxima.

—Tenemos Biodramina nosotros, si queréis.

—Lo cierto es que mejor si voy a la farmacia, porque la mitad de las actividades de hoy son en barco...

Cuando el monitor le dijo dónde podía encontrar la farmacia, Rubén se ofreció a ir solo y yo me quedé allí con los monitores.

—Anda que tu marido, no acordarse de que te marean los barcos al hacer la reserva...

—No es mi marido.

—¿No? Me aparecía en la ficha que sí.

—Será un error.

—Bueno, supongo que quien dice marido y mujer, dice novios.

—¿Nos vais a dar una copa de cava o algo por estar de luna de miel?

—¿Qué? No. —Se carcajeó el monitor.

—Pues entonces, no, no somos novios, ni esposos, ni nada. Prácticamente acabamos de conocernos.

Me miró con interés y después se sacó el teléfono del bolsillo. Debían de tener las contrataciones *online*, pues en seguida tuvo en la pantalla nuestra reserva.

—Reservasteis hace dos meses y se especificó que era una luna de miel.

—¿Y por qué preguntáis si la gente está de viaje de novios si sois tan rácanos que no invitáis a nada?

—¡Sí que os vamos a invitar a algo! Pero no a una botella de cava ni nada por el estilo —explicó y después, riendo, añadió—: A unas palmeras de hojaldre, como hacemos con todos nuestros clientes.

—Qué *glamour*.

Rubén nos encontró riéndonos y no pareció hacerle mucha gracia.

—Toma.

Me tendió la caja de medicamentos, pero no me miraba a mí, sino que tenía la vista fija en el monitor que estaba sentado a mi lado. El susodicho tan sólo le aguantó la mirada unos segundos antes de decidir que aquel rollo no iba con él, levantarse y, con la excusa de ir a buscarnos unas aletas, largarse.

—Pero ¿qué haces? —le pregunté a Rubén.

—¿Sentarme?

—Eso ya lo veo. Me refería a antes, con el monitor.

—Parecía que os lo estabais pasando bien.

—Pues sí, la verdad es que sí.

Me lanzó una mirada de enfado.

—¿Por qué narices me pones esa cara? —le espeté.

—¿Qué cara?

Me crucé de brazos, imité su expresión y lo miré fijamente.

—Esta cara.

—Estabas ligando con el monitor.

—Ya, ¿y qué?

—¡No vas a hacerlo delante de mí!

—¿Cóóóómo? Tú y yo no somos nada, chaval.

—¿Por qué crees que te he traído?

—Pues, según me has dicho, porque soy tu única amiga en tooooooda la isla.

—Y una buena amiga no me haría un feo así.

—¿Un feo? ¿Qué eres, un puto troglodita al que no le gusta que las mujeres que lo acompañan ligen o qué? ¿O es que piensas que tú y yo somos algo?

—Todo lo que vamos a hacer hoy pertenece a un paquete romántico —me dijo bajando la voz. Por si no pillaba por dónde iba, especificó—: A un paquete de luna de miel. Todas las personas con las que nos vamos a encontrar esperan a una feliz pareja de recién casados. No puedes ir por ahí ligando porque van a pensar que me eres infiel.

Lo cierto es que, visto así, tenía su punto de razón. Aunque había una solución bastante obvia.

—El monitor sabe que no somos pareja.

—¿Por qué crees que lo sabe, porque te ha entrado? Seguro que serías la primera clienta casada con la que intenta ligar. Ja, ja, no me hagas reír.

—Sabe que no somos pareja porque se lo he dicho yo.

—Peor todavía, me has dejado en evidencia. Ahora sólo tendrá que sumar dos más dos para intuir lo que ha pasado.

—Ya, claro. Este hombre tiene una vida tan aburrida como las de tus vecinas del pueblo y ahora mismo está ahí dentro cotilleando con la recepcionista a tu costa... Oy, oy, oy, oy, oy —puse voz de maruja—, no veas de lo que acabo de enterarme, Carmencita, ¡estos dos no están casados! Y no sabes lo mejor: a él lo dejó su esposa... ¡¡por otra mujer!!

Si las miradas matasen, la de Rubén me habría hecho caer al suelo de baldosas fulminada.

—En serio, es imposible que nadie pueda imaginar tu historia.

—Ya me miran raro.

Seguí su mirada y vi que el monitor con el que antes hablaba estaba en el almacén charlando con un compañero y riéndose. Es cierto que nos miraba de vez en cuando, pero a mí no me daba la sensación de que estuviesen hablando de nosotros.

—Eres un paranoico. Además, qué más te dará lo que opinen unos desconocidos de ti. Los vas a ver una hora y adiós muy buenas. Jamás volverás a coincidir con ellos en tu vida.

—Nunca me ha gustado ser el centro de atención y ahora, con esto, voy a serlo.

—Puede ser, pero en tu pueblo, no aquí. Y en el fondo lo sabes, por eso no has vuelto todavía pese a que no parece que disfrutes mucho de tus vacaciones en Ibiza: ¡si sólo has sacado tu culo del hotel por fastidiar a tu ex! A veces te da la paranoia de que la gente que te rodea se ha enterado de lo que pasó, pero sabes perfectamente que, mientras sigas de vacaciones, no serás carnaza de chismorreos para nadie. Aquí la gente va a lo suyo; está entretenida, disfrutando de su tiempo libre.

Él no negó lo que le estaba diciendo, y quien calla, otorga. Lo observé y vi que seguía lanzando miradas a los monitores, que debían de estar contándose algo graciosísimo. Suspiré.

—Mira, estoy convencida de que no hablan de nosotros, pero en caso de que lo estén haciendo, seguro que se creen que somos dos amantes o algo así. Estamos aquí a escondidas de tu mujer, disfrutando de una escapada a Formentera por todo lo alto, con un *pack* de luna de miel.

No tengo ni idea de por qué se me ocurrió aquella chorrada. Al fin y al cabo, yo ya le había confesado al monitor que Rubén y yo apenas nos conocíamos de hacía unos días, pero oye, mi compañero se quedó más tranquilo con mi idea, así que todos contentos.

Tras aquella conversación, decidí que ese día iba a comportarme y no iba a intentar ligar con nadie. No es que fuese a fingir que era la esposa de Rubén, pues eso inevitablemente conllevaría besos o, como mínimo, que nos cogiéramos de la mano, pero sin duda podía intentar no hacerlo sentir incómodo al hacer evidente que yo estaba soltera y abierta a posibilidades.

Por suerte, el humor de Rubén mejoró. Quizá mi cambio de actitud tuvo que ver, pero sin duda también fue influyente la sesión de esnórquel que hicimos, buceando con tubo y viendo un sinfín de pececitos, erizos y estrellas de mar. Y el paseo en lancha, con el viento dándonos en la cara y sacudiendo nuestros cabellos, fue también una experiencia liberadora y relajante para ambos (¡bendita Biodramina, que me permitió disfrutar del viaje!).

Para comer teníamos una reserva en un precioso restaurante situado en lo alto de una cala, con unas impresionantes vistas al mar. Almorzamos en la terraza y nos trataron de maravilla.

—Eres preciosa —soltó de pronto Rubén.

Lo miré sorprendida. Esperábamos a que nos trajeran el postre y yo había estado mirando el horizonte, abstraída, pero al mirarlo me di cuenta por su expresión de que había estado estudiándome mientras mi mente volaba lejos de allí. No sabía cómo contestarle, pero entonces me dedicó una sonrisa y yo se la devolví junto con un tímido:

—Gracias.

—¿Los chicos con los que has estado saliendo estos días no te dicen que eres preciosa? Parece que no estás acostumbrada a oírlo.

—Ya te lo he dicho, puede que tu aplicación se venda como para conocer gente y hacer amigos, pero lo cierto es que un noventa por ciento de los que se registran, más que decirte «qué guapa eres», te dirán «qué buena estás». De todas formas, sí que me han dicho que soy guapa, pero tú lo has hecho... —dudé—... con sentimiento.

—Es que lo digo muy en serio, no sé cómo ese imbécil te dejó escapar.

Y ese imbécil eres tú, Carlos, por si acaso lo dudabas.

Me encogí de hombros.

—Quizá estoy mejor sin él.

—Sin quizá. Estás mejor sin él y punto.

Quise decirle que lo mismo se aplicaba a su mujer. Seguro que estaba mejor sin ella.

¿No me había confesado que no pasaban por el mejor momento de su relación y que, de hecho, la boda había intentado ser un parche? Pues entonces estaba mejor sin ella, seguro. Pero no quise volver a sacar el tema de su exmujer en aquel instante por si su humor volvía a torcerse.

No obstante, su ánimo acabó aguándose irremediablemente cuando la camarera, junto con el postre, trajo una caja alargada. Bastaba un vistazo para saber que se trataba de un regalo de joyería y, obviamente, no era un regalo de la casa.

Miré a Rubén a tiempo de verlo tragar con dificultad.

—Me había... me había olvidado de esto.

—¿Qué es? —interrogué.

—Es... era —se corrigió— un regalo.

Nos quedamos callados durante casi un minuto, hasta que me pudo la curiosidad.

—¿Puedo abrirla?

Mi pregunta pareció despertarlo de su letargo, pues se encogió de hombros, se acercó al postre y empezó a dar cuenta del *mouse* de chocolate. Habíamos pedido lo mismo, pues compartíamos la afición por el chocolate, pero yo me resistí todavía un poco más y cogí la caja. Al abrirlo, me maravillé al ver una pulsera de estilo Pandora.

Dios, ¡me encantan esas pulseras! Tú ya lo sabes, Carlos, porque muchas veces he dejado caer que me gustaría que me regalaras una por mi cumpleaños, pero supongo que no eres tan romántico como Rubén. Aunque, bueno, lo cierto es que sí que eres romántico, porque me has regalado flores, anillos, pendientes, colgantes... Entonces, ¿por qué narices nunca me has comprado una pulsera de *charms*? Oh, ya, ¡porque no me prestas atención y, aunque te lo he dicho un millón de veces, no sabes que siempre he querido una maldita pulsera de ésas!

Pero bueno, volvamos al tema. Allí, delante de mí, tenía una preciosísima pulsera que, de ser original, costaría una barbaridad. Intenté que mi cara no mostrara el entusiasmo que sentía, pero no debí de conseguirlo, pues Rubén me preguntó:

—¿Te gusta?

—Es fantástica. ¿A ella le gustaban este tipo de pulseras?

—No. —Se tomó su tiempo para contestar a mi mirada interrogante—. Mi madre siempre ha llevado pulseras de este tipo. Añadía cosas cuando ocurría algo importante: viajes, nacimientos, bodas, su pedida de mano... Se la regaló mi padre y ella fue llenándola poco a poco. Cada vez que cuenta el porqué de cada *charm* es como si hiciera un repaso a su vida. Le encanta esa pulsera. Y yo pensé... bueno... quería algo parecido para ella.

—Es un gesto muy romántico.

Él se encogió de hombros.

—A lo mejor a ella no le habría gustado, porque no le estaba regalando algo que a ella le gusta, sino algo que me gusta a mí.

—Bueno, te gusta para ella. No es lo mismo que regalar algo pensando en que vas a usarlo tú. Yo estoy segura de que le habría encantado, es preciosa.

Miré la pulsera durante unos segundos más y después cerré la caja. La dejé sobre la mesa y llené al máximo mi cuchara con el *mouse*. Yo también necesitaba ahogar mis penas en chocolate, pues seguía pensando en que tú nunca me habías regalado una pulsera como aquella. Una tontería, lo sé, pero oye, me molestaba y era algo perfecto para añadir a la lista de cosas por las que odiarte.

Tras la comida, nos dieron un fantástico masaje de pareja y después, relajados a más no poder, fuimos a darnos un baño en una playa de arena blanca y aguas cristalinas (¡parecía el Caribe!).

Después (sí, aún quedaban más planes), dimos una vuelta en un barco de vela y vimos atardecer desde la cubierta con unas copas de champán en la mano. Y ya, para rematar, cenamos a la luz de las velas en una casa apartada donde, tras la cena, nos tumbamos a ver las estrellas sobre unas mantas.

—Me he enamorado —suspiré.

—¿De Formentera?

—De ti. Quiero un novio igual de romántico que tú para hacer esto cada fin de semana.

Rubén se rio y se giró en la manta, apoyándose en un codo para mirarme.

—¿Te lo has pasado bien?

—Una vez me he hecho amiga de la Biodramina, sí.

—Pues vamos a rematar la noche.

Se giró y hurgó en su mochila buscando algo.

—Como estés buscando condones, te zurro.

Lo oí reírse y después se giró. Me tendió la caja con la pulsera.

—Para ti.

—Oh, no, no puedo.

—Claro que puedes, quiero que la tengas.

—¿No prefieres revenderla? Te habrá costado bastante. O tirarla al mar.



—Lo de revenderla me lo pensaría, pero... ¿lo de tirarla al mar?

—Como símbolo de dejar atrás tu relación con Sofía.

—Bah, no, prefiero dártela a ti. La mayoría de los *charms* están relacionados con este viaje, y a los que no, seguro que sabrás darle tu propio significado. Quitá nuestras iniciales y ya está.

—¿Seguro? —interrogué dudosa.

—Seguro. Dame tu mano.

## El pijo

Sé que muchas veces te he dicho que eres un pijo porque te gustan las cosas de marca. ¿Un reloj del chino? ¡Ni loco! ¿Una camiseta Addidas? ¡Ni muerto! Pues bien, sí, eres un poco pijo, pero no sé si te habrás dado cuenta de que, desde que hemos vuelto, ya no me meto con tus gustos caros, y es que en mis vacaciones conocí al pijo más pijo de entre todos los pijos.

Coincidí con él dos días después de haber ido a Formentera y fue por casualidad. Rubén y yo nos aburríamos junto a la piscina y el tema desembocó una vez más en su aplicación. Yo me quejaba de los hombres que se habían dado de alta, pues en los últimos días sólo recibía corazones de tíos feísimos y con perfiles sosos a más no poder. Empezamos a comentar las fotos de modo un poco cruel, pegados el uno al otro para poder reírnos a gusto a costa de mis pretendientes sin que nuestros comentarios llegaran a oídos de terceros.

—Pero ¿qué le pasa a éste en los dientes?

—Estará sonriendo.

—Parece un conejo.

—Un conejo siniestro.

—¿Y éste? ¡Ha subido una foto con una polla pintada en la frente!

—Toda una declaración de intenciones.

—Y éste es el mejor, el señor gamba.

—Madre del amor hermoso, este tío ha tenido que ir a Urgencias seguro por quemaduras solares. Me duele de sólo mirarlo.

—A mí también me duele... pero la vista. Su piel naranja me está dañando las retinas.

—¡Y encima con la marca blanca donde llevaba las gafas de sol!

Nos lo estábamos pasando tan bien que, cuando me quedé sin pretendientes que

mostrarle, pasamos al modo búsqueda para encontrar nuevas víctimas.

—Oye, esto de verlos a todos en miniatura es muy útil —comenté.

—Gracias. ¡Oh, Dios! Ése está desnudo.

—¿Cuál?

—Ése de ahí.

—Ahhhhhhh —me horroricé al abrir la foto.

—¿Por qué alguien con el pene tan pequeño se echaría una foto desnudo para ligar?

—Misterios de la vida que no pienso resolver en este momento —contesté volviendo a la vista en miniatura.

—¿Eso no es una chica?

—Humm... no, chico con pelo largo. —Pero al abrir la foto, dudé—. ¿A lo mejor se ha colado una lesbiana?

—No debería. Métete en su perfil.

—¡Toma ya! Se llama Manolo.

—Pues Manolo tiene pinta de ser uno de esos hombres que, si sales con él, te hará tener una divertida historia que contar dentro de un tiempo.

—Creo que paso. Con el polígloa y el casi intento de asesinato marital estoy más que servida de historias.

—Uy, ¿has visto a éste?

—¿Qué le pasa?

—Parece Ken.

—¿Qué Ken? ¿Superman?

—No, Clark Kent, no. El Ken de la Barbie.

—Qué malo eres. Es mono.

—Mono si te van los pijos. Mira qué sonrisa, le faltaría ponerse un efecto de destello.

—Uy, uy, uy, me huele a envidia.

—Envidia, ¿yo?

—¡Tu única pega para su aspecto es que le falta ponerse efecto de destello en la sonrisa! Si sólo puedes criticar eso, es que el tío está cañón. Y es que lo está.

—Seguro que es Photoshop.

—Claaaaro.

—Que sí, que sí. Ahora los móviles editan las fotos antes de subirlas.

—Anda ya.

—Mira, el mío lo hace.

Sacó su teléfono y nos apuntó con la cámara frontal. Sin llegar a echar la foto, se metió en la opción «Beauty» de la cámara y empezó a tocar configuraciones. Para mi sorpresa, el móvil detectaba nuestras caras y nos podía hacer los ojos más grandes, quitar las imperfecciones del rostro, pintarnos los labios, ponernos colorete, echarnos sombras en los ojos...

—¡Parece que nos hayamos echado maquillaje con la escopeta de Homer Simpson! — Me partí de risa sobre la tumbona cuando subió todos los niveles al máximo—. Y mira qué ojos; parecemos dibujos animados japoneses.

Tras reírnos un rato con las opciones de belleza de su cámara, volví sobre la foto del Ken.

—¿Pues sabes qué te digo? Que yo lo veo guapo.

—Bah.

—En esta foto no ha aplicado ningún efecto de esos que me has enseñado, salvo quizá el de perfeccionar la piel. Míralo, no tiene ojos de alienígena, ni mofletes de Heidi. ¡Uy! Y mira, se va en dos días. Voy a mandarle un corazón ya mismo.

Oí cómo Rubén refunfuñaba algo mientras yo le daba a enviar el corazón.

—¿Qué murmuras, envidioso?

—Que parece que estés comprando una oferta: «¡ay, que se acaba!».

—Oye, que el que ha puesto la cuenta atrás en todos los perfiles eres tú.

—Por exigencia del cliente, no porque lo vea bien. Me parece como tratar a la gente como mercancía.

—Pues funciona superbién. Seguro que, cuando yo vaya a irme, recibiré el doble o el triple de corazones que ahora mismo.

—Si quieres recibir más «me gusta», puedo piratear la aplicación y hacer que seas la primera en salirle a todos los chicos.

—Uh, no, quita, quita. Más pretendientes no. —Pero después me lo pensé mejor—. ¿Podrías hacer que sólo les saliera la primera a los guapos?

Rubén se rio.

—Si me dices quiénes son los guapos para ti, sí. El programa no es capaz de saber quién es guapo y quién no.

—¿Cómo que no?

—¿Qué le pongo, un reconocimiento facial que busque la proporción áurea?

—Por ejemplo.

Rubén hizo una pedorreta.

—Los que no sabéis de informática pensáis que conseguir que una máquina haga algo es facilísimo.

—Pues si eso es tan difícil, podrías hacer que se tuvieran en cuenta las estadísticas de los perfiles. Si muchas mujeres visitan a un mismo hombre, es porque ese hombre resulta atractivo. Más visitas, antes se muestra.

—Interesante.

—¿A que es una buena idea? —Le sonreí, triunfal.

—Sí, me has dejado impresionado —admitió—. Has pensado como un informático, enhorabuena. Pero lo cierto es que eso ya lo hace. Tener en cuenta las visitas, me refiero. No sólo se ordena a la gente por ese valor, pero es uno de los criterios.

—Pues podría ser «el valor», en mayúsculas.

—Claro, y el guapo de turno acapara todas las visitas porque está el primero. Los demás, a comerse los mocos. Si se hiciera así, los últimos siempre serían los últimos y los primeros, los primeros. Mi modo de ordenarlos es más democrático.

—¿Democrático? En la democracia eligen los ciudadanos. Mi opción sería la democrática, no la tuya. La tuya es... ¿igualitaria?

—Será igualitaria o lo que tú quieras, pero por solidaridad no pienso cambiarla.

—¿Solidaridad?

—Con mis hermanos los feos —dijo con solemnidad, llevándose la mano al pecho—. Si la aplicación funcionase como tú dices y yo me apuntase, está claro que me iría a la cola, así que me solidarizo con mi gente y dejo que los feos también tengan protagonismo.

—Tú no eres feo. Además, has visto las fotos tan horribles que suben otros, sólo con que te esfuerzases un poco en el perfil, te quitarías a muchos rivales de en medio.

En aquel momento, el pijo me contestó.

—¡Me ha devuelto el corazón!

—¿Ken?

—Se llama Rodolfo.

—¡Vaya nombre!

—¡Ay, que me da!

—¿Qué pasa?

—Está en un radio de quince metros.

Miré a mi alrededor y otro tanto hizo Rubén.

—Diría que es aquél. Nos está mirando.

Como una colegiala, giré el cuello a toda velocidad hacia donde Rubén decía. Mi gesto no le pasó desapercibido a Rodolfo, que me sonrió desde un taburete en la barra del *pool bar*. Intentando ser más recatada, le devolví el saludo alzando la copa que tenía en la mano.

Nos miramos durante un largo rato desde la distancia. Tanto, que acabé preguntándole a Rubén:

—¿Crees que debería acercarme y hablar con él?

—Tú sabrás cómo funciona esto. Yo sólo domino la parte *online*.

Tras dudarle un instante, me puse de pie y, meneando las caderas de forma provocativa, fui hasta el bar.

—¿Rodolfo?

—Ajá. Y tú eres... —Tuvo que mirar el móvil para acordarse de mi nombre, lo cual me pareció bastante feo—... Marisol.

—Efectivamente. Qué casualidad que estuviéramos tan cerca.

—La verdad es que sí. ¿Te apetece tomar una copa?

Había dejado mi bebida en la tumbona junto a Rubén, así que asentí con la cabeza.

—Claro.

Si hubiese coleccionado las sombrillitas de todos los cócteles que me bebí durante aquellas vacaciones, podría hacer... ¿qué narices se puede hacer con una colección de sombrillitas de esas, además de decorar una copa? ¿Hacerles sombra a las hormigas? ¿Limpiarme los dientes con *glamour*? Pero bueno, ya te he dicho que lo que te estoy contando podrían ser las crónicas de una borracha de vacaciones, así que...

Me tomé dos copas con Rodolfo. Era muy simpático y no dejamos de hablar en casi ningún momento durante la media hora que duró nuestro primer encuentro.

Me invitó a cenar esa noche, por lo que la charla fue todo un éxito, pero, cuando volví a mi tumbona junto a Rubén y me preguntó de qué habíamos hablado, me quedé pensativa.

—Pues...

—No me digas que no habéis hablado porque, si no os hubiera estado viendo, podría

creerme que os habéis dedicado a darle otro trabajo a la lengua, pero no os habéis movido de ahí en todo el rato.

—Hemos hablado de ropa.

—De ropa —repitió Rubén.

—Ajá. Le ha gustado mi vestido y hemos estado hablando de moda. Se dedica a ese mundillo.

—Es gay.

—¡No! Aunque... —Me reí—. Él ha hecho la misma suposición sobre ti y me ha preguntado si eras gay.

—¿Por qué? Ni que yo tuviera pinta de gay.

—¿Y qué pinta tienen los gays?

—Pues como él. Arregladitos, depilados...

—Esos son los metrosexuales, no los homosexuales.

—Bueno —zanjó el tema—. ¿Y de qué habéis estado hablando además de la ropa y de mi orientación sexual?

—Pues es que hemos hablado mucho de ropa... ¡Ah, bueno! También hemos hablado de nuestros móviles.

—Qué conversación más interesante, sin duda.

—Oye, no te metas con él. Me ha invitado a cenar esta noche.

—¿Y has dicho que sí?

—Claro.

—¡Claro! —repitió él. Imitándome, pero de forma bastante pésima, añadió—: ¿cómo voy a perderme una apasionante charla sobre ropa?

Y se pasó lo que quedaba de mañana doblando a Rodolfo. Sí, doblando. Desde donde estábamos no podíamos oír lo que le decía a sus amigos, pero sí podíamos ver que estaba hablando, así que Rubén le ponía la voz con cualquier gilipollez que se le ocurría.

—¿Has visto mis uñas? Manicura francesa invisible. Oh, y mi pelo, qué suave, qué sedoso. Espera, que me vuelvo a quitar este mechón de la frente. No es que me moleste, lo que pasa es que me gusta tocarlo. ¡Qué maravilloso, mi pelo! Sí, sí, no puedo dejar de tocarlo. Sueño con ser un pelo Pantene. *Oins*, y esa camiseta me encanta. Pero llevas una mancha ahí... que no, tonto, que es mentira.

—¿Por qué le pones voz de gay?

—Es que le pega.

—No le pega.

—Pues para mí sí le pega, me sale solo ponerle voz afeminada. ¡Oh, no!

—¿Qué?

—Es de los que se compran calzoncillos Calvin Klein para poder enseñar el borde de la prenda.

—Si sigues mirándolo con tanta insistencia, voy a empezar a sospechar que eres tú el gay.

Pero tenía razón en su observación. Rodolfo acababa de quitarse la camiseta, dispuesto a darse un chapuzón en la piscina, y se le podía ver una franja de los calzones, la justa para saber que bajo el bañador llevaba unos Calvin Klein.

—¿Qué veo?

Me giré hacia Rubén y no pude evitar soltar una risita al ver que estaba haciendo el tonto. Se había puesto delante de los ojos el móvil y fingía que eran unos prismáticos.

—Con mi visión aumentada puedo distinguir que no pone Calvin Klein, sino Calvo Ken. Un mal augurio para nuestro amigo pelo Pantene.

No sé si con aquellas bromas Rubén simplemente quería divertirme o si las hacía para intentar disuadirme de que cenara con Rodolfo, pero, si su intención era lo segundo, no lo logró.

Por la noche, a la hora acordada, nos encontramos a la entrada del restaurante italiano que había en el *resort*. Iba guapísimo y muy elegante, con unos pantalones de traje y una camisa. Cuando nos saludamos con dos besos, descubrí que olía a las mil maravillas.

—Vas preciosa. El vestido es... espectacular.

—Muchas gracias —dije, haciendo una pequeña reverencia de princesa.

Y si bien Rubén no había conseguido que no fuera a la cena, sí provocó que pasara la noche un poco distraída. Al principio porque con algunas cosas que decía Rodolfo me imaginaba la vocecilla afeminada de Rubén haciéndoles burla, y después porque, al ir al baño, me encontré con varios mensajes suyos que me habían llegado a través de la aplicación.

Rubén: ¿Qué tal va la cena? ¿Ya te ha hecho el seductor gesto de «uy, mi sexy mechón me molesta»?

Qué cabrón. No pude evitar reírme, apoyada contra la encimera del lavabo, porque sí, Rodolfo ya había hecho varias veces el gesto de apartarse el pelo de la frente. De hecho, lo había hecho bastantes veces, era como un tic.



Rubén: Déjame adivinar qué lleva puesto. Va de traje pese a que esta noche hace un calor de mil demonios. Y, por supuesto, no faltan los Calvo Ken.

Rubén: ¿No contestas? Yo que quería hacerte reír durante la cena para que nuestro amigo Ken pensase que es tan gracioso como yo.

Decidí escribirle.

Marisol: Mira que eres tonto. Para tu información, estoy disfrutando mucho de la cena. Y luego te digo si lleva o no los Calvo Ken, que a estas alturas de la cita todavía no he tenido oportunidad de verlos.

Por suerte, o por desgracia, sí pude ver de cerca los famosos calzoncillos de Rodolfo, pues, cuando terminamos la cena, y tras tomarnos una copa en la zona *chill out*, me preguntó:

—Aquí hay mucho ruido, ¿te apetece que vayamos a mi habitación? Tengo una con terraza y podemos tomarnos algo allí tranquilamente.

Acepté, aunque sabía que lo de la terraza era sólo una excusa. Y, efectivamente, así fue. Nada más cruzar su puerta, comenzamos a besarnos. Y oh, sí, besaba genial.

—Hueles de maravilla —le confesé.

Me respondió con algo que no entendí.

—¿Cómo dices?

—El nombre de mi colonia.

—Ah.

Volví a besarlo y, paso a paso, sin separar nuestras bocas, llegamos hasta la cama. Noté su mano en mi espalda, bajándome la cremallera del vestido. Ojalá hubiera sido un vestido ligero y veraniego, de estos holgados que tan cómodos son de llevar y de quitar. No obstante, me había vestido a la altura de la ocasión con un ajustado vestido que parecía una segunda piel y con el que necesité bastante ayuda para quitármelo. Pero no me molestó del todo mi elección de ropa, pues, para deshacerse de él, Rodolfo acabó arrodillado delante de mí y, cuando terminó de sacarme el vestido por los pies, me besó el monte de Venus. Él, aunque llevaba la camisa desabrochada, seguía totalmente vestido, y la estampa me pareció supererótica. Visto lo visto, me va, y mucho, el rollo de quedarme desnuda mientras mi pareja sigue vestida.

Pero de pronto Rodolfo detuvo sus besos y se quedó mirando algo en mis bragas. Me horroricé al imaginarme que había encontrado una mancha o, peor, un agujero. ¡Las había revisado antes de ponérmelas!

—¿Qué ocurre?

—DKANY.

—¿Cómo dices?

—Tus bragas son DKANY.

—No, son de encaje.

—Digo la marca. Hay una que es DKNY, pero en la tuya pone DKANY. ¿Son bragas de cani? ¿Y dónde está la Jenni?

Sin duda, ahí había estado inspirado. Y mira que Rodolfo no era especialmente ingenioso, eso le pegaba más a Rubén. Pero supongo que la ropa de imitación le tocaba la fibra sensible y sacaba todo su ingenio, porque mira que asociar DKANY con los canis, esos tíos de barrio, chulos e imbéciles que iban buscando pelea...

—Qué chistoso —le respondí, aunque su comentario me había cortado bastante el rollo.

Le hice ponerse de pie y terminé de desabrocharle la camisa. Con el tacto de mis dedos en su pecho pareció olvidarse de mis bragas de imitación. Le desabroché el cinturón y, ¡oh, sorpresa!, asomaron sus Calvin Klein. Fui a meter mis dedos en la cinturilla de los calzoncillos para dejarlo desnudo de un solo tirón, pero no conseguí agarrarlos. Volví a intentarlo y nada.

—Es un tatuaje.

—¿Cómo dices? —No sabía a qué se refería, y no era la primera vez que me pasaba esa noche.

Se apartó un poco, se bajó los pantalones y la ropa interior... y aun así la cinturilla de los Calvin Klein se quedó ahí, en su cintura. Tardé varios segundos en comprender qué pasaba.

—Dios mío.

No pude evitarlo, me eché a reír como una loca. El tío tenía tatuado el dobladillo de los Calvin Klein. ¡Tatuado!

—Oye —protestó.

—Lo siento —dije, pero no podía evitar seguir riéndome. Estaba al borde de las lágrimas—. ¿Cómo pasó?

—Cómo pasó, ¿el qué?

—Eso —señalé su cintura.

Iba totalmente desnudo, con el pene al aire después de haberse bajado toda la ropa, pero ni tan siquiera recuerdo cómo lo tenía. El tatuaje, en cambio, lo recuerdo con total

nitidez.

—¿El tatuaje? Me lo hice hace un año.

¿Hace un año? Me imaginaba que habría sido una locura de adolescente.

—¿Qué fue, durante una borrachera? —interrogué riéndome.

No le hizo ni pizca de gracia, y lo peor es que yo lo había preguntado totalmente en serio.

—Creo que lo mejor será que te vayas.

No discutí, no podía. Tenía que morderme los labios para no seguir riéndome abiertamente. Recogí toda mi ropa, me la puse y salí de la habitación llorando de la risa.

Sin pensármelo, corrí hasta la habitación de Rubén para poder reírme con alguien a gusto. Me abrió la puerta preguntándome:

—¿Estás bien?

—¡Lleva tatuados los Calvin Klein!

Aquella exclamación, obviamente, necesitaba una explicación, pues el pobre no entendió de qué le estaba hablando, pero no pude decir nada coherente hasta varios minutos después, pues acabé retorciéndome de risa en el suelo de su habitación. Creo que aquel fue el mayor ataque de risa que he tenido en mi vida.

## El puto amo

Seguro que estás pensando que «el puto amo» es el típico hombre que va de sobrado. Vamos, un chulo que se cree que es lo mejor que puede cruzarse en el camino de una mujer. Los hay a patadas en el mundo y la mayoría no sé de dónde sacan esa idea de que son los mejores, porque hay cada uno que...

Pero no, el puto amo de mi viaje no es para nada así. De hecho, me pareció un hombre bastante normal hasta que llegamos a la cama, donde para mí se convirtió en el puto amo, alias el dios del cunnilingus.

¡Madre mía, qué gustazo! Tú nunca has sido muy aficionado a practicar sexo oral y mis anteriores parejas tampoco, por lo que, para mí, los cunnilingus eran sólo un juego preliminar. Y eso con suerte, pues algunas veces habían sido desastrosos.

Pues bien, a Mathew le encantaba comer coños (palabras textuales suyas). Le ponía cachondísimo, así que a sus cuarenta años se le daba a las mil maravillas. ¡Qué placer! ¡Qué gozada! ¡Qué forma de que te catapulten al paraíso!

Pero empecemos por el principio. Conocí a Mathew por casualidad en la playa. Rubén se había quedado en su habitación porque lo habían llamado de urgencia de su empresa y tenía que arreglar no sé qué código con su portátil. Cuando me lo dijo, pensé en irme a mi habitación a ver la tele, pero me deshice rápidamente de la idea. ¡Ya sólo me quedaban unos pocos días en Ibiza! Tenía que disfrutarlos al máximo. Me dirigí a la playa y, tras darme un chapuzón en las cristalinas aguas, busqué una tumbona tranquila y me puse a tomar el sol. Como imaginarás, para ese entonces ya estaba más negra que un conguito. Pero bueno, que me desvíó: dos tumbonas más allá había un hombre al que no presté mucha atención hasta que, pocos minutos después, empezó a roncar. Chasqué la lengua, intentando que dejara de sonar como si estuviera arrancando una moto, pero nada. Irritada, me levanté, fui a su lado y le di unos golpecitos en el hombro.

—Despierte.

Puesto que su pelo era rubio y tenía pinta de extranjero, lo volví a intentar en otro

idioma.

—*Wake up.*

Balbució algo y, efectivamente, lo hizo en inglés, así que seguí hablándole en ese idioma a la vez que lo sacudía por el hombro.

—Caballero, está roncando, despierte. Despierte, está roncando. Caballeeeero.

Si hubiera querido secuestrarlo, no habría ni necesitado cloroformo, vaya.

Finalmente, abrió los ojos y me miró. «*Oh, là, là* —pensé—, ¡tiene los ojos azules!» La cara se me transformó al darme cuenta de lo atractivo que era. Le sonreí y él me devolvió el gesto... y no sólo con los labios. Su bañador se convirtió en tan sólo unos segundos en una tienda de campaña, aunque yo no me di cuenta hasta que él, avergonzado, se ajustó la erección y me pidió disculpas.

—Cosas que pasan por la mañana.

—Es casi mediodía —rebatí, divertida.

—¿En serio?

—Ajá.

—Pues creo que me he pasado la comida durmiendo.

Sus tripas secundaron la afirmación soltando un rugido.

—Deseo, hambre... creo que tendrás que decidir qué priorizas. —Le sonreí, sentándome en la tumbona que había junto a él y que yo antes había dejado vacía como respetuosa separación.

—Ésta puede esperar —dijo, tocándose el bulto de la entrepierna. No resultó un gesto desagradable, sino más bien gracioso, pues se recolocó la erección con una mueca.

—Así que la comida antes que el sexo. Bueno es saberlo.

—No puedes culparme, con la comida tan deliciosa que preparan aquí. Además, ¿quién dice que no se pueden tener ambas cosas? Primero se come, después un poco de marcha y para terminar, eso tan maravilloso que tenéis aquí llamado siesta.

—Planazo.

—¿Te apuntas?

—¿A todo? Qué desvergonzado.

Me hice la ofendida y aquello consiguió arrancarle una sonrisa. Se puso de pie, aprovechando que la erección ya había remitido lo suficiente como para que a simple vista nadie se percatara de su excitación.

Lo miré desde la tumbona. Aquel hombre ganaba puntos por momentos, porque,

además de rubio, con los ojos azules y con arruguitas interesantes, resulta que era altísimo. Su contador subió todavía más cuando me tendió la mano de forma galante.

—Por ahora te invito a la primera parte, a la comida. ¿Te hace?

Le cogí la mano y me puse de pie. El espacio entre las tumbonas era reducido, por lo que quedamos a poca distancia el uno del otro.

—Apenas es la una, muy temprano para mí.

—Y muy tarde para mí. Yo cedo un poco y tú también.

—Tú no cedes, tú te has quedado durmiendo la siesta del borrego.

—¿Del borrego? —repitió con dificultad la palabra que le había dicho en español. Sus problemas al pronunciar la doble erre me resultaron hasta sexis.

—La siesta que se duerme antes de comer.

—Ah. Borrego —repitió, y después, en español, añadió—: Yo hablo un poquito de español.

Me derretí.

—¡Qué bien!

—¿Tú comer conmigo? Por favor.

—Por supuesto.

—Genial.

Y, como todo un caballero, me cogió una mano y se la llevó a los labios.

Para cuando Rubén terminó su trabajo y dio señales de vida, escribiéndome un mensaje a través de su aplicación, yo ya iba por los postres. Y no, no pienses mal. Eran los postres de verdad, unos deliciosos profiteroles rellenos de nata. Ya sabía que mi acompañante se llamaba Mathew, que era de Estados Unidos, más concretamente de Boston, y que se dedicaba al sector de la construcción. Tenía cuarenta y un años y estaba divorciado. Me enseñó algunas fotos de sus dos hijos, que tenían quince y diecinueve años, respectivamente. Me habló de su vida en Norteamérica, de los países que había visitado. Lo cierto es que hablamos de todo un poco y, para cuando hubimos dado cuenta de los profiteroles, ya sentía como si lo conociera desde hacía muchísimo tiempo.

—Entonces —comenzó a decir cuando salíamos de restaurante—, ¿sería muy... cómo lo has llamado antes... desvergonzado, si te invitara a dormir la siesta?

—Si sólo me invitas a dormir la siesta, más bien sería una decepción total —repliqué, acercándome a él.

—¿Sí? ¿Una decepción? Puedo mirar a ver qué se puede hacer —me respondió con el mismo tono bajo.

—¡Marisol!

Sobresaltada, me separé de Mathew y miré a quien me había saludado con tanto entusiasmo. Se trataba de Rubén, que me miró a mí y a mi acompañante alternativamente.

—Hola, Rubén. ¿Ya has terminado tu trabajo?

—Sí. Te he mandado un mensaje por si querías almorzar conmigo.

—Sí, ya te he contestado que no puedo, que ya hemos comido. Por cierto, éste es Mathew. Mathew, éste es mi amigo Rubén.

Se estrecharon las manos y entonces se hizo un incómodo silencio.

—¿Vas a comer aquí? —interrogué, señalando la puerta del restaurante, que quedaba tras nosotros.

—Sí, creo que sí.

—Pues entonces no te entretenemos más. Nos vemos luego. ¡Ah! Y te recomiendo los profiteroles de nata, están... ¡deliciosos!

Cogí del brazo a Mathew para guiarlo hasta el ascensor y me despedí de Rubén con un gesto de la cabeza. Tuve la impresión de que se nos quedaba mirando, pero la verdad es que, cuando me giré hacia él al llegar al ascensor, ya no estaba.

Pensé que Mathew diría algo sobre Rubén cuando nos quedáramos solos, pues el encuentro me había resultado un poco... ¿cómo decirlo? ¿Raro? ¿Incómodo? Ahora mismo no sé ponerlo en palabras. El caso es que mi acompañante no comentó nada. En su lugar, se dedicó a acariciarme la mano mientras me miraba con una sonrisa picarona a través del espejo del ascensor. No pude evitar devolverle el gesto a la vez que sentía que la mano me hormigueaba y lanzaba corrientes eléctricas al resto de mi cuerpo.

—¡Qué terraza más bonita tienes! —exclamó Mathew al entrar en mi habitación.

La verdad era que, a aquella hora del día, el sol incidía de forma especial y hacía que la terraza destacara.

—Pues imagínate cómo serán las de las *suites*.

Salió un momento a ver las vistas, pero hacía un sol de justicia y no tardó en volver a entrar, pasándose la mano por la frente.

—Tan sólo un minuto fuera y ya he empezado a sudar. Qué...

Se calló al verme, pues yo me había deshecho de mi vestido y lo esperaba en biquini.

—¿Calor? —terminé por él la frase.

—Eso justo. —Me devoró con la mirada y después dijo—: Iba a preguntarte si querías dormir la siesta, pero creo que no.

—Después. Además, tú te has levantado hace nada de tu siesta del borrego, seguro que estás lleno de energía.

Me llevé las manos a la espalda y desaté la parte de arriba del bañador. Él no movió ni un músculo. De hecho, parecía que ni tan siquiera respirase. Sonriendo, me deshice de forma sexy de la parte superior, lanzándosela a la cara.

—¿Qué miras? —lo reté.

—Un monumento.

—Te gusta la arquitectura.

—Me encanta.

—Pues acércate y admírala de cerca.

Me obedeció y me acarició con suavidad. No fue directo a los pechos, como casi cualquier hombre habría hecho en su situación. Muy al contrario, comenzó por los hombros, siguió descendiendo por los brazos, me acarició el costado, la barriga y, ya por fin, los pechos, perfilando su curvatura. Por último, tocó los pezones, que se me pusieron puntiagudos.

—Una obra de arte —murmuró justo antes de llevarse el pezón izquierdo a la boca.

Jadeé, sintiendo una oleada de deseo entre las piernas que me ascendía por el abdomen. Lo agarré por la cabeza y él me rodeó el trasero, pegándome a su cuerpo.

Me tiró sobre la cama y metió una mano entre mis piernas mientras seguía lamiendo mis pechos, y yo arqueé la espalda.

—¿Te gusta?

—Sí —respondí a la vez que buscaba su erección para acariciársela por encima del bañador. Me sorprendió encontrar su miembro medio blando—. ¿A ti no?

—Oh, sí.

Le froté con más fuerza.

—¿Seguro?

—Sí, tranquila. Ésta se despierta en seguida. Ya verás, voy a darle algo que le encanta.

Se separó un poco de mí para después pegar su boca a mi abdomen e ir bajando. Me bajó la braga del bañador y me dejó desnuda. Conforme lo hacía, me besó el pubis y las ingles, los muslos y las pantorrillas, pero una vez me hubo sacado la prenda, se quedó arrodillado a mis pies, acariciándose la erección.

Lo miré sin entender qué hacía y entonces dijo:

—Ábrete.



—¿Que me...?

—Abre las piernas.

Él todavía llevaba toda la ropa, mientras que yo iba totalmente desnuda. Y quería que me abriera de piernas para él, y no para penetrarme, sino... para mirarme. Por un instante me sentí muy incómoda, pero después, al mirarlo a los ojos, todo lo que vi fue deseo.

—Abre las piernas para mí, Marisol. Déjame verte —me pidió en un ronroneo.

Obedecí, sintiendo mis mejillas arder. Me alentó ver cómo se relamía los labios con la mirada fija en mi sexo.

—Preciosa por dentro y por fuera —fue su veredicto.

—Creo que lo de «por dentro» suele referirse a otra cosa.

No contestó. En su lugar, se hundió en mi sexo. Y... ¡oh, Dios míííío! Cuando digo hundirse, es hundirse. Con la lengua, con los dedos, con los labios, con la nariz. No me preguntes qué hacía exactamente, porque no lo sé. Tardé en perder la cabeza poco más de un minuto, el tiempo que le llevó a mi cuerpo darse cuenta de que Mathew sabía muy bien lo que se traía entre manos (o entre labios) y que aquello no iba a ser un preliminar, sino que, por primera vez en mi vida, iba a correrme con alguien practicándome sexo oral.

¡Y menudo orgasmo! Mathew no se detuvo al oírme gritar en la liberación. Al contrario, metió un dedo más en mi interior y siguió masturbándome con una nueva intensidad que consiguió que, recién recuperada del orgasmo, me sobreviniera otro que me dejó exhausta y viendo blanco.

Tardé varios segundos en volver en mí y, para cuando lo hice, tenía a Mathew besándome en el cuello, después en la mandíbula y, finalmente, en los labios.

—Deliciosa.

—Se te da genial.

Se echó en la cama con una gran sonrisa en la cara.

—Me encanta y me excita.

Aquella última palabra atrajo mi atención sobre lo que estaba haciendo. Tumbado boca arriba, se acariciaba la erección. Sin duda, hacerme llegar al orgasmo dos veces lo había excitado un montón, pues estaba enorme y dura.

—Creo que me toca compensarte —dije, provocadora.

—¿Sí? ¿Con esa boquita?

No sabía si lo decía en sentido retórico, así que interrogué:

—¿Qué prefieres, boquita o lo otro?

—Esa boca, por Dios, esa boca.

Sonreí y me dispuse a devolverle el favor.

Unos toques en mi puerta me despertaron de nuestra siesta un rato después. No esperaba visita y, además, no estaba acostumbrada a que llamaran a mi puerta de hotel, así que me quedé en la cama dudando si ir o no. Cuando los golpes volvieron a repetirse, conseguí reunir ánimo para levantarme, ir al baño para envolverme con un albornoz y salir a ver quién osaba molestar mi deliciosa siesta (creo que hasta había babeado, y no podía hacer más que desear que Mathew no lo hubiera visto).

Al abrir la puerta, vi que era Rubén.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

—¿Yo? Pues dormir la siesta en mi habitación tranquilamente. ¿Y tú?

—Quería ver si te apetecía que hiciéramos algo —dijo, su mirada perdiéndose en el interior de la habitación, aunque desde allí no podía ver la cama—. ¿Estás sola?

—La verdad es que no. ¿Por qué no nos vemos luego, para cenar?

—A lo mejor no puedo.

—Bueno, pues con que me avises media hora antes de que no puedes, por mí, bien.

Pareció decepcionado, pero me dio igual. No me daba la gana de dejar a Mathew solo porque Rubén hubiese terminado su trabajo y tuviese ganas de irse a la playa, a la piscina o a donde fuera que quisiese ir.

Como no parecía que fuese a marcharse, me despedí yo.

—Nos vemos luego.

—Sí.

Y cerré antes de que se hubiera ido.

—¿Quién era? —interrogó Mathew cuando volví con él a la cama.

—Nadie importante. Sigue durmiendo.

—No tengo más sueño.

—¿Ah, no? ¿Y qué quieres hacer?

—Tengo hambre. Y sed.

—Podemos pedir unos *snacks*, si quieres o, si lo prefieres, salimos nosotros a buscar algo, aunque sin duda me gusta más la opción de que nos lo traigan.

—No me has entendido.

—¿No?

—No. —Se puso encima de mí y me mordisqueó la piel de los pechos—. Tengo hambre —ronroneó tras tironearme juguetonamente de un pezón. Siguió descendiendo y también me mordió el abdomen. Y no se detuvo allí, siguió bajando y, mirándome libidinoso, dijo—: Y tengo sed.

No hacía falta preguntarle de dónde se suponía que quería beber.

Muchos hombres dicen que prefieren el sexo oral al coito en sí. Que sienten más, que les da más placer, que les pone más. Pues bien, he de admitir que un sexo oral bien hecho es una puta maravilla. Y lo mejor de todo (o lo peor) es que resulta adictivo, y más cuando el que te lo practica sabe cómo hacerte llegar al orgasmo no sólo una vez, sino dos, tres e incluso ¡cuatro veces! ¡Y del tirón!

De verdad, Mathew era el puto amo.

## Yo

Hablarte de mí, teniendo en cuenta los temas que estamos tratando aquí en petit comité, puede llevar a algunos malentendidos.

No, no voy a contarte los orgasmos que alcancé dándome placer yo solita, que, por cierto, son orgasmos de lo más placenteros y satisfactorios. Pero, claro, si los recuerdo ahora, después de haber revivido en mi mente al dios Mathew, pues como que me saben a poco.

Y sí, no me olvido de que lo último que sabes de mí es que estaba en la cama con Mathew, disfrutando de un cunnilingus de la hostia. A veces soy un poco despistada, pero no tengo problemas de déficit de atención. Lo que pasa es que Mathew, igual que vino, se fue. Sólo pude tener con él una tarde y una noche loca, y después, *arrivederchi, sayonara, bye-bye, au revoir*.

La verdad es que me sentí muy decepcionada cuando me anunció que se marchaba al día siguiente. Me había acostumbrado a saber cuándo terminaban las estancias de mis ligues gracias a la aplicación de Rubén, así que, cuando de pronto Mathew me dijo que sus vacaciones se acababan ya, se me vino el mundo encima. No me lo esperaba y me lo estaba pasando tan bien...

Pero las cosas son así, y a la mañana siguiente él ya no estaba entre las sábanas revueltas de mi cama. Me dio un bajón y estuve allí tumbada durante un buen rato, rumiando mis penas, que incluían que mis vacaciones también estaban por acabarse.

Mi estancia en aquel hotel había sido como una experiencia en un mundo paralelo donde el libertinaje, el sexo esporádico y la diversión corrían a raudales. Y en aquella otra realidad paralela también abundaba la comida, de lo que daban buena fe mis mulliditas carnes.

No obstante, se acercaba el momento de dejar todo aquello atrás y volver a la realidad. Una realidad donde no sabía si tenía trabajo, donde encontrar compañero de placer me costaría más (¿o quizá no? Había oído que las aplicaciones para buscar pareja eran

perfectas para el folleto). Una realidad donde tendría que hacerme mi propia comida si no quería arruinarme...

Decidí ahogar mis penas en azúcar y fui a desayunar al restaurante del hotel, donde sabía que el bufé libre incluía gofres y chocolate a raudales.

Sin embargo, seguía de mal humor cuando terminé de comer, y eso que con tanto chocolate en vena tenía que estar de lo más dulce. Decidí ir a hacerle una visita a Rubén y proponerle algún plan para compensar que la noche anterior, al final, lo había dejado tirado. Pero es que Mathew me había propuesto que fuéramos a cenar y ¿cómo iba a negarme si después de la cena aprovecharíamos para darnos otro tipo de festín?

Rubén tardó bastante en dignarse a abrirme la puerta, y eso que cuando lo hizo no iba en pijama ni nada por el estilo.

—¿Por qué has tardado tanto?

—¿Y a ti qué más te da?

—Pensaba que te habría pillado durmiendo, pero, por lo que veo, no.

Rubén se encogió de hombros y no me invitó a pasar, sino que apoyó el hombro en el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres?

—¿Te apetece que hagamos algo juntos?

—¿No tenéis planes tú y tu americano?

—No.

—¿Ya os habéis cansado el uno del otro? Pensaba que duraríais más.

—Se ha ido a su casa.

—¿Se le han acabado las vacaciones?

—Sí.

—Ah, pues entonces mi respuesta es un rotundo no.

—No, ¿qué?

—Que no me apetece hacer nada contigo.

—¿Por qué?

—Pues porque yo no soy segundo plato de nadie.

—¡No eres segundo plato!

—¿Ah, no?

—No, claro que no. ¡No hay primer plato!

—Meeec. Respuesta errónea.

Y va y me cierra la puerta en las narices. Cabreada, golpeé con los nudillos la madera hasta que volvió a abrir.

—¿Qué?

—¿Cómo que respuesta errónea? ¿Cuál sería la respuesta correcta?

—Pues con un «claro que no eres un segundo plato, Rubén, de verdad que quiero hacer cosas contigo» habría valido. Ya ves con qué poco me conformo.

—¿Por qué estás cabreado? —le pregunté, y lo cierto es que lo hice casi gritando por la irritación que sentía.

—No estoy cabreado.

—¡Claro que lo estás! ¿Es porque he pasado tiempo con Mathew en lugar de contigo? ¿Qué pasa, que estás celoso?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿qué?

—Que no soy segundo plato de nadie. Ayer me dejaste tirado en la cena por Mathew y, ahora que se ha ido, ¿vienes a buscarme? Pues no estoy. Adiós.

Y de nuevo hizo amago de cerrar la puerta. No lo pensé y, como hacen en las películas, intenté frenar la puerta con mi pie. Pero, claro, en las películas quien lo hace es un macarra con botas. Yo, en cambio, llevaba unas bonitas sandalias que no fueron de ninguna utilidad para frenar la puerta. ¿El resultado? Me pillé el pie y solté un aullido.

—¡Mis dedos! Mis deeeeeedooooossss.

Te prometo que, por el dolor, juraría que me los había amputado, pero no había sangre.

Seguí gritando de dolor y soltando tacos y maldiciones cada vez que conseguía articular alguna palabra con sentido.

Y lo que pasó a continuación sí que fue de película, aunque, como todo en mi vida, no fue exactamente como se ve en la tele. Rubén me cogió en brazos y salió corriendo por el pasillo cargando conmigo, pero yo, en lugar de ser la típica dama delicada que descansa su cabeza en el hombro de su salvador, me pasé todo el trayecto hasta recepción insultándolo y prometiéndole venganza.

Menudo espectáculo di. Creo que la mitad del hotel creyó que había llegado el día del juicio final con mis gritos.

Aunque en mi defensa diré que mis berridos estaban justificados: el muy bruto de Rubén me había dislocado el dedo gordo del pie. Vale, vale, ya sé, una dislocación no era tanto como una rotura, ¡pero te prometo que dolía un montón! Y, si no, piensa que, cuando

la médica me lo tocó... ¡casi vomito allí mismo!

—No hacía falta que te vengaras por usarte de segundo plato —le dije a Rubén cuando nos quedamos un momento a solas, yo sobre una camilla y él de pie a mi lado.

—¡Ajá! Así que admites que me has usado de segundo plato.

—Sí... no... No sé. Un amigo no es segundo plato, un amigo entiende que, si alguien le ofrece otro plan, tiene que aprovechar la oportunidad. Además, ¿no me dijiste que a lo mejor no podías ir a cenar conmigo?

—Pero el caso es que sí podía y me dejaste plantado cuando ya estaba en la puerta del restaurante donde había reservado.

—¿Llegaste a ir?

—¡Te lo dije! Pero si me avisaste apenas un minuto antes. Y encima escribiste «no sé si al final habíamos quedado que sí o que no, así que mejor lo dejamos para mañana». ¡Y ni te dignaste a contestarme cuando te respondí que claro que habíamos quedado y que yo ya estaba allí!

—Lo siento —me limité a contestar. Mejor eso que confesarle que Mathew me había mantenido demasiado ocupada como para poder siquiera leer su respuesta.

Suspiró.

—Y yo siento haberte pillado el pie.

—Ha sido por mi culpa. Quién me mandaría meter el pie a lo ninja en la puerta.

Él no respondió y yo lo increpé.

—Ahora es cuando tú dices «no ha sido culpa tuya, tonta, a cualquiera le habría pasado».

—Pero es que no es verdad. ¿Cómo se te ocurre intentar parar la puerta con el pie? ¡Si llevas unas sandalias que parecen de papel! ¿Tu madre no te reñía de pequeña diciéndote que dejaras de jugar con las puertas porque ibas a pillarte los dedos?

—Pues la verdad es que no, siempre fui una niña buena.

—Y mira cómo has acabado.

—¡Oye!

No me vendaron el pie, pero tuve que buscarme unas muletas porque me recomendaron no apoyarlo en los siguientes días. Menuda forma de terminar mis vacaciones.

El caso es que todo aquello tuvo algo de bueno y, tras el incidente, Rubén se olvidó de la jugarreta que le había hecho la noche anterior y se volcó en ayudarme. Me acompañaba a todos lados, se aseguraba de que estuviera cómoda y se encargaba de que mis copas no

se quedaran nunca vacías.

Pasamos muchas horas juntos esos días. De hecho, parecíamos siameses, inseparables. Me reí un montón y hablamos por los codos, llegándonos a conocer bastante bien. Los días anteriores ya habían dado para que nos conociéramos un poco, pero ni punto de comparación con lo que experimentamos en esos días de reposo forzado.

A ratos, me dio por pensar que yo le gustaba a Rubén, por cómo me miraba, por cómo me cuidaba, por cómo me hablaba, pero intenté darle pie varias veces a que se insinuara y no lo hizo. Su respuesta era, simplemente, ponerse nervioso. ¿Era porque no quería que yo le lanzara aquellas provocaciones o porque quería, pero no se atrevía a responderlas? La duda me pudo y preferí no actuar. Mejor tenerlo como amigo que como nada.

Cuando a los dos días, siguiendo las recomendaciones de la doctora, dejé las muletas, pero tomándome con calma lo de andar, él siguió a mi lado. Y yo al suyo.

Quizá es que la realidad ya comenzaba a llamar a mi puerta y mis días de locura llegaban a su fin, pero sentía que no necesitaba más. Antes estaba desesperada por conocer gente, por follar, y ahora nada de nada. Dicen que el deseo sexual varía considerablemente según en qué parte del ciclo menstrual estés, y mis ovarios debían de estar en fase «dejadme en paz».

O tal vez... tal vez era que comenzaba a sentir algo por Rubén.



## El ingenioso/rudo/tímido/adorable

Supongo que ya te hueles qué va a pasar. Es como en esas películas en las que te ves venir el final.

El día antes de que sus vacaciones terminaran (de las mías tan sólo quedaban dos días más), Rubén se me declaró. O quizá declararse sea demasiado... expresivo. Más bien, me hizo saber que estaba interesado en mí y lo hizo de un modo ingenioso y tímido y rudo y adorable y... ¡*ains!*, es que fue muy él.

Estábamos en la piscina, él a la sombra de un parasol de cañizo y yo, cómo no, tomando el sol, cuando me preguntó:

—¿Ya no usas mi aplicación?

—No, ¿por qué?

—No, nada, como ya no te veo pegada al móvil ni sales con nadie... Porque no has salido con nadie últimamente, ¿no?

Negué con la cabeza a la vez que giraba el cuello y abría un ojo para mirar su expresión. Me miraba como... ¿expectante? Decidí poner en palabras lo que mi gesto ya había dicho.

—No, con nadie salvo contigo.

—Conmigo, je, je.

Cada vez que le ponía en bandeja que se lanzara, le daba por reírse. Cerré el ojo que había abierto y volví a concentrarme en no hacer nada.

—Pero entonces... ¿te siguen mandando muchas solicitudes?

—No sé.

—¿No sabes?

Sacudí la cabeza.

—Me desinstalé la aplicación hace unos días.

Tosió, lo cual me hizo abrir de nuevo los ojos (esta vez los dos) para mirarlo.

—¿Estás bien?

—Sí, he debido de atragantarme con mi propia saliva.

¡Qué sexy! Modo ironía *on*, obviamente.

—¿Y no te pica la curiosidad por ver si te han llegado más corazones?

—Pues... no sé.

—¿Por qué no te la instalas de nuevo?

—No, qué pereza.

—Venga, mujer.

—¿Por qué tanto interés? ¿Qué pasa, que te ha molestado que me quitase tu aplicación? Ya te dije que era muy útil y que estaba muy bien.

—No, pero es que siento curiosidad.

—Curiosidad, ¿de qué?

—De ver a tus pretendientes.

—Pero ¿tú qué te has tomado?

—Nada —contestó, removiéndose nervioso—. Tú instálatala y ya está.

—No quiero.

—Instálatala.

—Pero ¿por qué?

—¡Porque sí!

—Pues toma; si tanta curiosidad tienes, vuelve a instalármela tú.

Le tendí mi teléfono y volví a cerrar los ojos, fingiendo indiferencia, aunque lo cierto era que me preguntaba de qué iba todo aquello y estaba muy atenta a los ruidos que hacía. Que básicamente eran... ninguno. Mi móvil no vibraba al tocarle las teclas, así que no capté nada por su parte hasta que un torrente de sonidos de besos me informó de que ya había terminado de activar mi cuenta otra vez.

—Toma.

Me negué a coger el teléfono.

—Eres tú el que siente curiosidad.

—Que tomes.

Su tono me hizo abrir los ojos bruscamente.

—Pero qué mandón —protesté, pero su rudeza había hecho que me rindiera.

Elevé mi respaldo para poder sentarme y, una vez en posición, cogí mi móvil. Justo en el momento en el que el terminal cambiaba de manos, la pantalla se apagó por inactividad, así que no pude ver lo que me esperaba en ella hasta que lo tuve justo delante y le di al botón de encendido.

Por unos segundos, me quedé sin saber qué decir. El corazón comenzó a latirme de forma acelerada.

—¿Y esto?

Entre mis pretendientes estaba Rubén. Lo que me esperaba en el móvil era una foto de él, que podría ser perfectamente de esa misma mañana.

Lo miré y él se encogió de hombros. Ante aquel gesto, me ordené mantener la calma, aunque el hecho de que estuviera rojo como un tomate maduro me alentó a tener esperanzas de que aquello pudiera significar algo.

—Hay un mensaje —comentó él, y entonces me di cuenta de que su perfil no sólo iba acompañado de un corazón, sino también de una conversación en el chat.

Le di y pude leer: «¿Te apetece que salgamos a cenar?».

Me obligué a tomar aire un par de veces antes de decir nada. La propuesta era demasiado ambigua como para dar nada por sentado.

Mi mutismo lo preocupó y dijo:

—Puedes decir que no.

—No, no, claro que quiero, pero... —Me aclaré la garganta—. No lo entiendo, si ya salimos todos los días a cenar juntos.

—Ya, pe-pero qui-quizá... —tartamudeaba—. ¿Quizá esta vez podría ser como una cita? Para despedirnos como se merece.

Como una tonta, asentí con la cabeza, falta de palabras.

De regreso a mi habitación y ya sola, volví a encender el móvil para comprobar una cosa. El mensaje era de ¡hacía dos días!

Aquel descubrimiento me animó a vestirme con mucho esmero. La lástima era que tendría que prescindir de los tacones, pues, con lo del dedo, la doctora me había insistido mucho en que descansara de ellos durante una buena temporada. Pasé dos horas arreglándome, y no exagero. Quería oler a las mil maravillas, y no por un perfume, sino por los productos que me echaba en la ducha. Y quería llevar el pelo perfecto, y el maquillaje, y el vestido...

Cuando finalmente nos encontramos en la puerta del restaurante, no pude evitar sonreír de oreja a oreja, pues se notaba que él también se había esforzado e iba impecable y muy guapo. Se lo veía nervioso y su inquietud me puso más nerviosa a mí también.

La cena, tras unos primeros minutos que fueron un poco incómodos, o más bien raros, comenzó a fluir. Simplemente teníamos que ser nosotros, como siempre.

Sin embargo, terminamos el postre sin que hubiera habido ningún acercamiento real entre nosotros, ni hubiéramos hablado de si aquella cena simplemente era una despedida o queríamos que fuera algo más.

Al salir del restaurante, nos detuvimos bajo el porche que miraba al jardín iluminado con pequeñas luces doradas. Nos quedamos allí en silencio, apoyados en una barandilla de madera. Yo miré a Rubén por el rabillo del ojo y vi que su nuez de Adán subía y bajaba repetidas veces. Notaba que estaba nervioso, así que decidí intentar echarle una mano.

—Lo he pasado genial. Me gusta mucho estar contigo.

¡Vamos! Si no se lanzaba con aquello, no se lanzaba nunca.

Por suerte, pilló la indirecta.

—Sí, estar contigo es muy fácil. Y yo... yo me preguntaba si quizá podríamos seguir viéndonos. Al volver, me refiero.

¡Por fin!

—Me encantaría.

—¿Sí? Genial. Quizá podríamos ir a cenar, o al cine, o a...

—Rubén.

—¿Qué?

Cuando se giró para mirarme, lo besé. Yo cerré los ojos, pero él mantuvo los suyos abiertos de par en par durante los dos o tres segundos que duró el beso.

—Estaría bien que también nos dedicásemos a esto —dije al ver que él estaba mudo.

—Sí, eso estaría... muy bien.

Volví a buscar su boca y le di otro pico.

—Sin duda, tenemos que dedicarnos a esto.

Ése fue su veredicto ante aquel segundo beso, que debió de disiparle todas las dudas y miedos, pues lo siguiente que hizo fue cogerme el rostro y unir nuestras bocas en un pasional beso.

## Tú

Ya, ya, he dejado la historia en lo mejor. O en lo peor. Quizá ahora mismo te estés retorciendo de celos, apretando los dientes hasta hacerte daño, haciendo crujir tus nudillos con ganas homicidas. Me gustaría verte, la verdad. Me gustaría haber podido grabarte durante todo este rato para ver tu reacción, tener un agujerito en la pared de la habitación, para ver si te molesta haber descubierto todos los hombres con los que estuve cuando tú y yo rompimos. Bueno, mejor dicho, cuando tú rompiste conmigo. Yo ya sentí que me moría de celos cuando descubrí que me eras infiel, ahora te toca a ti sufrir un poco.

Porque sí, no importa lo que pasase en Ibiza, no importan todos los hombres con los que estuve, no importa que de verdad acabase sintiendo algo por Rubén, porque lo importante es que tú y yo volvimos después de eso.

¿Cómo pudo suceder después de todo lo que te he contado?

Muy sencillo: la realidad.

Sorprendentemente, pese a todo lo que habíamos hablado, nunca llegamos a decirnos de dónde éramos cada uno, y resultó que Rubén, a pesar de ser de un pequeño pueblo, vivía en Barcelona y nosotros, como bien sabes, somos de Madrid. Con el AVE el viaje no era muy largo y durante el siguiente mes nos vimos dos veces en persona y conversamos mucho por teléfono, pero los problemas que suponía la distancia eran innegables.

Me planteé muy seriamente irme a vivir allí. No con él, pues todavía no habíamos llegado a ese punto en la relación, pero barajé la posibilidad de disfrutar allí de un nuevo comienzo. Empezar de cero cerca de alguien que me quería y por el que yo también sentía algo, me resultaba tentador. Pero a la vez me preocupaba dejarlo todo atrás. Mi familia vive en Madrid, mis amigos de la infancia son de la capital...

Y aunque había días buenos, en los que tenía clarísimo que mudarme a Barcelona era una idea fantástica, había otros en los que me entraba el miedo y la morriña, y pensaba en la Ciudad Condal como en la peor de mis ocurrencias. Fue mi bipolaridad emocional de esos días la que hizo que volviera a caer en tus redes.

El primer ramo de rosas que me mandaste lo recibí un día que estaba de buen humor y la nota manuscrita que lo acompañaba con un «Por favor, perdóname» me cabreó tanto que me faltó poco para lanzar el ramo por la ventana. Curiosamente, lo que más me molestó no fue el gesto, sino el hecho de que la bonita letra de la nota no era la tuya. ¿Me pedías perdón sin tener siquiera la decencia de escribir tú mismo la disculpa?

El siguiente ramo, no obstante, me pilló en un día de bajón. «Me gustaría hablar contigo.»

El siguiente también me sorprendió con la moral baja y me ablandó bastante el corazón: «Por favor».

El collar, en cambio, me llegó cuando estaba cabreada y, nada más abrirlo, salí corriendo detrás del mensajero que lo había traído. No lo alcancé hasta llegar a la calle, subiéndose al furgón, y lo peor de todo es que yo iba en pijama.

Le entregué el paquete.

—Devuélvalo.

—Pero señora...

—No lo quiero.

—No puedo hacerlo, ya ha firmado la entrega.

—Pero no lo quiero. Quiero que se lo devuelva a quien me lo ha enviado.

—No puedo hacer eso. Pero, si lo desea, puede enviarlo usted a la misma dirección.

El muy cabrón llevaba prisa y me dejó allí, en pijama, con pelos de loca y la caja del collar en la mano. No obstante, ni corta ni perezosa, subí a mi casa, me vestí, cogí dinero y fui hasta la oficina de correos más próxima para mandarte el paquete con una nota.

«No puedes comprar el perdón.»

Por algún motivo, las rosas me parecían un gesto bonito, pero el collar no. Supongo que porque era tan caro que sólo podía verlo como un soborno. Menos mal que lo guardaste y después me lo volviste a dar.

Así continuamos durante casi dos semanas. Tú mandándome regalos, yo recibéndolos con mejor o peor cara según estuviera mi humor.

Y quiso el destino que el día en que te hiciste el contradicho conmigo, acabara de discutir con Rubén. Fue nuestra primera bronca y resultó monumental. Me dijo que ya no le parecía tan buena idea que yo me fuera a vivir a Barcelona. Después me pidió perdón, me contó que estaba muy estresado con el trabajo y con todas las gestiones que estaba haciendo para allanarme el camino en mi posible traslado a su ciudad... pero ya era demasiado tarde.

Tú y yo nos habíamos acostado.

Dicen que un clavo saca otro clavo, pero no sé muy bien a quién quería sacar de mi mente con el polvo que echamos en tu casa. ¿A tu antiguo tú? ¿A Rubén?

El caso es que ese día conseguiste que me rindiera y, a partir de ahí, fue rodado para ti. Soy así de tonta y fácil. Debería haberme hecho la dura. Y no, no digas que ya había sido suficientemente dura con el silencio con el que respondía a tus ramos y tus regalos. Debería haber sido mil veces peor. Tendría que haber hecho que te esforzaras más, mucho más. Pero, en fin, yo soy así. Caí de nuevo en tus redes porque eras la opción más cómoda, el puerto conocido, la relación a la que estaba acostumbrada.

## El friki informático

¿Pensabas que ya habíamos terminado? No, no. Aún queda un hombre más en mi lista.

Esto de catalogar a los hombres en una única categoría no es correcto y lo sé. Seguro que todos los hombres con los que estuve tienen otras facetas que los hacen destacar, pero para mí tendrán siempre la etiqueta que consiguieron durante aquel viaje.

Dicho esto, he de decir que, si alguien se merece estar en más de una categoría, ése es Rubén. Ya lo he encuadrado en varias: el resentido con su ex, el romántico... Pero hay una más, muy importante. De hecho, muy pero que muy importante, especialmente para ti, Carlos. Ya te he dicho varias veces que Rubén era informático, que fue el encargado de programar la aplicación de los corazoncitos. También te he dejado caer en más de una ocasión que siempre iba con una tableta pegada a la mano... Bien, pues, si no has sumado dos más dos todavía, te informo: ha sido él quien ha conseguido secuestrar tu ordenador.

Puede que no sepas qué significa secuestrar un ordenador; a fin de cuentas, lo tienes delante de ti, te estoy hablando a través de la pantalla, ¿cómo va a estar secuestrado? Pues bien, secuestrar un aparato tecnológico significa hacerse con el control del mismo. Ya te he dicho antes que no podías darle al «Pause», ni salir de la grabación, ni nada, pero eso no es lo único que hemos estado haciendo. Oh, no, cariño. Mientras tú me veías a mí, el *malware* que hemos instalado en tu portátil te ha estado jodiendo la vida.

Déjame que beba un poco de agua, ¿de acuerdo? Después de tanto hablar contándote mis aventuras y desventuras en Ibiza, tengo una sed que me muero y estoy agotada, aunque a la vez me siento exultante.

Seguro que has leído eso de que «te dejo», con las sílabas al revés, es «jódete». Pues bien, te dejo, Carlos. Jódete. Y además te dejo sin un maldito céntimo en tus cuentas bancarias. Mientras yo soltaba mi rollo, el programa que Rubén ha preparado para ti robaba todas las contraseñas que tenías almacenadas en el ordenador, incluida la bancaria, y nos daba acceso a todo. Y dirás, ¡necesitas validar las operaciones con mi móvil! Lo sé, cariño, por eso me he llevado tu teléfono antes de irme. ¡Oh! Y también todo tu dinero. Y tu pasaporte. Eso último sólo por joder, para que te cueste mucho más volver. Porque sí,



cariño, ahora eres un español indocumentado, sin móvil y sin dinero en las Maldivas. Suerte haciéndote entender con el personal del hotel, ahora que tu traductora y organizadora de absolutamente todo, o sea, yo, te ha dado la patada. Ah, y aparte del móvil y el pasaporte, el ordenador también te dirá adiós pronto. En cuanto este vídeo termine, adiós a todos tus datos. Jódete, porque te dejo.

Y sí, lo sé, ahora mismo seguro que estás preguntándote por qué hago esto. Si nos queremos. Qué puta soy, ¿no? Haber vuelto contigo sólo para esto... Pues no, cariño, aquí el cabrón eres tú. Yo no volví contigo para traicionarte después. Volví contigo porque de verdad me creí la mentira que me contaste, porque me dijiste que me querías, que estabas muy arrepentido, que el tiempo separados te había ayudado a ver nuestra relación con perspectiva, que querías volver conmigo porque te habías dado cuenta de que me querías con todo tu ser...

Un discurso muy diferente al que le dabas a tu socio, ¿eh? Y a tu otra novia.

Sí, Carlos, lo sé todo. Sólo volviste conmigo porque yo sabía demasiado de la empresa. Tu abogado y tu socio te dijeron que no podías darme la patada como me la habías dado, que yo sabía demasiadas cosas de vuestros negocios, que era peligroso tenerme ahí fuera, descontenta y enfadada. Tenías que hacerme volver a la empresa y tenías que volver a estar conmigo. ¡Hasta asentiste con la cabeza cuando tu socio te sugirió que quizá sería una buena idea que nos casáramos y tuviéramos hijos! «Un hijo la mantendrá ocupada y, además, estará más unida a ti que nunca. Si abre la boca y cuenta nuestros trapos sucios, se hundirá contigo.» ¡Y tú asentiste! Maldito cabrón. Y mientras a mí me camelabas, no dejabas a tu otra novia, la que te ponía «todo cachondo» y te dejaba «hacerle de todo». De nuevo, palabras textuales del trío maquiavélico.

Seguro que te preguntas dónde estaba yo para oír toda esa conversación sin que os dierais cuenta... Pues te vas a reír, yo ahora me parto: estaba debajo de tu escritorio. Me había escondido allí para regalarte una mamada cuando llegaras de la reunión que tenías. Ambos tuvimos suerte de que al final no llegaras a sentarte: yo, porque no me pillaste y pude trazar todo este plan, y tú, porque, si llegas a sentarte, a lo mejor la mamada se hubiera transformado en una sesión de castración.

¿Todavía sigues ahí? Espero que sí, que no hayas salido corriendo a recepción ni hayas lanzado el portátil contra el suelo para hacerlo añicos. Ah, y por si acabo de darte una idea, te informo de que tirar al suelo el portátil no evitará que borremos todos tus datos ni impedirá que ésta vaya a ser la única vez que alguien vaya a ver este vídeo. Rubén es bueno, muy bueno. Un fuera de serie con un talento muy infravalorado en su empresa. Ya no queda ni rastro de nada en tu ordenador. Ni tan siquiera de este vídeo, que va borrándose conforme lo estás viendo. Mi informático particular dice que es una «corrupción de bits», pero, vamos, que yo de esto ni zorra.

¡Ja, ja! Qué oportuna la expresión. Yo, de lo que le pasa a tu ordenador, no entiendo ni

zorra y tú seguro que estás pensando que soy una zorra. Pero, oye, podría haber sido peor, podría haberte dejado sin ropa. Así que sí, he sido buena, más de lo que mereces.

Y nada, cariño, nos veremos por España. Aunque no ahora, dentro de un tiempo. Ahora pienso fundirme un buen pellizco de tus ahorros en unas vacaciones espectaculares junto a Rubén, que tengo que compensarlo por todo lo que ha hecho por mí y por haberme perdonado que volviera contigo. Después, cuando regresemos, alquilaré un pisito en Barcelona. ¡O quizá me lo compre! Depende de cuánto dinero me quede tras las fantásticas vacaciones que vamos a hacer.

¡Ah! Y te invito a ir a la policía y contarle cómo tu casi prometida te robó todos tus ahorros. Un solo vistazo a tu cuenta bancaria les bastará para comprobar que perdiste todo el dinero en una página *online* de póquer. ¡No sabes la de dinero que puede llegar a mover una persona en una sola noche en determinadas páginas web! Bueno, sí, creo que puedes hacerte una idea, porque es precisamente todo el dinero que tenías en tus cuentas bancarias.

*Sayonara, baby. Jódete.*

## Biografía



Shirin Klaus es el seudónimo de la escritora Alba Navalón. Estudió Traducción e Interpretación en Murcia, donde vive, y es autora de las novelas *Follamigos* (2013), *Luces, cámaras, corazón* (2014), *Las reglas de mi ex* (2014), *Corten, repetimos: ¿quieres casarte conmigo?* (2015), *Con corazón* (2015), *Quiérete, quíereme* (2016) y *No está el horno para cruasanes* (2016).

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

[www.albanavalon.es](http://www.albanavalon.es)

*Cuando tú y yo rompimos*

Shirin Klaus

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Enmaler / Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Shirin Klaus, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17356-4

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / [www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

